



VISLUMBRANDO

HORIZONTES

Libróptica

2014

*Antología de
cuento corto*

Libróptica

VISLUMBRANDO
VISLUMBRANDO
HORIZONTES

Libróptica 2014

Antología de cuento corto

Editorial Libróptica, Antología de cuento corto.
Vislumbrando Horizontes – Libróptica 2014.
1° ed. – Capital Federal – Argentina; 2014.
157 pág.: il., 18 x 24 cm.
1. Cuento corto. I. Título
CDD863A



Registro de Propiedad Intelectual
Código N°: 1410132329716

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo del titular de los derechos de la propiedad intelectual.

Editorial Libróptica
www.libroptica.com
libroptica@gmail.com
Vislumbrando Horizontes – Libróptica 2014
Antología de cuento corto
II Convocatoria Internacional
Libróptica 2014
1° Edición
Argentina
2014

Libróptica

Índice

ACCQUA, MARÍA FLORENCIA	12
ALBARRÁN ROBLES, DANIELA	13
ALCOVER, NOEL	14
ÁLVARES, SILVANA NATALIA.....	15
ÁLVAREZ ELÍAS, MARÍA MANUELA	16
ÁLVAREZ, BÁRBARA AYELEN	17
ÁLVAREZ, CARLOS	18
ÁLVAREZ, MARÍA CONSUELO	19
ANDREOLI, NICOLÁS	20
ARAIZA QUIROZ, RAMÓN.....	21
ARGÜELLO BERNAL, WILLIAM.....	22
ASENSIO GARCÍA, SILVIA	23
BAUTISTA GUTIÉRREZ, FRANCISCO	24
BAUTISTA, FRANCO	25
BEAUXIS CÓNsul, LUIS ANTONIO	26
BERTINO, LUCAS LEANDRO	27
BINOLFI, LUCIANA	28
BOCLIN, MYRIAM	29
BONISCONTI, GRACIELA ROSA	30
BRONER, JORGE ERNESTO	31

BURRUECO MANSILLA, GRACIELA SILVIA	32
CABARCAS SÁNCHEZ, JHON ERICK	33
CABRERA ALARCÓN, CRISTÓBAL	34
CABRERA, CARLOS LEONARDO	35
CABRERA, MILENA EVELIN	36
CÁCERES FRANCO, CLAUDIA	37
CAMPA HERNÁNDEZ, SAJID ALEXANDER	38
CAPRIA, JUAN JOSÉ	39
CASTELLANOS ABURTO, ALMA ALICIA	40
CICHELO, IGNACIO	41
CLÉMENT, SANTIAGO	42
COLUNGA CAMPOS, VANESSA	43
COSIN, PABLO	44
COSTANZI, CLAUDIA	45
CRUZ, AGUSTINA ROSARIO	46
D’ALESSANDRO, RAÚL OSCAR	47
DE ANGELIS, CLAUDIA	48
DI MEO, JULIETA	49
DOTI, LUCIANO	50
DRUETTA, MÓNICA	51
DURAN, JORGE	52
ESCOBAR, OSCAR ALBERTO	53

ESTEVE ABELLÁN, IRENE.....	54
FERNÁNDEZ, SILVANO	55
IORE, CAMILLO	56
GARCÍA PALMA, JONATHAN JESÚS	57
GARCÍA, GASTÓN SEBASTIÁN	58
GIRALDEZ, RICARDO	59
GÓMEZ CISNEROS, ROBERTO	60
GÓMEZ HUESO, ANTONIO.....	61
GONOROWSKY, CLARA	62
GONZÁLEZ NÚÑEZ, GABRIEL.....	63
GONZÁLEZ RUIZ, MIGUEL JOAQUÍN.....	64
GRILLO, MARÍA VICTORIA.....	65
GUIDO, NATALIA	66
HERRERA ARVAY, VICTORIA.....	67
JALIL, MARIAM.....	68
JOSÉ RECODER, ÁLEX.....	69
JUSTO, MARÍA CRISTINA.....	70
KAYA	71
KRASER, SILVANA MARINA.....	72
KUPIT, MARIO	73
LANGE, BERENICE DEL PILAR.....	74
LEIVA MULLER, EDUARDO	75

LLOPIS ORTIGOSA, JOSÉ.....	76
LOMBARDI, DAMIÁN IGNACIO	77
LOPRETTO, DENISE	78
LOZANO CHAIREZ, MIGUEL ÁNGEL	79
LUCHINA, DANIEL VICTOR.....	80
LUCONI, BEATRIZ	81
LUDUEÑA, PABLO ESTEBAN	82
MACEDO ODILÓN, MARÍA DEL CARMEN.....	83
MAHECHA, LUIS FERNANDO	84
MANETTI, MARÍA	85
MARCH TAMARIT, JOSÉ F.	86
MARÍN CLEMENTE, DANIEL.....	87
MARQUESTÓ, GUILLERMO EDUARDO	88
MARTÍN, HERNÁN ALEJANDRO	89
MARTÍN, PABLO	90
MARTÍNEZ, LUJÁN AILEN.....	91
MARTÍNEZ, PEDRO	92
MAZAL, MARTÍN	93
MEJÍA FLORES, PABLO DANIEL.....	94
MELGAR, ÚRSULA	95
MONTEVERDE GHUISOLFI, SANDRA.....	96
MORENO MALAGÓN, JOSÉ LUIS.....	97

MUJICA, LUCÍA MARÍA	98
MUÑOZ ROJAS, CRISTINA ELIZABETH	99
NACIF, GEORGINA	100
NASARRE, SOFÍA	101
NEGRETTI, MIRTHA ALICIA	102
NOGUEIRA, MARÍA ALEJANDRA	103
NOVOA OLAYA, JOSÉ EDUARDO	104
NÚÑEZ ABREGO, MATEO	105
ORDEN, SUSANA ANGÉLICA	106
OREJAS, GUILLERMO	107
ORELLANA, GALVARINO	108
ORTEGA MARTÍNEZ, RAMÓN	109
ORTUS, CRISTIAN	110
PANIAGUA, CRISTIAN GABRIEL	111
PARRILLA, ERNESTO ANTONIO	112
PENICHE JIMÉNEZ, WILBERTH	113
PETIT DE MEURVILLE, SEBASTIÁN ANDRÉS	114
PETRILLO, MÓNICA SUSANA	115
PETTINICCHI, HORACIO	116
PIUMA, GUILLERMO H.	117
POLCHLOPEK, MARÍA LUZ	118
POMPONIO, JUAN	119

POSEORSKI, BÁRBARA.....	120
RAMOS ORTIZ, MAITE.....	121
RAMOS, GUSTAVO CÉSAR	122
RETAMAR, JUAN JOSÉ.....	123
RIVERA PINILLA, LUCILA	124
RODRÍGUEZ CORDO, MARÍA JESÚS	125
RODRÍGUEZ MORENO, MARÍA ISABEL	126
ROMERO, MARCELO	127
ROMERO, PLÁCIDO	128
ROSALES ACUÑA, RITA.....	129
ROSSI, SILVIA	130
SALAS DAPINO, VÍCTOR.....	131
SALESKY, GONZALO	132
SALICA, JUAN DANIEL	133
SANDOVAL, JAIME.....	134
SAYEN	135
SCHULZ, NOELIA.....	136
SEMIRAMIS BARCES	137
SERRANO, MANUEL	138
SIERRA, CARLOS ALBERTO	139
SOLÓRZANO, LIZBETH	140
SUÁREZ GUERRA, JOAQUÍN	141

TOLEDO MARTÍNEZ, JUAN DE JESÚS	142
TRODLER, JESÚS RODRIGO	143
TRUJILLO, AARÓN	144
UBALDE ENRIQUEZ, ANALI.....	145
VALENCIA GARCÍA, VÍCTOR.....	146
VALIENTE, MARINA	147
VALLINA, ALEJANDRA	148
VEGA FISCHER, JULIÁN.....	149
VELÁZQUEZ, GONZALO	150
VELOZO, SILVIA ESTELA.....	151
VERA SUÁREZ, ANABEL	152
VICENTE ALONSO, JOSÉ	153
YAJURE MEJÍA, PEDRO.....	154
ZAVALA RAMÍREZ, JOSÉ RAMÓN	155
ZAZUETA VEGA, FILIBERTO	156

PRÓLOGO

Recorriendo el camino de las letras, encontramos que estimular a los autores para divulgar sus obras es el paradigma de la editorial.

En esta segunda convocatoria hemos virado el género a cuento corto –siendo la primera de poesías–, gestando así una amplitud de autores que cuentan con el respaldo de nuestra casa para su libre expresión y exposición pública.

Se han reunido en esta antología escritores de muchas geografías, de variadas temáticas, agradeciendo a cada uno de ellos por confiar en sí mismo al presentarse y conceder sus pensamientos al conocimiento general.

Cabe agradecer a Karina Kresisch –Editora–, que con su desinteresado esfuerzo llevó a la práctica esta antología, conformando desde el cero las bases de la convocatoria, reuniendo a los escritores en una secuencia de contactos personalizados, para luego editar, publicar y divulgar la obra de los artistas literatos en todo el hemisferio de habla hispana.

Comprendemos que no somos únicos en el medio literario, pero una vez más descubrimos que la diversidad de posibilidades es la esencia del arte de las letras, consagrando nuestra tarea en ofrecer páginas vacías para que los escritores exhiban su talento sin invertir más que su genio y experiencias. Destacamos que cada párrafo expresado contiene una personalidad, que compaginada con una serie de emociones y sentimientos derrama una vivencia, sea tangible o imaginaria, que deriva de un individuo y forma parte de esa realidad que nos envuelve en nuestra percepción.

Nunca sabemos el alcance de las letras hasta que el eco nos invade en forma desprolija; cada expresión vertida encierra un concepto de presencia sobre la realidad de los sentidos, que depende del receptor hasta el límite de generar un debate sobre el caleidoscopio de la representación en el criterio personal. Deseamos que cada escritor palpe esa propagación a través de la editorial, hasta suscitar un antes y un después en su travesía literaria, colmado de orgullos por haber alcanzado la ambición anhelada y despertar en una nueva realidad denominada reconocimiento.

Teodoro Valentín

EL MIEDO

Accqua, María Florencia
Argentina

Hacía más de seis horas que el niño estaba sentado. Sus pensamientos se mechaban entre la realidad y algún sueño con los ojos abiertos. El sol ya se había apagado y las primeras estrellas brillaban sobre su cabeza.

La plaza casi a oscuras parecía no ocultar demasiado. Es que cuando uno permanece tanto tiempo en un mismo lugar, los ojos se van acostumbrando a los sonidos y movimientos.

En esa primera oscuridad de la noche, daba igual si estaba soñando despierto o pensando dormido. Daba igual su color de pelo, su ropa, su manera de sentarse. No importaba que el banco duro y resquebrajado sobre el que ahora reposa, antes haya sido cuna de una pareja de enamorados, o refugio de un perro maloliente.

Los árboles se balanceaban de cuando en cuando, dibujando sombras que se unían unas con otras. Las dos estatuas inicialmente blancas e inmaculadas, parecían personas que adornaban de quietud este paisaje inmóvil. La iglesia, que unas horas antes podría haber descripto con el más mínimo detalle, no era más que un bloque negro que le impedía ver más allá de la calle.

Todo le era familiar, se sentía cómodo. Podría haber estado allí muchas horas más; ingenuo y placentero. Sin embargo, un extraño sonido resonó en su espalda. No quiso darse vuelta. Supuso, que como otras veces también se acostumbraría a él. Lo escuchó primero lejos, como si algo externo a esa plaza, a ese banco, tratara lentamente de entrometerse en su tranquilidad. De pronto sintió escalofríos, y esta nueva sensación lo hizo estremecerse.

Ahora el sonido extraño envolvía el lugar; ya no solo por detrás, lo rodeaba. Bajaba desde lo alto de la iglesia, zumbaba entre los árboles, retumbaba entre sus pies. Se sentía amenazado. Sus manos temblaban. En un momento pensó en escapar, levantarse del banco y correr lejos. Pero sus piernas estaban ancladas.

Supo, entonces, que debía acostumbrarse a este nuevo sentimiento, el cual lo custodiaría por el resto de su vida. Se olvidó de los sueños, los recuerdos, los pensamientos, y se vio solo en ese banco de la plaza, a oscuras y con el miedo que ahora sería su compañero.

LA MUÑECA DE TRAPO

Albarrán Robles, Daniela
Venezuela

Una pequeña niña corría por las calles sosteniendo con su mano derecha una muñeca de trapo, había ahorrado durante seis meses para comprarla, cada día su padre le daba dinero suficiente para desayunar en el colegio, eligió comer un día sí, otro no, para tener aquel juguete de ensueño, su familia nunca la llevó a visitar la juguetería del pueblo, pues decían que el dueño afirmaba ser un profeta del destino, así que siempre tuvo que conformarse con mirar de reojo la vitrina cuando pasaba por allí con alguno de sus padres, la primera vez que vio a la muñeca, creyó que esta le había guiñado un ojo, a lo mejor fue una ilusión o tal vez sus padres tenían razón y los juguetes también estaban llenos de profecías. Pasaba todas las tardes frente al local y la muñeca seguía en venta, no entendía por qué si era tan bonita, llevaba puesta una pollerita de flores y una remera amarilla, calzas y zapatitos de charol, el cabello era rubio y de lana, no había nada en ella que pareciera diferente, solo aquel guiño que seguramente era una ilusión óptica producto de la mirada de reojo.

Cuando completó el dinero para comprarla no se atrevió a confesar que había pasado mañanas enteras sin comer solo para tener esa muñeca, no la llevarían, sabía que la negativa no tendría negociación, así que le pidió a su abuela que la acompañara a la tienda, no es que ella aprobara esa salida, sino que desde hace algunos años comenzó a perder la memoria y la noción de tiempo y espacio. Nunca había estado tan emocionada, le dijo a la abuelita que saldrían a caminar para aprovechar un día tan hermoso de primavera, astutamente hizo que el camino las llevara al lugar, al entrar el dueño alzó la mirada y dijo: “Antonella... ¡Tantos años!”, la señora respondió: “No los suficientes, Ariel”, la niña desconcertada se apresuró, agarró la muñeca y la llevó a la caja, mientras el señor Ariel envolvía la compra volvió a hablar: “Pequeña niña, esta muñeca te pertenece desde hace mucho, tiene el don de acercar a las personas que se quieren, sabía que en algún momento vendrías por ella y traerías a Antonietta”.

Abuela y nieta salieron de la tienda con una sonrisa, la niña con su anhelada muñeca y la mujer que al fin se había reencontrado con su primer amor.

UN HOMBRE, UN MUNDO

Alcover, Noel
Argentina

Una vez, no hace mucho tiempo, un hombre soñó con un devastado y agonizante mundo. Un planeta con gente egoísta y ambiciosa que aprovechaba cada oportunidad para desgarrarle un pedazo más al globo azul en el que vivían. Los árboles se había talado casi en su totalidad, la vegetación en general casi ya no crecía, no tenía cómo porque la fertilidad del suelo se había perdido. Las condiciones climáticas eran extremas: no caía ni una gota de lluvia o diluviaba terriblemente ahogando cualquier ser vivo que quisiera atreverse a vivir en ese lugar. Los pocos animales que quedaban se morían de sed y hambre o eran asesinados para diversión de las personas más pudientes, económicamente hablando. Prácticamente no se podía criar animales para consumo propio o de los vecinos porque era muy raro conseguir algunos que pudieran todavía reproducirse.

Las montañas, debido a la explotación de minerales, habían casi dejado de existir, pocos se topaban con ellas y los que se acordaban como eran le contaban a los niños historias sobre ellas y el manto blanco que a veces las cubría en invierno. El hombre, en su sueño, podía ir de país en país, de continente en continente y cada vez que iba de un lugar a otro nada mejoraba. Las personas no se trataban bien entre sí, no se respetaban y raras veces parecía que se querían. En cualquier lugar del mundo siempre había alguien con hambre, alguien explotado, alguien discriminado. Estos, cansados en su mayoría por las injusticias, encontraban en el mal ajeno algo de felicidad, por lo que el sufrimiento además de ser algo común era divertido.

Los mares y océanos ya no eran azules, más bien tenían un color verde o marrón, ni qué decir de sus habitantes, nada quedaba de la vida marina en ninguna de sus formas. Algunas veces, encontraba uno que otro vestigio de civilización, de esa que procura el bien común, el respeto y valora la vida, pero no le hacía falta mucho para darse cuenta que esos valores eran falsos, que cada palabra que surgía de la boca de estas personas no era lo que querían en realidad. El respeto y el valor de la vida en esas civilizaciones eran más bien hologramas de valores, el bien común era una bufonería, algo que expresar de la boca para afuera. El hombre, angustiado por todo esto, quiso que el viaje al fin terminara y cerró sus ojos fuerte, muy fuerte, para borrar las imágenes que había ido recolectando. Por suerte despertó, al borde de un ataque de horror. Suerte que simplemente fue un sueño, un terrible e irreal sueño.

MI HORIZONTE

Álvares, Silvana Natalia
Argentina

Aquella tarde salí corriendo de clases, no sabía bien dónde ir, pero necesitaba salir de donde estaba. Mi corazón estaba inflado de dolor, rabia, decepción y vergüenza. Mis lágrimas ya no podían contenerse más en el dique de mis ojos. Lloré. Amargamente lloré. Maldije la hora de haber estado en ese lugar, ese día y con esas personas. Luego caminé apaciblemente, casi llevada por la dulce brisa del otoño. Mis pasos fueron a dar en el solitario y viejo muelle, no muy alejado de la facultad.

Secándome las últimas lágrimas de mis mejillas pensé: este ha sido el lugar al que acudía cuando más sola me sentía, en mis horas tiernas de niñez, los veranos calurosos y los libros a la orilla de la playa. Este debe ser el lugar donde debo estar. Y así era. El viejo muelle calmó mi corazón. Pude sentir la bruma del mar estrellarse en mi rostro y humedecer mis cabellos. Mis manos se pusieron frías, pero mi corazón aún ardía.

Las gaviotas cruzaban el inmenso cielo azul. En el horizonte, apenas, se veía un pequeño barco rojo. Pensé que tal vez allí también habría alguien pasando mi misma situación, luego desistí. Lo que me sucedía no podía pasarle a nadie más. Era mi dolor, mi angustia, los otros tendrían las suyas, más o menos graves, pero las suyas y no la mía. Tomé la decisión de respirar profundamente, volver a mirar el cielo, su inmensidad... ¿qué era yo en medio de tan imponente firmamento? ¿Qué eran mis lágrimas frente a las inmensurables aguas del océano que bramaba con olas impetuosas?

Salí caminando lentamente del muelle. Me senté a la orilla del mar, mojé mis pies en sus gélidas aguas. Suspiré. ¡Estaba viva! ¡Sí! No importaba tanto lo mal que lo había pasado hacía unas horas en clases. Aunque el dolor persistiera, me prometí vivir... Tal vez el horizonte, el mar, el barco, el cielo, las gaviotas, la bruma, o no sé qué, pero habían cambiado algo en mí. Sentía nuevas y renovadas fuerzas para levantarme y seguir. Qué importaba la vergüenza, si estaba viva, si podía cambiar lo posible y lo que no, que muera en el recuerdo... Supe en ese instante que nada externo a mí podía modificar mi esencia. Que había nacido para vivir, que me esperaba un destino de gloria y que aunque me discriminaran y rechazaran, de mí dependía continuar viviendo.

Regresé a clases. Entré impetuosamente, con una sonrisa en mis labios. Todos me veían asombrados. Nadie se animó a dirigirme la palabra. Tomé mi libro y comencé a leer. Algunos murmuraban, otros se reían. Sus ojos parecían traspasar mi cuerpo, mis deformidades, mi fealdad. No me importó. Decidí ver el mundo por mis ojos y no por los suyos. Mi horizonte estaba en frente, hacia él iba.

VOY A SER COMO MI MAMÁ

Álvarez Elías, María Manuela
Guatemala/México

—¿Cajeta, también tiene ángel de la guarda? —Le preguntó Anna de 6 años a su madre con los ojitos rojos de tanto llorar. Había pasado casi toda la tarde, junto a su hermosa perra labrador color café, que estaba siendo atendida por el veterinario del pueblo. La casa parecía vacía sin las risas y ladridos de siempre, podía sentirse la desolación en el corazón de la niña y la angustia de su madre. —No lo sé mi amor, nunca me lo había preguntado, ¿Por qué lo quieres saber?

La niña miró con desconsuelo a su madre y luego regresó toda su atención a su gran amiga, la abrazó con fuerza a pesar de que ya le había dicho en varias ocasiones que no lo hiciera para no estresar o lastimar a la perrita. —Cajeta, si tienes ángel de la guarda ¡ládrame fuerte 3 veces!, por favor —la perrita no hizo nada, pues casi no podía moverse la niña comenzó a llorar y le dijo insistentemente —Cajeta, si tienes ángel de la guarda ¡ládrame fuerte 2 veces!, por favor —otra vez no respondió, entonces con sus chapeadas mejillas llenas de lágrimas dijo esperanzada —Cajeta, si tienes ángel de la guarda ¡ládrame fuerte 1 vez!, por favor —Y la perrita ladró.

Anna se puso feliz, y subió corriendo a su habitación a trompicones, la madre no entendía nada. Se aseguraba de que todo estuviera listo para cuando el momento indicado llegara. Habían pasado más de cuatro horas desde que el veterinario estaba con ellas y todo parecía tardar demasiado. —Tranquila hermosa todo va salir bien —le dijo la madre de Anna a Cajeta, mientras acariciaba sus orejas como acostumbraba. Pues su mascota parecía estar pasando por un gran dolor.

Después de unos minutos bajó Anna corriendo de vuelta junto a Cajeta, la pequeña niña de rizos negros había subido a poner un disfraz, llevaba un sencillito vestido blanco con cinto dorado, su aureola y alas. Junto sus dos manitas a forma de oración y aguardo pacientemente a que todo acabara.

El veterinario asistido por la madre de Anna, comenzó a recibir uno a uno los 7 cachorritos de Cajeta, lo cual hacía muy feliz a su pequeña dueña, una vez anunciaron haber acabado y depositaron a los adorables perritos en el canasto adecuado junto a Cajeta. La niña estaba muy emocionada y comenzó a bautizarlos: —Frambuesa, Cereza, Miel, Chocolate, Vainilla, Almendra y Chantilly, —dijo en voz alta, no paraba de reír y brincar al lado del canasto.

Su madre se encargó de despedir al veterinario y la dejó sola con los nuevos integrantes de la familia, ella los miraba tiernamente con sus ojos negros bien abiertos y mientras los acariciaba le dijo a su perra —Cajeta, si tú ya tienes ángel de la guarda, ¿me dejas ser el angelito de tus perritos? —la perra comenzó a ladrar mostrando emoción, lo que para la niña significó el consentimiento a su petición, su madre alcanzó a escuchar lo sucedido y le preguntó por qué quería ser ella un ángel a lo que Anna le respondió —Porque ellos están pequeños y necesitan que yo los cuide, así como tú me cuidas a mí, ¡tú eres mi ángel de la guarda mamá! —Y brincó a sus brazos a llenarla de besos.

EN EL MONEDERO

Álvarez, Bárbara Ayelén

Argentina

Silencio. Levantó un aro diminuto del piso. Le sacudió el polvo y lo guardó en el bolsillo del uniforme. Continuó caminando, lentamente, arrastrando el carro que ya empezaba a chirrear de nuevo. Se detuvo, desenganchó la escoba, suspiró y se dispuso a barrer el cordón. El trabajo no estaba mal, ayudaba a su marido con las compras, eran unas seis horas, y aprovechaba para no estar en su casa. No tenía apuro, le pagaban por jornada, así que el trabajo era un precioso tiempo para ella. El aire fresco, la ciudad, la gente caminando distraída, los negocios... Pestañeó, y se dió cuenta de que llevaba varios minutos apoyada sobre una pierna sin hacer nada, con la mirada perdida. Se incorporó, y siguió barriendo. No perdía de vista el piso, donde había encontrado más de un tesoro: monedas, aros, juguetitos, tapitas de plásticas (que juntaba para la parroquia del barrio) e incluso, una vez, una foto carnet de un hombre de unos cincuenta años, muy buen mozo. La escondió en su monedero hace ya más de un año. A veces pensaba que podía encontrárselo y devolvérsela, quién sabe. Al final del día tenía algunas monedas, el aro, un anillo de plástico y varias tapitas. Ajustó la mochila a la espalda, y empezó a caminar por una calle. El sol solo iluminaba las partes altas de los edificios. El ruido del carro cuando lo arrastraba era alto, constante y molesto. Quizás, hasta lo odiaba. Una mujer se tropezó con ella y ni la miró. Era el peor momento del día... La oscuridad, el cansancio, el ruido que cada vez era más fuerte, la gente apurada y de mal humor. La ciudad se aceleraba, el sol seguía cayendo. Y faltaba lo peor, ir a depositar toda la inmundicia en el galpón.

El ejército uniformado seguía engrosando filas, llegaban de todos lados, dos, tres, cuatro, más. Los carros seguían chirreando, avanzando firme y derecho, hasta el final de la calle. Verlo desde la ventana de algún edificio debía ser un espectáculo horrible. Un hombre flaco con cara de garza abría sólo un poco la puerta, asomaba el pico, los miraba de arriba a abajo, y solo después de asegurarse de que pertenecían al grupo los dejaba pasar. Ella pensó que la garza seguramente miraba muchas películas de misterio, porque actuaba como si viviese en una. Cruzó el galpón hasta las máquinas. Un pozo enorme, luz roja, ruido bestial, unas pinzas que golpeaban y convertían la inmundicia en “¡sabe Dios qué!”. El hombre pulpo, gordo y feo, la rozó con un tentáculo. Siempre se vestía bien, pero no dejaba de ser insoportable a la vista (y al olfato). Le acercó la paga de la jornada, ella la tomó y dijo gracias. Era la primera palabra que decía en muchas horas.

Sin saludar, pasó junto a la garza y salió afuera. Respiró hondo, entrecerró los ojos para reducir la molestia del sol del mediodía, y se dispuso a volver a su casa.

LA ABANDONO

Álvarez, Carlos
España

Nueve de la mañana. He llegado a la oficina y, como siempre, no soy el primero. Ya está Isabel dedicada a la tarea. Saludo frío, mirada falsa. Es todo lo que tenemos que cruzarnos. Alguna vez pienso en entablar una leve conversación sobre algún tema trivial. Luego reflexiono y me doy cuenta de que no tendría sentido. Nuestras mesas se sitúan a menos de un palmo pero siento que un abismo nos separa.

Once de la mañana. Se marcha a su parada regular, el famoso “desayuno”. Me dedica una sonrisa frágil al coger el bolso. Una mueca mecánica aprendida tras once años aquí. Debe haber visto pasar a tantos como yo. Jóvenes con ambición que la relegan a un segundo plano sin apenas notar su vacía existencia.

Mediodía. Su vuelta es aún más discreta que su marcha. Si traía una sonrisa con ella, la perdió en la puerta. Empiezo a pensar que su única aspiración, a sus cuarenta y pocos años, es alargar poco a poco la pausa. A veces me pregunto a dónde irá, qué hará, si se verá con alguien... Me la imagino sola, en el mismo bar cada día, con el mismo desayuno, viendo el tiempo pasar... Esperando, sin hacer nada.

Dos de la tarde. Tras un forzado y rápido “hasta luego”, salgo de la oficina. He quedado con mi novia. Comeremos juntos en un italiano de aspecto romántico. Hoy es un día importante. Vamos a decidir a qué sitio iremos por nuestra luna de miel. Ella quiere Thailandia y Australia, yo prefiero China y Japon. Negociaremos entre sonrisas cómplices, carantoñas y lindos besos.

Cuatro y media de la tarde. Me he retrasado. Por un día no pasa nada. Isabel, sin embargo, está ahí, en su sitio. Siempre puntual. No hace falta que nos saludemos. Su vista y resto de sentidos se dispersan aburridamente entre papeles y la odiada pantalla del ordenador. Todo lo hace con desgana. ¿Tuvo alguna vez ella una luna de miel como la que tendré yo? ¿Habrá alguien en casa esperándola? Lo dudo.

Siete de la tarde. Dirijo la mirada a mi compañera. Quiero irme pero algo me retiene. Debe ser el miedo. Sí, el miedo. Miedo a no ser nada. Miedo a sentarme una y otra vez tras el mismo escritorio, en la misma oficina, viendo pasar a jóvenes ambiciosos que me parezcan mejores que yo. Isabel es un espejo al que uno puede mirarse.

Siete y un minuto de la tarde. Dudo. Quisiera decirle algunas cosas pero no puedo. Soy incapaz. Un sentimiento melancólico me invade. Mi boca se agria y mis ojos se vuelven vidriosos. Por fortuna, solo dura unos segundos. Me repongo y me digo que no. Yo no acabaré así. Desmotivado y solo. Desgastado por vivir en una sociedad tan desagradecida. Que va. Yo llegaré lejos... Por un instante, sueño despierto con el éxito. Me levanto animado y, sin mirar atrás, me voy. La abandono.

EL LADRÓN

Álvarez, María Consuelo

Argentina

Los pibes del barrio la llamaban “la vieja”, aunque no pasaba los cuarenta años. Soltera, pero tenía novio. Vivía en la casa grande de la cuadra, ella sola. Muy religiosa, pulcra y puntillosa. Los chicos la respetaban y hasta la querían.

Los días de carnaval, se encargaba de pintar la boquita de una dama antigua, los bigotes del caballero, la cara de un indio o tapar el ojo del pirata. Les regalaba papel picado y serpentina de colores. En Navidad, cada uno encontraba junto al árbol iluminado, un regalito hecho por ella. Los sábados y domingos, días en que el novio no la visitaba, los reunía a todos y los llevaba de paseo al Jardín Zoológico o al Parque Japonés.

Los pequeños iban creciendo y ella envejeciendo, mientras el novio de la moto, continuaba visitándola. No alteraba su costumbre de ir los domingos a misa, pero sonreía menos y sus ojos revelaban el llanto de sus noches solitarias, si bien el novio se presentaba, por las tardes, rigurosamente de lunes a viernes.

Fue un día caluroso y húmedo de verano, cuando los chicos la vieron alejarse, como siempre, en la moto con el novio. Pero ese día no volvió.

Ya habían transcurrido cuatro días, cuando bajó de una ambulancia, con una pierna enyesada. Los chicos corrieron para saludarla y agobiarla con preguntas, que no contestó. Solo pronosticó, antes de encerrarse en su casa: —la próxima vez lo voy a conseguir, les juro que lo voy a conseguir.

Ninguno comprendió el significado de sus palabras y quedaron más consternados aún, cuando al atardecer vieron al novio, sin la moto y con un brazo vendado, golpear la puerta y suplicar. Pero ella no lo recibió.

Pasaron más de dos meses. Se la podía ver recuperándose detrás de la ventana, muy delgada y pálida. Y él volvió. Junto a la ventana le habló y le rogó. Ella parecía no verlo ni escucharlo.

Algún tiempo después, un hermoso día, ella peinó sus cabellos rubios y compuso su cara. Hasta le brillaban los ojos y parecía feliz. Salió y esperó.

El novio vino a buscarla. Lo recibió a los gritos y a las carcajadas.

—Hoy es nuestro aniversario —aseguró —hoy no me importa que tengas mujer e hijos...

Con mucho esfuerzo, el novio pudo subirla a la moto y se alejaron, mientras que ella continuaba vociferando enloquecida.

A las pocas horas, los agentes policiales, golpeaban la puerta de la casa grande. Ella no tardó en salir, seguramente los estaba esperando. Ya no reía pero tampoco lloraba.

Al ver a “sus chicos” afligidos, les dijo mientras le colocaban las esposas: —lo maté, porque me robó los mejores veinte años de mi vida.

CORAZÓN ANIMAL

Andreoli, Nicolás

Argentina

Era la última vez que cumplía cuatro años, lo recuerdo bien, era la primera también. Me desperté para soñar, lavé mi risa y me enrosqué a la aventura. En la calle até al sol en un cometa, me vestí de héroe y confié, aunque les hable ahora de simples zanjas y pequeños perros, les juro, saltamos bravos ríos y domamos bestias babosas en el camino. Llegamos y me fui, aflojé las manos de mamá y corrí entre saltos hasta el bosque encantado, me perdí, creo entre el árbol y el pantano sin salir siquiera de la plaza. Eran eternos los momentos, el tiempo y yo habíamos hecho un trato, rescupimos nuestras manos! Yo volaba, él me miraba.

Volvimos con heridas de barro, del otro lado del mundo se abría una puerta y aparecía un hogar, el nuestro. Al entrar los vimos, lo recuerdo bien, estaban ahí contándonos sin contarnos que era eso del amor. Él a su lado parecía no necesitar más, se había colado por la ventana rompiendo las reglas como cada tarde para invitarla a volar o qué sé yo. Edgar no quiso entenderlo, se puso furioso y gritó antes de sacarlo de patitas a la calle. Esa tarde lloré desde el alma a los ojos, ella también. Había yo descubierto el amor, ella también. ¡Los leí, eran poesía!

Cerraron las ventanas, afuera el sol.

Por suerte este pequeño soñador aparecía cada vez que Edgar desaparecía. Pasé ratos pensando en ellos, en él, la pobreza lo abrazaba, vagaba por las calles, por los patios, en busca de un trozo de calor, un brillo de sonrisa o un plato de comida. Lo trajo acá el viento de Septiembre y la fantasía tejió su realidad, se encontró con ella, radiante y hermosa, dividieron la cena e hicieron una revolución, desde aquel día, les juro, una cinta invisible e irrompible los unió, nunca la vi pero siempre la sentí.

Pregunté a Edgar años después por qué no permitía su amor y entendí, al fin, que los adultos tienen la costumbre de mirar solo lo que ven. Él me respondió confuso, si le hablaba yo del gato, ese, que se metía cada tarde a comer del plato de Sasha, nuestra gata. Pobre Edgar, sentí pena por él, se perdió el arte, nunca los miró y ellos, ellos eran poesía.

EL BESO SUSPENDIDO

Araiza Quiroz, Ramón
México

Una mañana de verano cruzó la calle el joven modelo. Ese día hasta el más mínimo ruido fue succionado por un tiempo añejo. El atractivo muchacho llegó a la hora pactada al sitio de encuentro. El pintor y la modelo arribaron juntos: un hombre delgado con incipiente barba y una bella chica de cabello rizado y ojos luminosos que miraron a lo lejos al modelo. El pintor condujo a la dama hasta el caballero. Los presentó y pidió iniciar inmediatamente la sesión. Colocó sus caras de tal forma que los labios de la hermosa mujer quedaron a unos milímetros de los del modelo. Tomados de la mano, en pausa obligada, ambos fueron la inspiración del artista.

En breve, el apuesto hombre empezó a decir algo apenas audible entre ellos.

Así, cada mañana, durante días, modelaron incansablemente hasta que el artista emitió palabras bajo los rayos del sol que bañaban el inmueble:

—¡He terminado mi gran obra! —anunció alzando alegremente el pincel.

El joven soltó lentamente a la modelo.

—¿Te volveré a ver? —preguntó ella frotándose los dedos.

—¡Por supuesto! —replicó él con certeza—. Siempre nos veremos cuando llegue el verano.

Se despidieron. El pintor y la chica se alejaron. Ella volteó pero el modelo ya no estaba.

Cada año las autoridades del museo colocan el cuadro de *El beso suspendido* en el mismo sitio en el que fue pintado hace siglos. La obra es admirada por los visitantes. El verano es la única época del año en la que es posible ver la imagen del modelo con la ayuda de los rayos del sol que resbalan como cera por el lienzo. Sus miradas quedaron afianzadas por siempre al contraluz.

EL RECADO

Argüello Bernal, William
Colombia

A Javier se le conocieron tres orgullos. Haber podido estrechar la mano del presidente de la República, subsistir dignamente de su oficio y ser el dueño de una caja de zapatos con la que lo enterramos en el Cementerio Central, sin que otro doliente más que yo conociera su verdadero valor.

Entre los asiduos clientes de su local en el barrio de San Antonio, se contaban don Eduardo y doña Beatriz, cuya urgencia una noche de domingo supo aliviar de inmediato y como siempre sin cobrar, en retribución a las recomendaciones que lo hicieron el zapatero predilecto de los ricos del oeste.

El trabajo requerido era para un familiar. Más digno de un talabartero, consistía en reemplazar la cremallera de unas botas cortas de cuero negro. Como la dentadura le desvela al dentista la condición de vida del paciente, el calzado entre sus manos le susurró a Javier que el desconocido resultaba ser un hombre de contextura pequeña, no desmedido en los cuidados personales y de paso firme pero seguro, de los que gozan el otoño de sus años con el deber cumplido.

Don Eduardo y doña Beatriz reaparecieron al cuarto día. Eran los portadores del recado del cliente satisfecho por el arreglo que lo sacó de apuros en su secreta visita a Cali. Antes de hablar, don Eduardo depositó una caja de zapatos sobre el mostrador. “Mi cuñado le manda decir que aunque no se le olvidó enterrar al coronel Aureliano Buendía con zapatos nuevos, dado que apenas le quedaban las pantuflas que usaba en el taller, sí se le olvidó enterrar a Úrsula Iguarán en una caja de zapatos como esta cuando murió diminuta en un caluroso jueves de semana santa”.

Desconcertado ante la sonrisa cómplice de doña Beatriz, Javier se animó a destapar la caja de zapatos que tenía en frente. La encontró vacía. Un fugaz guiño de don Eduardo lo obligó a revisar la tapa de cartón. Al respaldo, vislumbró el reconocimiento que se convertiría —tras las respectivas aclaraciones del caso— en el tercero de sus orgullos por los treinta y seis años que le restaban de vida. El manuscrito rezaba: *Con aprecio, para mi hombre de los zapatos, Gabo.*

NARCISA LA DRAGONA AVENTURERA

Asensio García, Silvia
España

Cuando la dragona despertó, estaba allí, en el mar. El cómo, el cuándo y el por qué, era todo un misterio. Al principio, se agobió al verse rodeada de tanta agua, pero cuando se dio cuenta que podía respirar sin más, se tranquilizó. Estiró y estiró su cuello hasta que su cabeza asomó por la superficie sintiendo la brisa fresca y el olor a océano. Era uno de los poderes especiales que había heredado de su padre. Le había costado semanas de práctica aprender a agrandar o empequeñecer distintas partes de su cuerpo, pero lo había conseguido. Una bruma espesa y pegajosa lo envolvía todo y más allá de unos metros no se veía nada. Agudizó su fino oído, pero solo se escuchaba el ir y venir de las olas. Entretanto, la fuerte corriente marina hizo que su cuerpo se tambaleara, su cuello volviera a su posición natural y que su cabeza se sumergiera de nuevo. Unos pececillos comenzaron a picotearle la cola y lo que empezó siendo un leve cosquilleo fue haciéndose más intenso hasta dolerle. La sacudió con fuerza aunque apenas se notó y en vez de huir asustados fueron apareciendo más y más peces. Siempre había tenido buen carácter, pero aquello... la estaba empezando a enfurecer.

—¡Os vais a enterar! —gritó. Se dispuso a echar fuego por la nariz, pero se le había olvidado que estaba en el agua y que de nada serviría.

—No te enfades, —le dijo un tiburón que pasaba por allí, son peces limpiadores, debes de producir mucha porquería.

—Pensaba que lo que producía era miedo —pero ya veo que no.

Un grupo de ostras se le acercaron, entreabriendo sus conchas, para mantenerse a flote.

—Estás aquí para cumplir una misión. Es de vital importancia que custodies esta perla hasta la cueva del dragón Melitón. —Por primera vez en su vida, se sintió importante. No sin gran esfuerzo lograron colocarle el collar con la enorme perla.

—Así te resultará más cómodo llevarlo mientras nadas. —¿Nadar yo? ¿Acaso os creéis que soy un pescado? —Con sus alas mojadas no podría volar. Lo de usarlas para nadar tampoco era mala idea. Una comitiva de peces la acompañó y así fue como llegó hasta la orilla haciéndose invisible al salir del agua. Notó que algo duro la presionaba hacía dentro no dejándola moverse. De pronto se hizo la noche. Oyó una vocecilla que decía:

—Mamá, quiero saber cómo continúa el cuento de la dragona Narcisa.

—Es muy tarde nena y tienes que madrugar para ir al cole. Mañana lo terminaremos.

DAME TU MANO

Bautista Gutiérrez, Francisco
España

Desde la ventana el mar parece inmóvil, pero es falso, llega y se va, como mi memoria, viene y me hace recordar algo para marcharse llevándose mis recuerdos, despojándome de la soledad, todo menos esos libros de colores que en la librería de la esquina adornan la cristalera, mi ilusión, lo que me mantiene viva la esperanza y es entonces cuando me niego a aceptar lo que mis ojos ven a lo lejos.

Tengo que salir de casa, y lo hago. Tenía tal vez diecisiete o dieciocho años cuando grabé con una navaja aquel corazón y aquellas palabras, cuando no había máquinas que ahora se detienen observando la escena, al hombre sonriendo, a la mujer que se aproxima a él y con lágrimas le abraza mirando hacia el corazón que un día, hace mucho tiempo grabó en el árbol perdido, y llora cuando en un susurro el hombre le habla.

Ahora recuerdo cómo te llamas... te quiero Alicia.

EL LEÓN Y EL ARROYO

Bautista, Franco – México

¡Yo lo tenía todo! Todo lo que yo podría desear: mi propio hogar, agua, comida, yo era hijo del “rey de la selva”. ¡Yo lo tenía todo! Me desperté por la mañana en la cima del mundo, mi madre se ausentaba por la caza, como era de costumbre; y como parte de mi rutina diaria fui al arroyo donde todos mis súbditos me verían: leones, tortugas, jirafas, rinocerontes, ¡todos aclamarían por mi llegada!

Llegué a mi arroyo, subí a mi roca que era la más grande del todo el lugar, con panorama de todo el entorno, a la altura perfecta como para escuchar como mis esclavos. . . perdón súbitos aclamaban por mí.

Sin fijarme de nada ni nadie, di un gran salto para caer de manera espectacular en el agua, sin embargo. . . solo encontré el suelo al caer, —¡mi agua! ¡El príncipe quiere refrescarse! —gritaba furioso, todos los animales que estaban cerca huían. Una vieja tortuga se acercó a mí y me preguntó por la causa de mi furia. “¿Mi problema? Mi problema es que no veo agua, ¡mi preciada agua!” La tortuga guardo silencio un momento y miraba fijamente a mi corazón hasta que me dijo: “tú no vienes a este lugar por el agua,” y yo solté una carcajada ¿A qué otra cosa vendría? ¿A jugar con mis súbditos? No lo creo, un rey no necesita a nadie. La vieja tortuga me miró a los ojos y me dijo: “ve más allá de tu nariz,” —¡Eso me ofendió!— Le rebatí a aquella tortuga, así que trató de usar otras palabras. “Si con tus ojos no has de ver, hazlo con los de tu corazón”. Como no entendía nada de la filosofía de aquel animal, solo me reí más de él, —mejor váyase a comer hongos o lo que sea que usted coma —le dije riéndome; comencé a aburrirme y decidí irme a mi hogar para esperar a que mamá trajera la comida. Pasaron cuatro días y el agua del arroyo aún no volvía, mi pelaje ya no era tan suave, pues ahora mis sirvientes tenían que ir muy lejos para conseguir un poco de agua.

Los días sin el arroyo eran como una eternidad de soledad, ahora lo más divertido que podía hacer era tomar el sol y mirar el panorama desde lo alto de mi hogar, tan solo miraba a las montañas, a las nubes pasar y a la gran y profunda selva. “Mira con tu corazón”, llegaban a mí las palabras de aquella vieja tortuga, “mira con tu corazón”. Comencé a prestar atención a que sucedía abajo en el reino animal, cercas de mi crecían los tulipanes, un capullo se rompía y nacía una mariposa, un elefante un poco deprimido se columpiaba sobre la tela de una araña, luego llegaron sus amigos a alegrarle el día. “Mira con tu corazón”, ¿qué es lo que realmente quiero? Buscaba en mi interior la respuesta, ¿qué hacía realmente yo en el arroyo? Pensaba mientras caminaba. . . ¡lo tengo! Por fin había entendido lo que aquella vieja tortuga decía, yo no buscaba agua, buscaba compañía.

¡Yo lo tenía todo! Todo lo que yo podría desear: mi propio hogar, agua, comida, yo era hijo del “rey de la selva”. ¡Yo lo tenía todo! Todo menos un amigo con quien jugar, ahora todo tenía sentido: me gustaba estar en el arroyo porque me gustaba estar cerca de los animales, y ahora que no había un arroyo para pasar el tiempo, extrañaba a todos los animales. Desde ese día decidí mirar no solo por mí sino también, por mis compañeros, desde ese día mis sirvientes se volvieron mis servidores, un buen día las nubes lloraron y el agua volvió y yo nadé junto con mis amigos en mi querido arroyo. Por fin lo tenía todo, todo lo que podría desear: ¡una verdadera amistad!

“No extrañarás tu agua hasta que tu arroyo se seque”.

TARDE

Beauxis Cónsul, Luis Antonio
Uruguay

Lo encontré, acaso me encontró, en las afueras del pueblo, bajo esos sauces que lloraban a raudales la sangre derramada por aquel que agonizaba en el poniente. Solo pude reconocerlo cuando lo tuve justo frente a mí, mintiéndome las buenas tardes al tiempo que elevaba cortésmente dos dedos hasta rozar el ala de su sombrero.

“*¡Qué falta de urbanidad la mía!*” me recriminé mientras devolvía, presuroso, aquel saludo que bien podría haber sido yo el primero en dirigir; después de todo, las penas que a él lo aquejaban no eran en nada menores que las mías. Así lo pregonaban esos ojos escarchados que reflejaban mi mirada.

—¡Ha refrescado bastante! —comenté, para quebrar un silencio que ya me resultaba insoportable.

Como si recién hubiese reparado en eso, él se arrebujó en el largo abrigo de paño color marrón, mientras una nube de vapor se filtraba por debajo de su bigote entrecano.

Caminamos lado a lado, siguiendo un sendero que se distinguía a duras penas, no tuve dificultad alguna para acompañar sus larguísimas zancadas.

La tarde que moría arrancaba, indistintamente, dolientes suspiros de mi pecho o del suyo.

En un impulso postrero de vana rebeldía, azotó con su bastón de caña las ramas bajas de uno de los sauces. Una pareja de lechuzas aleteó hacia la noche, chistando su desaprobación.

Seguimos adelante hasta que el sendero, bifurcándose en la oscuridad, anunció que ya era hora de separarnos.

Toqué el ala de mi sombrero, con el puño de mi bastón de caña, a manera de despedida. Elevé el embozo de mi abrigo color marrón hasta cubrirme el bigote entrecano y me alejé, a grandes zancadas, por uno de los senderos: cualquiera de ellos, lo mismo daba.

Mis ojos escarchados no experimentaron la necesidad de volverse a mirarlo ni una sola vez.

¿Para qué?

EL DÍA QUE SE LE OBSEQUIÓ AL HOMBRE LA MUERTE

Bertino, Lucas Leandro

Argentina

Consternado era aquel día. Toda actividad parecía absurda. ¿Qué quiere un hombre cuando lo tiene todo? Nada. El hombre omnipotente desea la nada. Con tanta pasión la desea que busca aniquilarse, error que han cometido muchos al intentarlo. Somos seres eternos, infinitos, meras inteligencias sin necesidades. Una vez llegó al Valle del Origen una entidad, una voz que clamaba eufórica. La voz era un grito mezclado entre alegría y tristeza, así de contradictoria era su enunciación.

—He aquí la verdad, he aquí la salvación. Esta pequeña Idea ha resurgido de las profundidades de la tierra, así como un lamento.

La humanidad entera se acercó al lugar, la Idea brillaba fulgorosa, manaba de su figura una luz enceguedora. Uno se arrimó demasiado, y así como se arrimó fue absorbido velozmente por la luz. Desde lo más profundo de aquella Idea se escuchaba la voz de aquel.

—Ohh! Maravillosa es la vida aquí, todo es más nítido, todo es más vivo. Acompañenme en esta liberadora aventura.

Le manifestábamos preguntas y él nos las respondía con una alegría inimaginable.

—Este es el verdadero paraíso, esta es la vida verdadera, la bienaventuranza.

La humanidad entera cruzó aquella luz, aquella Idea, y contemplamos alegremente la verdad que allí nos aguardaba. Montañas, lagos, bosques, todo era iluminado por una gran estrella sobre los cielos. La hermosura de aquel lugar nos invadía por doquier. Algunos preguntaron si no deberíamos quedarnos cerca de la Idea, que aún brillaba con fuerza, para no extraviarnos. Pero a nadie le importó aquello, ¿cómo abstenerse ante tanta belleza?, ¿cómo contener la algarabía de ver nuestros cuerpos desnudos y hacer el amor? La humanidad entera fue feliz por aquellos tiempos, fuimos dichosos y bienaventurados. Hoy muchos de los que nos acompañaban ya no están, han muerto. Al morir el primero, y descubrir el pequeño obsequio que nos brindó aquella Idea, comenzamos su búsqueda. Mar, tierra, montañas, lagos hemos registrado buscándola, con igual fracaso. Aquella Idea tiene que estar en alguna parte de la Tierra, y debe llevarnos a nuestro estado original. Pero no veo triunfo cercano, la mortalidad se ha hecho piel en nosotros.

LOS INSOMNES

Binolfi, Luciana
Argentina

El hombre entró al pueblo en plena madrugada. Los pocos testigos que lo vieron arribar aseveran que venía solo y sin más equipaje que un libro debajo del brazo y un catalejo antiguo, de esos que se usan para contemplar las estrellas. Aseguran que su mirada, siempre dirigida hacia el cielo, no presagiaba nada bueno. Por la mañana, ya había corrido el rumor de que un personaje extraño y misterioso se había inmiscuido en el pueblo como un ladrón, profanando el inocente sueño de sus habitantes. Ya para el mediodía, se juntaron algunos hechos y se armó una historia, provisoria pero necesaria para volver la calma a las conciencias de los habitantes del pueblo, poco habituados a cualquier situación fuera de lo normal. La misma rezaba más o menos así: el desconocido venía a tomar posesión de una propiedad que perteneciera a un familiar recientemente fallecido. Lo raro del caso es que hasta ese momento nadie parecía recordar que existiese dicha propiedad. La calle sobre la que se encontraba era un camino de tierra lateral del pueblo, poco transitado y alejado del centro de actividades. Los días pasaron y los habitantes, sumergidos en su rutina habitual, parecieron olvidarse del extraño acontecimiento. Sin embargo, a la semana siguiente comenzaron a notarse extraños sucesos. Comenzó con algunos casos aislados. Gente deambulando por el pueblo poseída por el insomnio. Se los veía caminando solos, con los rostros desencajados y abrumados por el sueño acumulado. Tamaña postal se volvió típica del pueblo.

Una noche, todos los habitantes salieron de sus casas como respondiendo a un llamado. Como autómatas en procesión se dirigieron hacia la casa del intruso y se agruparon en su puerta. El hombre se asomó y sin titubear comenzó a predicar un mensaje en una jerga extraña y misteriosa. Los insomnes parecían hallar en las palabras pronunciadas por el desconocido algo que habían olvidado pero que, sin embargo, permanecía bien atesorado en algún lugar recóndito de su mente y corazón. Las primeras señales de alarma llegaron de la mano de los habitantes de los pueblos aledaños que se vieron afectados por la inactividad de sus vecinos. Cuando las autoridades llegaron, ya era demasiado tarde. El pueblo estaba desierto. Sus habitantes habían desaparecido sin dejar mayores rastros que las puertas de sus viviendas abiertas que se aporreaban con el impulso del viento. Un detalle pareció coronar la extrañeza de la situación. Un hombre, sin más equipaje que un libro debajo del brazo y un catalejo antiguo, de esos que se usan para contemplar las estrellas, se marchaba del pueblo con la mirada clavada en el cielo.

LA SED

Boclin, Myriam
Argentina

Selene despertó esa mañana con una sed terrible, una sed ensordecedora. Buscó en su mesita de luz, pero el vaso con agua que había dejado ahí antes de acostarse estaba vacío. Seguro lo había bebido durante la noche. No lo recordaba. Lo único que no olvidaba era que desde que había empezado la primavera, cada día que pasaba traía consigo más sed. Al llegar el verano, la temperatura no la dejó trabajar, leer ni pensar. Su paso se hizo lento. Y la sed aumentaba sin tregua. Hacía tiempo que ya no comía nada con sal. Abordaba con voracidad todo lo que contuviera agua. Aún así, tenía la boca pastosa, la piel seca, el cuerpo agotado.

Se levantó de la cama. Se dirigió a la cocina. Estranguló con un cuchillo serrucho una sandía, dejando solo restos de cáscara y semillas negras en cuestión de segundos.

Abrió la heladera. Sus ojos brillaron frente al agua helada. Tomó directamente de la jarra. Cuando hubo acabado la bebida, constató aterrada que la sed no se había apagado. Salió de la casa en busca de agua. Pero ni una gota quedaba en el pueblo.

Poco antes del atardecer, Selene sintió que sus pies se volvían livianos, como una hebra de hilo frágil y transparente, que fluye...

La sensación le invadió los miembros, la pelvis, los pechos, el cuello... Selene se transformó en un río ágil, lúbrico y sensual que recorría las calles de su pueblo seco y moribundo, hasta llegar al mar.

HASTA QUE LA MUERTE...

Bonisconti, Graciela Rosa
Argentina

De pie junto a la ventana, el hombre volvió a repetir: “No, no haré lo mismo. No teman”. Y sostuvo la mirada de los hijos que lo interrogaban preocupados.

En la casa y en los oídos de todos parecía retumbar aún el ensordecedor sonido del disparo que hacía casi tres meses los había despertado en medio de la noche. Ninguno podía comprender lo ocurrido. ¿Qué había pasado por la cabeza de la mujer? ¿Qué sintió su corazón para haber hecho aquello? No podían entenderlo y no tenían consuelo. El acontecimiento había impactado profundamente en ellos y aunque imaginaban posibles motivos ninguno parecía tener el peso suficiente para ser causa de semejante decisión.

“No, no haré lo mismo. No teman”... “No lo haré”... Habían pasado ya tres meses desde aquella noche. Entonces se marchó cada uno a su habitación. Él quedó solo.

Fue a la cocina, abrió la heladera sacó unas fetas de fiambre, buscó pan y se sirvió un vaso de agua, tenía un poco de hambre y sed. Esa tarde no había comido ni tomado nada solo se había dedicado a revisar las cosas de ella: separó lo que iba a tirar de lo que regalaría, rompió papeles, recordó momentos que habían quedado grabados en fotos y en tarjetas de cumpleaños y aniversarios. Había mucha tristeza anidada en su mirada y se sentía cansado. Era hora de retirarse a descansar, se dirigió a su habitación. Mañana continuaría.

Ya había amanecido cuando se escuchó el grito aterrador de la hija: sobre la cama yacía el cuerpo sin vida del padre. A su lado un blíster de pastillas para dormir vacío y una nota: “Perdón. No puedo seguir. La muerte no nos puede separar”.

EL CALCETÍN ROJO

Broner, Jorge Ernesto

Argentina

Se pasó una hora buscando el calcetín rojo, podría haber usado unos rosados que estaban nuevos, pero en el mail ella había escrito claramente: estaré vestida totalmente de rojo.

Bueno sería, que después de tanto tiempo buscando una cita, se vaya todo a perder por semejante distracción, de ninguna manera, si dijo toda de rojo, iría toda de rojo. ¿Y dónde diablos se había metido ese bendito calcetín? Se reía de que pensara en el diablo buscando algo rojo, pero serían esas casualidades que suelen pasar, en esta oportunidad el diablo no metería la cola, o al menos eso pensaba hasta ese momento, y por otro lado, el calcetín no se había metido solo en un escondite, ella era la que no se acordaba donde lo había puesto, porque los calcetines no caminan solos. Pero si en vez de estar pensando en todas estas tonteras, buscara con más atención, y no volviera a buscar siempre en los mismos lugares, seguramente lo encontraría, tenía que concentrarse en lo que hacía, eso le decía siempre su madre, que ya iban para tres años que había muerto y ella todavía la seguía sintiendo como susurrando en su oído: —Cecilia, que te tienes que concentrar en lo que haces... —Cecilia, que si caminas siempre mirando el suelo no conseguirás novio... —Cecilia, que arréglate el cabello niña, que pareces una mojigata... —Cecilia, que eres tan distraída que un día perderás la cabeza... Y bueno, tan equivocada no estaba su madre, no perdió todavía la cabeza, pero sí perdió un calcetín, y en el momento menos oportuno.

Conclusión, que se le hizo tardísimo buscando el bendito calcetín, y lo había dejado junto a la pañoleta que tenía preparada para salir, que como también era de color rojo no se distinguía una prenda de la otra. ¿Sería el color rojo que atraía al diablo con sus maldades? No, no tenía que pensar así. De nuevo aparecía su madre susurrándole: —Cecilia, que si eres buena te pasarán cosas buenas...

Al fin, ya preparada para su ansiado encuentro, salió en camino a los fuertes brazos del amor. Porque seguramente ese caballero que le decía tan dulces cosas por mail, sería su amor para toda la vida, ella lo presentía, ya lo podía ver regresar del trabajo con un ramo de jazmines y ella esperándolo con una sonrisa y con la mesa servida, lo veía jugando con los niños que seguramente iban a tener, lo veía sentado a su lado mirando televisión, lo veía todo como una película, o mejor, como en esas novelas que miraba junto a su madre.

Quizás, de no haberse demorado buscando ese calcetín o quizás si no hubiera elegido el color rojo, quién lo podrá saber, lo cierto es que al pasar por entre las vallas, que no debería haberlas atravesado, que para eso estaban las vallas, para que la gente no las atravesara..., justo en ese momento, doblan por la esquina los dos primeros corredores y tras ellos el embravecido toro que venían provocando y esquivando. Claro, la pobre Cecilia, que como venía escuchando los susurros de su madre, y soñando con su nueva vida, no escuchó los gritos de alerta. No se puede acusar al animal que tan cebado estaba, ni a la pobre Cecilia que caminaba flotando en un futuro de rosas. Lo cierto y triste es que, por culpa del destino, o vaya a saber usted... de tan inesperado final fue.

LA LOCA DE AL LADO

Burrucco Mansilla, Graciela Silvia
Argentina

Podía observarla con comodidad. La ventana de mi cocina se enfrentaba con su terraza, y era allí dónde nos encontrábamos, pero ella no se enteraba... A eso de las siete de la tarde acercaba mi pequeño sillón naranja a la mesita chica, mi pava gritona, el mate y la yerba. Todo a mano para no tener que perderme nada.

Hacía diez meses aproximadamente que había comenzado, tiempo suficiente, para el ensayo de una obra de teatro. O sea que, faltaba poco para el estreno —¡Una lástima!— pensaba.

Los diálogos más interesantes eran los que tenía con su cuñada Estela. Estos se basaban en la fuerte sospecha que el personaje principal, o sea ella, Emilia, tenía sobre Estela acerca del robo a su hermano José orquestado por esta y su amante. Puro encanto tenían los que mantenía con su hermano José, aunque no carecían de celos y, en alguna oportunidad, de profunda ira. Los diálogos con su madre eran los más violentos, por la cantidad de reproches mutuos y silencios cargados de odio.

—¡Excelente director y exquisita actriz!, con una camisa y una falda negra, y variando una prenda particular de cada personaje marca los cambios —pensaba.

El viernes anterior a mi cumpleaños bajé del 92 en Aranguren y Fray Cayetano, caminé las dos cuadras reglamentarias y al doblar por Neuquén observé un espectáculo bastante atípico para la pesada calma que reina en el barrio: una ambulancia, dos patrulleros y muchos curiosos. Me fui acercando a mi puerta deshaciéndome como podía de la gente que se pensaba dueña de cada baldosa que pisaba y unos pasos antes, de su puerta la vi salir. Ya no tenía puesta la camisa y la falda negras, y caminaba rodeada de médicos y paramédicos. Estaba callada y miraba al cielo como pidiendo una respuesta. La subieron a la ambulancia y nunca más la vi, solo, a veces, la imagino.

Dicen que estaba loca, que lo que representaba no era una obra y que tuvieron que llamar a la policía y a emergencias porque alguien vio que tomo un cuchillo y se lo quiso clavar en el corazón.

Yo no les creo, quizás el director cambio una escena o simplemente ella quiso ensayar otro final. Ahora, cuando se refieren a ella dicen "la loca de al lado". Yo no les creo.

LAS ENSEÑANZAS DE LA VIDA

Cabarcas Sánchez, Jhon Erick
Colombia

Yo era como tal vez la mayoría de los jóvenes, no escuchaba los consejos de mis padres, pasaba preocupado por cómo podría divertirme con alguna chica, pendiente de los programas de música y televisión, perdiendo tiempo contemplándome en el espejo y repudiando la labor de los profesores. Un día como una gran casualidad y misticismo, escuche en un mismo día a mis padres, en la televisión e inclusive del profesor en el colegio, una frase que mi mente atrapo como si algo intuyera “¿Amas la vida? Pues si amas la vida no malgastes el tiempo, porque el tiempo es el bien del que está hecha la vida”. Pensaba y pensaba en aquella casualidad, me preguntaba ¿qué me podrían estar diciendo? pero no se me ocurría nada, mi mente la invadían otras cosas sin importancia; sin saberlo la misma vida me lo iba a ensañar.

Al día siguiente, observaba salir a unos ancianos de un viejo y pequeño edificio, notando además que uno de ellos me miraba sin espabilar, y me pregunte: ¿Por qué salían a esa hora y en sus condiciones? Decidí acercarme, averiguar y dar respuesta a la intriga que tenía; preguntaba a los ancianos: ¿¡por que salen tan temprano del edificio?! Pero ninguno me contestaba, sino que unos miraban con furia, otros con tristeza y otros como con ganas de arrancarme mi juventud; sentí algo inusual en mi mente, corazón y alma. Sin darme cuenta el viejo que me miraba sin espabilar estaba de tras de mí, me di vuelta y me dijo: ¡tú eres lo último que debo hacer! Le pregunte: ¿qué quiere decir con eso?, contestándome —¡no te asustes o te preocupes, es una enseñanza de esas que no se olvida! ¿quieres saber por qué estamos pasando estos inconvenientes? —¡sí! —Porque éramos como tú, no aprovechamos lo que la vida, la divina providencia y nuestros padres nos ofrecían, creíamos que siempre íbamos a ser jóvenes y que todo era tan fácil como pedir a papá y mamá; pues, ¡las oportunidades se cansaron y el tiempo se paso! Cuando nos dimos cuenta ya no podíamos hacer mucho o nada. Ahora vivimos de la bondad de las personas que un día tanto nos burlábamos y criticamos por hacer las cosas que debimos hacer bien y también...

Ese mismo día el anciano murió, amigos de él me dijeron que todos los días lo escuchaban y veían hablar solo por largo tiempo; él decía que conversaba con el espíritu al que todos temen y odian, que le encomendaba ciertas “misiones” para compensar lo que no hizo en su vida y guiar a personas que tuviesen desorientadas. Era muy bueno, ya que siempre venían a agradecerle y en compensación nos ayudaban a todos. Este día nos dijo que era la última misión. Me preguntaron ¡Él te ayudo en algo! Yo respondí: acabo de entenderlo.

LÁGRIMAS DE CRISTAL

Cabrera Alarcón, Cristóbal
España

El viento movía tus cabellos, tu rostro mostraba la más profunda tranquilidad. Allí tumbada parecías un ángel, con las manos cruzadas sobre tu pecho y los ojos cerrados, sumergida en un sueño del que deseo sacarte para hablar contigo, besarte, abrazarte...

Mientras te observaba los recuerdos fluían por mi mente, uno tras otro, con una claridad y calor que humedecieron mis ojos y presionaron mi corazón. Me acerqué un poco para verte más de cerca, me arrodillé junto a ti y tomé tu mano. No notaste mi presencia y mi alma suspiró. ¿Por qué me habías abandonado?

Maldigo el momento en que te separaste de mí, aquel maldito día que será testigo de mis pesadillas y mis desvelos. Con un leve suspiro me dijiste adiós, y yo, profundamente dolido y desamparado, grité... lloré... pero era demasiado tarde. Ya no podías oírme. Ya no podías sentirme.

Deseo abrazarte de nuevo, sentir tu perfume mientras juego con tu pelo, tu calidez junto a mi pecho.

Estando junto a ti abriste los ojos, el tiempo se detuvo y yo me paralicé. Te incorporaste con lentitud, giraste la cabeza hacia donde me encontraba y fijaste tu mirada directamente en la mía. Una euforia incontrolable me invadió y no pude reprimirme, me abalancé sobre ti y te rodeé con mis brazos. Pero algo ocurrió. Algo hizo que no pudiera tocarte, haciendo que atravesara tu cuerpo como si fuera una cortina de humo.

Ya no lo recordaba, por un momento hiciste que lo olvidara todo. Pero la verdad seguía ahí.

Jamás volveré a tocarte.

SOLO RECUERDAME...

Cabrera, Carlos Leonardo

Argentina

*Solo recuérdame; comprende
que será tarde aconsejar o implorar.
Christina G. Rossetti*

—¿Dónde estamos?

Él la miró entre risueño y extrañado y observó con atención su rostro plácido iluminado por una mirada surcada de destellos de opacidad, que se perdía, quizás ya sin regreso, en el horizonte muy, muy lejano, allá donde terminaba el mar, indeciso a esa hora de la tarde entre la paz y la furia.

—¿Cómo dónde estamos?

Ella lo miró. Se detuvo una fracción de segundo en la mirada desconcertada de él, no respondió y volvió lentamente la cabeza para seguir habitando su inmensa y acuosa realidad. Lo había mirado de una forma tan extraña que él sintió inquietud.

—A ver... hacé memoria.

La tomó del brazo, casi la zamarreó. Se dio cuenta que se había alterado y trató de controlarse, pero le resultaba difícil.

Ella se soltó con energía.

—¿Quién es usted? —lo dijo con firmeza y grave autoridad.

Y empezó a caminar.

Él la acompañó en silencio durante su larga caminata, desviándola suavemente de direcciones equivocadas que solía tomar.

Al cabo de un largo rato, ella decidió detenerse, se sentó en la arena sin quitar su mirada del horizonte, y abrazando sus piernas contra el pecho, apoyó el mentón sobre las rodillas y preguntó con una voz perfectamente articulada, esbozando una tierna sonrisa, joven, inocente, y despreocupada.

—¿Dónde estamos?

—Hacé memoria, por favor —se lo dijo tomándola de los brazos, acercándose a su rostro, acercándose mucho, casi rozándola con todo su cuerpo, suplicando casi.

Ella lo miró un instante con distancia, no contestó y lentamente, liberándose, volvió a fijar su mirada en un más allá verde y brillante que la reflejaba niña y feliz. Mucha más allá de él. Mucho más allá de ahí.

Él comprendió entonces que esa mujer ya no era más la mujer que había sido su madre.

Él sí, seguía siendo su hijo.

AMOR DE VIDA

Cabrera, Milena Evelin

Argentina

Pasaba una tras una las fotos y recordaba, todo recordaba... cuando le leía cuentos, le cocinaba lo que quería, sus conversaciones... principalmente una, esa que lo marcó el día en que ella empezó a decaer, muy lentamente a irse.

Recordaba que esa noche cuando tenía tres años, aproximadamente, estaba junto a él acariciándolo antes de que se durmiera y él le dijo: —Yo no quiero morir mami, no quiero ser viejo... tengo miedo de morir. Recordó también la cara y expresión en el rostro de su madre que, rápidamente, buscaba en su mente alguna respuesta tranquilizadora... ella con naturalidad y amor le contestó: —no amor, no tengas miedo todavía tenés mucha vida por delante. ¿Querés que hagamos algo? ¿Qué te parece si yo te regalo mis años de vida cuando sientas que los necesites? ¿Te gusta la idea?

Al ver que él le decía que sí, su mamá se tranquilizó, lo besó en la frente y le volvió a recordar: —Listo, mi dulce de leche contaminado (siempre se lo decía y lo abrazaba fuertemente) quedamos así entonces, ya no te preocupes, siempre que tengas miedo o necesites yo te daré mis años hijo...

Hubo una vez que enfermó muy gravemente, los médicos no encontraban la forma de salvarlo; para el horror de sus padres la noticia era que le quedaban a lo sumo meses de vida (la enfermedad era rara, muy rara y lo consumía). Mientras pseudoagonizaba en la cama del hospital, una noche de tantas, su madre se acercó a él lo acarició suavemente en la mejilla, lo besó (como siempre) en la frente y le susurró al oído: —Hijo, es hora... te los doy mi amor, todos... TE AMO.

No pudo entender bien a qué se refería su madre con esas palabras solo hasta un tiempo después... rápidamente mejoró, volvió a casa y solo tenía que hacerse controles por si acaso. Estaba como nuevo sin embargo su mamá parecía haber envejecido, como si lo que pasó con él la hubiese consumido... se fue apagando su esencia... hasta que un día al poco tiempo de recuperarse él, ella murió.

Así fue que un día queriendo recordarla por la casa, encontró hurgando en su escritorio un papel que tenía su nombre y lo leyó, pausadamente... mientras unas lágrimas de amor y gratitud serpenteaban por sus mejillas: —Mi querido hijo... no te atormentes por mi ausencia física... siempre estaré contigo, siempre... Solo cumplí mi promesa, no tengas miedo... no morirás pronto... Mami te regaló sus años de vida.

LÁGRIMAS DE OTOÑO

Cáceres Franco, Claudia
Perú/Canadá

Esa mañana soñó que llovería. Las hojas se movían lentas, cada vez más rojas. El cielo triste le hizo saber que su alma no encontraría paz, más le devolvió un suspiro y algunos disparates mentales, algo excitantes, a pesar de estar transitando las mismas calles viejas, con la misma gente fría y aburrida. Sacó fortaleza de su gran pena; miró hacia adelante y ya no había asfalto, respirando profundo el olor a tierra húmedamente olvidada. El camino se comenzó a teñir de melancolía amarga, le quedaba por delante un pasaje hacia la distorsión y la nebulosa de sus sentidos. Por suerte, un paréntesis en el eco del silencio y el murmullo en su cabeza serían compañeros en su travesía. La sensación de libertad le recordó por qué había llegado hasta acá. A las doce con dos minutos de la tarde, tuvo el deseo de no volver a ser distinta, de vivir sin sentido un día más, fuera de sí misma. Por primera vez, dobló la esquina para confundirse con gente extraña, impermeables con sombreros de papel. Sus ojos sintieron la pesadez de lágrimas acumuladas, su pecho entró en conflicto con el vacío presente.

Al pisar el cemento de la calle nueva, un dolor se le situó en las extremidades inferiores. Entonces se quedó detenida, al igual que su viejo reloj pulsera de arena, frente a esa pared manchada de amarillo. Sin poder contenerse, gotas marinas brotaron de sus ojos en dirección hacia la comisura de sus labios e incluso algunas se perdieron en sus oídos. Entonces, comprendió que algo se quebraba en su interior, que las voces nuevas eran difusas, incoloras, monótonas y que la lluvia helada de esa mañana desconocía el gris añejo de su ciudad. En ese mismo instante, extrañó el olor a papel periódico mojado, el silencio de sus viejas calles transitadas, al caballero nocturno que nunca pasaba por el callejón, el ladrido afónico del perro abandonado, el poste de luz adornado con una bombilla a medio quemar, los restos de botellas rotas en el pavimento carcomido por la humedad, la basura apilada en la misma esquina en complicidad con el charco de líquido mal oliente y verdoso. El sueño ausente en sus pupilas dilatadas le confirmó que la lluvia de otoño y la libertad de esa mañana, no lograrían alinearse en su alma pesarosa.

CONEJO PÚRPURA

Campa Hernández, Sajid Alexander

México

Estaba soñando con el mar profundo, era pleno mediodía cuando por mi cerebro pasó como un disparo, ¡Cumpleaños, Mariana, no! Me levanté aún adormilado, me puse mi playera y estuve pensando un rato ahí parado, frente a la ventana viendo el sol a través de la cortina, donde tantas veces veíamos el sol a través de la cortina.

No tenía regalo, no tenía madre, había muerto hacía mucho, pero le tenía a ella y Salazar, pequeño Salazar. Tiempo después de conocernos le pregunté por el nombre, le dije que su nombre era un nombre compuesto, le dije que le llamaría Ana, “me gusta” dijo, también le dije que fuese mi novia, lo dudó un momento, como si no lo estuviera esperando, “no sé, bueno sí”, dijo.

Era su cumpleaños y yo estaba ahí parado sin saber qué hacer con el pequeño Salazar que bebía de su tanque, lo llenaba por las mañanas mientras le dejaba pasear por la azotea, no podría escapar, tendría que lanzarse al vacío para escapar, crece tan rápido y sus ojos se ponen cada vez más rojos, verlo correr y andar, siempre mira las aves que andan por el tinaco, palomas, pajaritos, se miran y miran, como si fuesen telépatas, luego bajaba y dormía un poco más antes de que ella llegará.

Trabajaba de noche esos días sacando fotos de la ciudad, un nuevo edificio aquí o un evento masivo por allá. En la jaula de Salazar estaba una de mis fotos más recientes, para conseguirla había ido a las afueras de la ciudad en medio de la noche para tomar el valle, era un océano de luces, los gases contaminantes le daban un tono verde, justo en medio los cerros eran islas de oscuridad, antenas parpadeantes de rojo y sobre ellas, aviones de juguete muy pequeñas con personas que no son de juguete dentro y millones más, dormidas ahogándose ahí abajo.

Salazar había sido regalo de ella, Mariana lo tenía una semana y luego una yo, y así. Tomé la foto y la puse en un cuadro ecológico de papel minimalista, la firmé e hice un poema, lo releí y me sonó directo, claro, esencial. Cuando me dio a Salazar me dijo que le cuidaríamos entre los dos, me besó y abrazó —nunca habías conocido una así, lo meditaba en su brazo—, mientras el conejo me mordía la manga, era tan pequeño, así, ¡así!, pero más, en la palma de la mano me cabía, mira que cuatro patas de conejo en mi palma y Mariana en mis brazos, no podía ser coincidencia, la suerte, la suerte.

Al llegar no había fiesta y parecía muy lejana, una señora me estaba mirando con expresión de disgusto, la imaginé sonriendo, me enteré que su cumpleaños había sido ayer y que la celebración se arruinó porque no llegué con Salazar, luego otra idea vaga me atravesó, habías olvidado lo único que te habías estado obligando a recordar y no arruinar.

En esos momentos María estaba por las costas californianas en busca de ballenas, viaje regalo de su tía, y también estaba en mi corazón roto de un kilo de conejo púrpura.

Salazar la buscaba con la mirada por toda la jaula, yo en mi habitación también la buscaba.

LA SILUETA

Capria, Juan José
Argentina

Venía de jugar en la plaza y no me había divertido. Caminaba lento haciéndome el cansado: apoyaba un pié delante del otro, pausadamente. Anduve así un rato hasta que imaginé que no podía caminar porque algo me pasaba. Quedé parado allí donde estaba, en las que serían mis últimas huellas, porque al instante abandoné mi cuerpo que quedó tendido en el piso. En forma de aire volé a mi casa, entré por la cerradura y le di un beso a mi mamá que me preguntó sorprendida:

—¿Dónde está tu cuerpo? ¿Adónde lo dejaste? —palmeaba el aire tratando de tocarme.

—Lo dejé allá mami —dije soplando —¿Querés que te cuente lo que me imaginé?

—Después. Ahora anda a buscarlo que va a llegar papá deshecho del trabajo y si te ve así se arma —obedecí y salí chiflando.

Pero cuando llegué algo pasaba, había mucha gente mirando dónde había dejado mi cuerpo. Me acerqué y ya no estaba, en su lugar habían dibujado con tiza el contorno: “Y bueno —suspiré —Algo es algo”.

Me metí en la silueta y volví a casa, pero fue grande la desilusión de mi mamá. No podía abrazarme como antes porque mi cuerpo era solo una línea y no el que hizo para mí. Me llevó a mi habitación y me dejó en el pizarrón de juguete que me había regalado mi papá.

—Quedate acá —me dijo —Ya vuelvo. —Y corrió.

Al rato llegó mi papá, venía contento porque me traía un regalo: un taco rectangular de madera más chico que su mano, con una felpa gruesa en una de sus caras más grandes y mi nombre escrito en la otra. Como no vio a nadie en casa entró a la habitación y borró el dibujo.

DESCANSA

Castellanos Aburto, Alma Alicia
México

La miraba como cada mañana, desde hace 20 días, con sus tacones altos, sonriente, tarareando aquella cancioncita, cruzaba la avenida, salerosa, tan despreocupada, simplemente hermosa. Él se ocultaba detrás del puesto de revistas y al pasar ella por el frente aparecía intentando simular un encuentro casual. Ella conocía la rutina, la disfrutaba en realidad. Se acompañaban hasta la puerta del edificio donde ambos trabajaban, se despedían y de ahí cada uno se apresuraba a llegar a su lugar.

Conocían muy poco el uno del otro, sin embargo se gustaban, para ella él era despistado, muy agradable, guapo y divertido, pero muy joven como para salir con él. Para él ella era dulce, vivaz y sobre todo muy inteligente, quizás algo mayor para él pero no importaba finalmente él sabía que ella era la mujer de sus sueños. Y así era. Mariano, durante algunos meses previos de iniciar labores en aquel lugar, había estado teniendo ese sueño, donde aparecía ella, la chica de la cafetería. El sueño era breve, la veía sonriendo, acariciando su cara, besándolo suavemente en la mejilla y diciéndole tiernamente: descansa. La primera vez que la soñó, no tuvo importancia, pero después de que el sueño se repitiera el muchacho tan solo podía pensar en conocerla de verdad. Su primer día en el trabajo fue difícil y en su peor momento fue a la cafetería a relajarse un poco, al entrar solo la vio a ella, sus verdes ojos y su elegante figura. Por unos instantes imaginó que aún no había despertado y que todo era un sueño más, pero no, ella era real.

Hoy finalmente se atrevería a invitarla a salir. La esperó, al verla cruzar el vestíbulo, se enderezó para recibirla, cuando un sujeto impetuoso, adelantándosele abrió la puerta para ella, la estrecho hacia él y la besó. Mariano estaba mudo, su sangre se heló, ellos pasaron junto a él sin siquiera notarlo. Él no podía dejar de mirar, quería saber quién era aquel que desgarraba su corazón, los siguió. Ellos llegaron hasta un auto negro, el hombre abrió la puerta para que ella entrara. Ella volteo vio a Mariano parado a media calle, se alegró al verlo extendió su mano y lo saludó, él le contestó embelesado nuevamente por su sonrisa, la que al verla lo hacía ignorar todo lo demás, incluso aquel camión que se dirigía violentamente hacia él. Todo pasó tan rápido, Mariano fue arrojado varios metros hacia adelante, al caer aún estaba con vida, la chica de sus sueños corrió hacia donde él estaba, se inclinó sobre él, acarició su mejilla, tiernamente lo besó, y antes de morir, dulcemente le dijo: Descansa.

PUESTO DEL MARQUEZ

Cichello, Ignacio

Argentina

El sol se erige vertical, inapelable en todos sus sentidos. Los objetos y seres vivos que vagamos por allí casi no proyectamos sombra.

El pueblo se desarrolla en geométrica rectangularidad al margen izquierdo de la ruta. Paredes de ladrillos de adobe sostienen las casas. Una escuela y un jardín de árboles y flores asumen el control frontal de aquel pequeño poblado. Un puesto de Gendarmería, de proporciones ridículas, situado en una centralidad peligrosamente milimétrica se muestra imponente "adornando" y "embelleciendo" el contexto.

Al otro lado, se observan las vías oxidadas de un tren fantasma que auguró progreso pero que ha dejado de pasar físicamente y que solo queda en el recuerdo de ancianos y en la esperanza inagotable de las juventudes; aquellas que parecen divertirse a un ritmo cansino debajo de un árbol, justo enfrente de mí.

Lentamente comienza a formarse una fila de humanidad a pocos metros de nuestro sentar. Miro con un dejo de indiferencia y vuelvo a mi contemplación inicial, aquel horizonte infinito y ondulado. Pienso, más aún, regreso del lapsus de irrealidad. Giro mi cabeza y retorno la vista hacia la fila de hombres y mujeres, había algo extraño, fuera de lo común. Se los ve tranquilos, pero allí donde se dirigen no se aprecia ninguna estructura de compras, pagos o consumos. No logro divisar el inicio de la formación así que me levanto y camino. Las personas van pasando lentamente bajo mi órbita y finalmente llego al primero de los pacientes. Ante él, un tobogán de medianas proporciones y sobre el último de los peldaños un hombre erige, como el sol, su brazo hacia las alturas. El brillo de la estrella me encandila y no logro determinar que sucede. A los pocos segundos, después de frotarme los ojos y pestañear en repetidas oportunidades, regreso la vista y veo a otro hombre en la misma posición triunfal. Lo espero uno o dos minutos y al bajar lo consulto con mucha cautela y respeto en relación a lo que parecería una extraña tradición popular. Me mira, sonrío y con su mano derecha me toca el hombro, sus ojos echan un veloz vistazo hacia su mano **izquierda**, yo también lo hago. Nuestras miradas encontraron una mano fornida y ajada sosteniendo un celular. Vuelve sus ojos hacia los míos y me dice: solo en la altura del tobogán encontramos señal. Me da una palmada y sigue su camino, como la fila, como yo.

LA VÍCTIMA FUE UN MENOR

Clément, Santiago

Argentina

Sin enterarte, estabas vivo; sin saberlo, eras pobre de toda pobreza. El día te encontró aturdido; la noche te encontró despierto, cantando, saltando; el alba te encontró dormido, tiritando bajo el latido ruidoso de una ciudad gigante que despierta, y tus ojos cristalizaban tu inocencia en una lágrima brillante y fugaz cuya existencia no quisiste aceptar.

Las calles fueron tu patio, la compasión tu vergüenza, la libertad tu orgullo, los perros tu familia, las veredas tu juguete. Los escarabajos fueron el mágico encuentro con la naturaleza; tus únicos destellos de luz y de asombro. La noche fue tu tutora y tu abismo, la vulnerabilidad tu escarapela.

La sociedad te vio desnudo y no te vistió, te vio desprotegido y no te acogió, te vio solo y no te acompañó, te vio todos los días con desatenta mirada y te escupió sus sobras con ingenua bondad. La ciudad se mostró desnuda, y despechada te arrojó en su orgía desenfundada de vicios fascinantes y hechiceros que arrebataron tu niñez mucho antes de madurar. La indiferencia del mundo te pegó de lleno en la cara y el cariño fraterno te esquivó. El odio germinó demasiado fácil en un terreno tan blando, y creció sin frenos hasta que tu alma se oscureció, y con tinta indeleble formó una enorme costra sobre tu corazón.

La violencia, como agua salada calmó la sed que tu necesidad de venganza originó; reacción a una indiferencia despiadada de un mundo sin corazón.

Robaste y asesinaste sin compasión, al hijo del mundo que tu alma tanto odió. La ciudad descubrió entonces que vos estabas vivo, cuando ya tu alma estaba muerta. De la indiferencia pasó a la preocupación, y comenzó a perseguirte hasta que te encerró. Pero su propia saña te largó de nuevo a la despiadada calle, una y otra vez. Finalmente un día, en un oscuro callejón; por tu culpa repleta de llantos y de gritos, una bala te mató. Algún hombre escupió tu cara y luego, en el diario, el mundo entero, que al fin vio que existías, te aborreció, y se alivió sabiendo que ya no estabas.

El mundo mató tu cuerpo; oscuro, hundido en el abismo, pero el cielo se llevó tu alma mucho antes, cuando en las calles correteaba aún llena de luz.

CULPA

Colunga Campos, Vanessa
México

Estaba de pie, recargada, veía los muros blancos del hospital, sentado, en los sillones fríos se encontraba su padre; miraba el suelo. Todos los doctores estaban enclaustrados en alguna habitación. Los pasillos estaban vacíos.

Lo conocí hace tres años, cuando cursaba mi último año de preparatoria, yo di el primer paso, no lo dejaría pasar. Él dio el segundo y así caminamos juntos, lado a lado. La complicidad nació, la amistad floreció, cosechamos el amor. Tres años... y ahí dentro se estaba muriendo mi compañero. Su padre sufría frente a mí, en silencio. Ambos nos desmoronábamos lentamente en una complicidad inmaculada. Lo sabíamos, “¿Cómo estará?”.

¿Por qué estaba postrado en la cama ahí dentro? ¿Por qué en esa habitación? ¿Por qué habíamos peleado de esa forma? Esa noche, salió dando un portazo violento. En la habitación quedé sola mientras bailaban mis miedos, mis culpas y el humo del tabaco... Decidí salir de aquel lugar, me desprendí de mi amado agonizante, su padre me miró por microsegundos, vio como me alejaba, pero permanecía ensimismado.

Afuera, los recuerdos flotaban dentro de mi mente, yo fumaba y dejaba fluir la tormenta. Sabía que ante mí se presentaba un nuevo dolor; dolor sofocante, hasta el final de mis días habría de cargar con eso. Si tan solo no hubiera peleado con él la noche anterior, quizá no hubiera decidido emborracharse para adormecer el dolor, no hubiera caído de su moto, en la cual infinidad de veces me había llevado de un lado a otro detrás. Sosteniendo la colilla de mi cigarrillo, noté el temblor de mis manos.

No quería regresar, pero lo hice casi automáticamente. Vi avanzar mis pasos uno detrás de otro hasta estar de vuelta. De nuevo esos muros blancos e indiferentes. Su padre ahora estaba destrozado en un llanto lastimero, el doctor parecido a una aparición fantasmal regresó a la habitación; cabizbajo.

Fue entonces cuando supe que nunca más volvería a verlo. Murió. Se terminó la tragedia externa y la interna comenzó.

CORONACIÓN

Cosin, Pablo
Argentina

No todos me sonreían cuando entré rebosante como un lirón en lo que fue la más espectacular coronación de la que se tenga memoria en este o en cualquier otro milenio de la historia del Universo. Mientras caminaba por el largo pasillo que me llevaría al trono y pensaba en el fabuloso banquete que me esperaba a la vuelta de la esquina, noté con dilatado estupor que algunas caras manifestaban ¿resquemor?, ¿desconsuelo?, ¿compasión? ¿Qué le pasaba a esa gentuza que me miraba así? ¡A su nuevo Rey! Su todopoderoso amo y señor, dueño del destino de sus pequeñas y miserables vidas. ¿Y esa no es la señora del almacén que me mira con tanta aversión, como si estuviera oliendo una sucia alcantarilla? Mire señora, si no quiere estar acá, puede devolver la invitación real y se va derecho a seguir vendiendo queso gruyere, estuve a punto de decirle. A punto estuve. Pero decidí mirar hacia adelante, blandir la espada como me habían enseñado en las infinitas y aburridas lecciones de protocolar y dejar que la chusma pensara lo que quisiera. No iba a permitir que sus malas ondas arruinaran mi festejo, solo me tenía que concentrar en mí mismo y disfrutar. ¿Cuántas veces en la vida uno tiene la oportunidad de ser coronado Rey? Y no estoy hablando de autoproclamarse rey de, qué sé yo, el dormitorio o la Play Station. Digo convertirse en el Rey del Universo. No muchas, me repetía mientras intentaba no pisar los bordes de la alfombra oriental, por miedo a que la mala suerte estuviera rondando.

Fue en ese momento cuando empecé a sentir un escozor pertinaz debajo del albornoz, que primero confundí con una avispa o insecto merodeando mi entrepierna, después creí que era el maldito enano bufón, ese liliputense que me estaba jugando una mala pasada y por último tuve que admitir que era una reacción natural a una cortesana que sí me sonreía con unos enormes ojos de búho. Imperturbable de la cintura para arriba, con una contracción de mi oreja acomodé mi corona recién pulida y continué en la correcta dirección hacia el trono. Estaba por fin, después de haber soportado por una eternidad que mi tío el regente me cediera el poder que era mío por natural condición, a un paso del trono. Mío al fin. El corazón me latía tanto que parecía que yo lo seguía a él. Subí lentamente los peldaños del estrado. Me di vuelta, la multitud me miraba expectante. El entusiasmo nos había alcanzado a todos cuando levanté mis brazos en alto y pronuncié la canción de la investidura. Me senté en el trono y aprecié la sólida estructura con todo mi cuerpo. Sentí euforia. Estaba en la cúspide del Universo.

Detrás de mí, escuché una voz: “¿Y ahora qué mi Señor?”.

SIN DESPEDIDA

Costanzi, Claudia
Argentina

—Cuando salí de casa, él estaba preparando sus maletas porque hoy se va definitivamente y no deseo estar ahí cuando eso suceda —me dice la joven abriendo con desmesura sus ojos oscuros. Sé que hace ese gesto para no llorar.

—Se va sin brindarme detalles. Así, sin más. Reconozco que las cosas no están bien y que las discusiones son asunto de todos los días, pero creo que merezco alguna explicación —agrega mientras recoge su cabello largo y brillante con la ayuda de una hebilla.

—Anoche llegó tarde, con cara de pocos amigos. No me atreví a preguntarle nada por temor a su respuesta. Se lo veía demasiado abatido, suspiraba a cada rato —asevera mordiéndose las uñas y sigue —Acaso... ¿Tendrá otra mujer? La sola idea de ser afirmativa la respuesta me eriza la piel. Sería una traición imperdonable y soy capaz de retirarle hasta el mismísimo saludo.

Le alcanzo un vaso con agua que bebe con ansiedad, como para ahogar su angustia.

—En este momento no sé si lo odio, si le tengo lástima, si lo quiero... Estoy confundida porque no me banco el abandono y menos su silencio. Si él hablara conmigo quizá podría entenderlo —balbucea y ya no puede contener las lágrimas que resbalan amargas y saladas por sus mejillas.

Le arrimo un pañuelo de papel que tengo a mano.

—Lo que me enferma es que desconozco por qué se va. ¡Qué cuestión tan grave puede haber pasado! Toda mi vida con él... ¿Y ahora? Lo voy a extrañar, eso es obvio. Seguro nos seguiremos viendo pero no es lo mismo pues siento que algo se quebró. Su silla estará vacía, el televisor del living apagado, no desayunaremos juntos como rutina diaria, nunca más —murmura acongojada.

Tengo la urgente necesidad de socorrerla, la rodeo con mis brazos e invento unas pocas palabras con el afán de darle ánimo.

De repente, su mirada se posa en algo que solo ella puede ver y, tras sonarse la nariz, mira su reloj —Ya se debe haber marchado —afirma y se incorpora de un salto de su silla para añadir:

—Ahora me voy a casa y trato de consolar a mamá, al fin y al cabo ella se queda sin marido.

Y sé que la muchacha hará lo que dice abriendo mucho sus ojos oscuros, gesto que ensaya para no llorar.

RALPH

Cruz, Agustina Rosario

Argentina

En un principio caminábamos juntos a tomar el tren todos los días. Nuestros viajes fueron siempre iguales; silenciosos, con miradas de reojo y paso ágil, si ella no hablaba, yo menos.

Un día se enojó. Fue cuando decidí acompañarla y me senté a su lado, ella no se había dado cuenta de mi presencia hasta que una vieja chusma me delato. Tuvimos que bajarnos en la siguiente estación a esperar el tren de regreso a Del Viso mientras nos empapábamos. Llovía a cántaros. Escapándonos del guarda, subimos al vagón y volvimos. Para cuando apareció el tren que por fin la llevaría a su destino, esperó a que todo el mundo subiese para sentarse en las escaleras y así evitar que yo subiera. La vi alejarse guiñándome el ojo, en el día pintado de gris, mientras yo comía la última galletita pasada por agua que me había arrojado. Cuando volvió a la noche a la casa, la escuche preguntar: ¿Y Ralph? Me vio y sonrió. Con eso bastó. Me había adoptado. Nos pertenecíamos.

Los meses pasaron y la empecé a acompañar a ese lugar tan concurrido a donde ella iba. El club. Ahí jugaba un deporte de palos y pelotas que pensé en su momento que más que un juego era una guerra. Me metía en ese rectángulo de batalla que llamaba cancha y el único damnificado resultaba ser yo, cuando me echaban. Opté entonces por verla desde afuera disfrutar, enojarse y gritar los sábados; en la semana acompañarla a correr con “las chicas”. Se volvió para mí una rutina; a la mañana a la estación, a la tarde en casa a la noche los entrenamientos. Los fines de semana se hicieron únicos: todo el día y toda la noche en ese lugar... hasta que la vi llorar.

La vi llorar esa noche en que volvía del club conmigo a su lado. Una noche fría, que caminábamos juntos cruzando el puente que pasaba sobre Panamericana. El asfalto brillaba por las luces naranjas que iluminaban escasamente la autopista. Y en esa turbia luminosidad, vi en su mejilla esa lágrima negra de amor roto que caía rápidamente. Su paso era rápido y contundente, llevando con orgullo el pecho en alto que no se condecía con su mirada triste y desesperanzada. Y su boca con labios gruesos, se desdibujaba... en una línea de pena infinita.

A veces las palabras sobran. Hay veces simplemente que las personas no sienten ganas de hablar, y con la mirada, en un gesto, en su rostro se ve todo. Solo hay que saber que ver. He ahí el problema, nadie lo sabe o nadie quiere ver. Pero yo vi, vi su desconsuelo. Quise volver y de un mordisco quitarle lo que le quedaba de macho a quien la había lastimado. Entonces cuando me estaba por dar vuelta, a mitad de camino, ella me acarició y me dijo: Esta bien Ralph, ya va a pasar. Y me di cuenta que estaba errado, que no podía enseñarle todo yo; que no podía cuidarla siempre; que no podía evitar que sufriera. Ella ya había crecido; lo había entendido. Y ahora ella cuidaba de mí. ¿Cuándo se invirtieron los roles? No lo sé; ni lo supe nunca. Quizás siempre me había protegido.

Hoy espero a que me de leche tibia, mientras estoy tirado en un colchón cubierto por una chapa que me hace de techo. Ya no puedo saltar el alambrado, y no la acompaño a la estación corriendo; pero todos los jueves a noche me abre el portón para que caminemos hacia el club y crucemos juntos ese puente.

VEINTITRÉS FUEGOS

D'alessandro, Raúl Oscar
Argentina

Una hoguera en la costa era la señal a seguir, un sol de fuego en la noche se ve desde lejos, debió saberlo el capitán.

Esa primavera esperé en vano el regreso de un barco que nunca llegaría, de la mano de mi madre en noches de vigilia vi cambiar mareas arrastrando el afán de nuestras miradas hacia un horizonte desierto, esa figura conocida asomando en la línea lejana como tantas veces ya no se divisaría, el mar cobró su tributo y ha reclamado la vida de los pescadores.

—Madre... encendamos una hoguera, padre la verá de lejos y podrá llegar a nosotros, debe saber que esperamos por él, somos su orilla, su vida. Los hombres hacen faros que suelen fallar, por eso naufragan los barcos... ¿Por qué Dios hará hombres que hacen faros que no sirven?

Ellos me condenaron a la espera de mi padre en cada ola. Soy rehén de una esperanza muerta.

Mis lágrimas de niño se montan en la espuma hacia la mano extendida de mi padre tratando de alcanzarme... —tan lejana mar adentro— ...tan cerca del cielo, y tan lejos de mí.

Recuerdos de la niñez, mi padre ausente y el llanto silencioso de mi madre regresando con su dolor a costas hacía el vacío de vida que la aguardaba. Cada aniversario acudimos a la playa como entonces sabiendo que un naufragio nos robó la espera, un fuego encendido es la ceremonia en señal de duelo mientras nos perdemos con nuestros recuerdos en el mar de ausencia.

Veintitrés años sin mi padre, son veintitrés fuegos en la playa.

Hoy, en este aniversario debo encender una hoguera más grande.

Mamá está con él.

EL DESTINO DE LAS PALABRAS

De Angelis, Claudia
Argentina

Después de leer la página marcada en el libro, los miró y guardó silencio. Separó la silla del escritorio y caminó por el aula entre pupitres gastados y la humedad invernal. Se sentía raro, sabía que sus palabras se habían sentido como un cachetazo. Había mucho para gritar, pero prefirió morderse los labios. Aquellos ojos de miradas vacías y estériles, no hacían más que seguirlo sin parpadear.

El sonido de las palabras enmudecidas lastimaba como una herida abierta. Esperaba que alguien se expresara, pero fue inútil. Estaban acostumbrados a callar, a silenciarse con todos sus sentidos. Tenían miedo de gritar, de ser ellos mismos y de ser aceptados.

Una imagen en su mente lo distrajo por unos segundos: Se veía joven. Estaba en la estación del ferrocarril donde esperaba. Volvía a ser y sentir la misma emoción del día en el que entró a la escuela N°37 “Las Lomitas” por primera vez. Los bancos vacíos, las paredes descascaradas, el piso de material parecían esperar a alguien.

Recordó sus temores y luego su perseverancia, esa cualidad que lo había animado siempre a seguir cuando sus fuerzas parecían desvanecerse.

En poco tiempo, Juan, festejaría diez años en el ejercicio de su profesión. Cuando se dio cuenta que estaba parado quieto en el aula y colgado de sus recuerdos, reaccionó. Deslizó los anteojos por su cabello entrecano y refregó sus ojos.

El murmullo de las palabras de sus alumnos era el único sonido audible. Preguntaban, aludían, comentaban, se declaraban y para Juan todo esto era un logro. La palabra dicha en voz alta o a través de los gestos, la piel manifestarse. Aquel destino que había comenzado en la estación de tren había sido escrito para él.

Cuando llegó la hora de finalizar la clase Juan se despidió pero sus alumnos continuaron sentados en sus bancos, sabían que allí algo había cambiado. Por primera vez, habían sido escuchados y habían aprendido a escuchar.

EL REGALO

Di Meo, Julieta

Argentina

El humo del sahumero era embriagador, estaba mirando al anciano a través de la bruma y parecía fusionarse con ella, como si saliera de una lámpara a extender su mano y pedirme que tome lo que quiera de la vitrina. Lo sentí como una imposición, como si un hado divino nos hubiera reunido en esa habitación a mí y al anciano para cumplir con el mandato de algún Dios misterioso y singular. En el vidrio de la vitrina se reflejaban los ojos del viejo, eran azules, cristalinos y penetrantes. Detrás de su reflejo, en el estante, había un diario. Era pequeño y tenía un candado. Sin llave.

—La llave la tengo en mi escritorio, —dijo el viejo detrás de mí. El sonido de su voz me sobresaltó, parecía haber leído mi mente. Su voz sonó aguda, como un chirrido de rata. —Tráigamela, me lo llevo. —Agarré el diario, mientras el anciano iba por la llave. Definitivamente era un diario íntimo, no debería medir más de treinta por treinta centímetros; la tapa y contratapa eran de una especie de terciopelo azul, suave al tacto, aunque dado los años las esquinas estaban gastadas y ásperas. Alguien había escrito sus memorias ahí. En la contratapa en el extremo inferior derecho había una inicial grabada con punzón. Era una A. Me sonreí; tal vez después de todo sí había un Dios aburrido e irónico al que le gustaba que uno al azar entrara en un anticuario y al azar eligiera un diario que tuviera grabada la primera letra de su nombre.

—Aquí tiene jovencita, —me dijo el anciano. A través del humo de nuevo vi salir su mano que me alcanzaba una llave enroscada en una cadena de oro. La agarré y la sensación del metal contra mi mano me dio un escalofrío, una sensación de deja vú. Como si desde la eternidad el viejo y yo nos encontráramos en algún momento perdido del tiempo para que él me ofreciera tomar algo al azar y para que yo eligiera ese diario.

Me colgué la cadena, guardé el diario en el bolsillo y salí a la tarde invernal. Entré en un bar. Me senté en la primera mesa libre y pedí un submarino. Tomé la llave, sin sacármela del cuello y abrí el diario. La letra manuscrita y prolija me resultó familiar. En la primera hoja del Diario leí: “El humo del sahumero era embriagador, estaba mirando al anciano a través de la bruma y parecía fusionarse con ella, como si saliera de una lámpara a extender su mano y pedirme que tome lo que quiera de la vitrina. Lo sentí como una imposición, como si un hado divino nos hubiera reunido en esa habitación a mí y al anciano para cumplir con el mandato de algún Dios misterioso y singular...”.

EL FANTASMA DEL COLÓN

Doti, Luciano
Argentina

El teatro Colón tuvo su propio fantasma de la ópera. Después de todo, Buenos Aires, la París sudamericana, tenía que imitar también en eso a su modelo europeo.

A diferencia del fantasma parisino, el porteño no se enamoró de una de las artistas sino de varias, e incluso de algunas damas del público. Vivió esos amores platónicos con pasión, con el ferviente anhelo de poder pasar al menos una velada con cualquiera de ellas, pero su monstruosa fealdad era un escollo insalvable. Así atravesó varias décadas, hasta que se popularizaron las cirugías estéticas.

Un día en que una de las artistas se quedó un momento sola ensayando sobre el escenario, el fantasma apareció por un recoveco que solo él conocía y se la llevó a su guarida en los subsuelos del teatro. Luego, pidió rescate. El padre de la joven, un acaudalado empresario, pagó el monto solicitado; la cantidad suficiente para que el captor de su hija costeara una intervención quirúrgica con el mejor cirujano plástico de la ciudad.

El fantasma ya no residió más en los subsuelos del teatro; su nuevo rostro le permitió exhibirse en sociedad sin ningún problema.

Una velada, regresó allí con un ramo de flores y esperó a la artista tras la función. Esa vez, volvió a llevársela con él, pero ya no fue necesario que la raptara.

PEQUEÑOS MILAGROS

Druetta, Mónica
Argentina

Sara tocaba la guitarra en la estación del subte... Llegaba cada mediodía y rasgaba sus cuerdas apasionadamente... Algunos viajeros le dejaban propinas en el pequeño sombrero negro depositado a su lado...

El día de la explosión apenas había desenfundado su instrumento, cuando todo pareció derrumbarse sobre ella. Desde el rincón donde se hallaba sepultada, escuchaba lamentos y quejidos de dolor... Apenas podía respirar, a su lado una joven mamá con su bebé apretado contra su cuerpo, gemía entrecortadamente... Con un hilo de voz intentó tranquilizarla... el llanto del pequeño ya era casi inaudible... Mientras escuchaba las sirenas y los sonidos sordos de los rescatistas, pensó que ya no podría cumplir su sueño de estudiar música en el conservatorio y que cada moneda acuñada con el esfuerzo de sus dedos entumecidos, había sido inútil... Ahogándose, intentó moverse... imposible..., con su mano libre tanteó y palpó la suavidad de la madera, la acarició casi como un ritual de despedida...

Habían pasado varias horas y las cuadrillas de rescate obligaban, cada cierto tiempo, a hacer silencio para escuchar posibles víctimas. Sara sabía que desde ese lugar donde estaba no tenía posibilidades... giró la cabeza y vio al bebé sonreír entre sueños, mientras su madre yacía inerte ya...

Casi a la madrugada, escuchó las voces cada vez más cerca, la joven estiró su mano y, pese al dolor lacerante, logró rasgar su guitarra una y otra vez... después del tercer intento se hizo un silencio absoluto...

Encontraron a la madre y al niño con un hálito de vida y los subieron urgentemente a la ambulancia... Con un gesto último la mujer señaló el lugar desde donde habían venido los acordes... Pero de la mano sin vida de Sara, se iban desprendiendo, tristes, las cuerdas de su guitarra.

A MI MADRE

Duran, Jorge

Argentina

Había que atravesar un largo pasillo en aquel inquilinato del barrio de “La Boca” en Buenos Aires, donde vivíamos.

Hoy tengo ochenta años. Soy médico cirujano ya retirado. No pasa un solo día de mi vida que no escuche el taconeo de mi madre llegando y saliendo por aquel pasillo. Diligente, llena de optimismo y esperanza, iba y venía a su trabajo de mucama. No quería que Yo trabajara.

Quería que estudiara y estudiara.

A su espalda yo iba al puerto a cargar y descargar camiones para ayudar en algo aquel sacrificio.

El día que entregaban los diplomas, le pedí al decano que permitiera subir al estrado con mi madre vestida con su uniforme de mucama de hotel.

Cuando mi madre me entregó mi diploma de médico los aplausos fueron interminables.

Nuestro abrazo también.

LA FUENTE

Escobar, Oscar Alberto

Argentina

Ocurrió el 24 de junio de 1935, en Montevideo, el mismo día que murió Gardel. Francisco Mori, maestro normal de profesión, con el secreto resuelto y el coraje necesario, se dispuso a concluir con lo que hacía cuatro años venía planeando. Porque dos años le llevó descifrar el mensaje de la fuente que corona la plaza Matriz y dos años convencerse de que era posible. Ese día, ya decidido, se levantó tarde, con el sol en las doce y no encendió la radio. Se afeitó delicadamente; se concentró en el espejo, en la navaja. Pero la radio no, su cabeza consciente o inconsciente murmuraría, lo traicionaría habituada a encontrar patrones, dibujos ocultos, en las palabras y en las melodías. No podía permitir que el mundo interviniera. Solo se afeitó y repasó los pasos que debía seguir. Uno por uno. Buscando la música en el conjuro, concentrado en la armonía que necesitaba producir para que la fuente le regale lo imposible.

A las tres de la tarde, con las calles llenas de congoja, Francisco Mori cerró sus ojos y aspiró el aire denso de la plaza Matriz. Sin notar la presencia de la gente que comenzaba a reunirse para llorar al Zorzal y con el corazón galopando se acercó a la fuente. La acarició, la recorrió con sus dedos. Leyó con el tacto la piedra, los ángeles, los delfines, los demonios; pidiéndole permiso quizás, o perdón. Sintióse un profanador y a la vez prisionero de una peligrosa verdad encriptada. Con el alma agitada se permitió dudar por un instante, esperar, no seguir; pero tantas veces había revisado en su memoria la rutina que los recuerdos se aturdíen en esa tenue nebulosa entre lo vivido y lo soñado. Avanzó. Atacó sin culpa. “No seas cobarde”, le dijo a su reflejo en el agua estacionada y atropelló al destino con el deseo más siniestro que un hombre pueda imaginar. Lo dijo en el tono y la sintaxis justa. Anheló un deseo simétrico, perfecto. Imploró a la fuente que sus deseos no dejen de cumplirse, que siempre se hagan realidad. Lo entonó con una melodía tan clara y cristalina que la fuente, a pesar que intentó, no pudo resistirse y le concedió la dicha.

Francisco Mori, el 24 de junio de 1935, acarició los extremos del olvido y detuvo el tiempo. Cada día sería el mismo día a partir de ese momento. Si tan solo encendiera la radio, si tan solo supiera que Carlos cayó del cielo; permitir que el mundo irrumpa por un instante... Pero no, deseará perpetuamente el milagro de una manera tan sutil, tan bella, que la fuente se rendirá y lo complacerá por siempre; porque ella sabe que el Todo y la Nada están ligados, que la única forma posible del infinito es el deseo que nunca se concreta.

En eso anda Francisco Mori, detenido en la superficie de las cosas, girando por la eternidad. Reescribiendo el día más amargo, una y otra vez, sin saberlo.

EL REENCUENTRO

Esteve Abellán, Irene

España

Cerró los ojos antes del aterrizaje del avión. Un poco más y... Tierra. El vuelo había sido largo. Su cámara al hombro, inseparable de ella. Ya no sentía miedo, de un modo u otro estaba donde quería estar. Se sintió orgullosa de haberse decidido.

Se conocieron estudiando fotografía y sus caminos se separaron. Ella fue a Nueva York y él marchó a África. Tres años desde entonces en los que había crecido en todos los aspectos posibles.

Por eso estaba allí. Su última postal la hizo decidirse. Tomó aire y miró a un lado y a otro.

Sabía que todo era muy diferente allí. Estaba nerviosa, garganta seca y manos temblorosas. Él aún no sabía que ella estaba allí. No le había dicho nada. Siempre se dejaba llevar por sus impulsos. Virtud y defecto. Así era ella.

Mezcla de colores, olores, ambientes... ¡Estaba fascinada!

Solo esperaba que el destino jugase a su favor. Que todo aquello no fuese en vano. Necesitaba volver a sentir sus abrazos, sus caricias, sus sonrisas, sus besos... Esos besos...

Pasear con él por el lago Victoria, recorrer el Nilo. Ver elefantes, rinocerontes, cebras, jirafas... Disfrutar cada atardecer lleno de tantos colores perdiéndose en el horizonte, conocer las diferentes costumbres.

Ver y respirar ese sol cálido y penetrante en contraste con las noches frías y llenas de estrellas.

Perderse en él y con él... Como tantas veces había imaginado.

Llegó a su casa, una zona tranquila en colores marrones y blancos que le recordaba a las arenas del Valle de los Reyes, como en las novelas de Théophile Gautier que tanto le gustaba leer.

Se paró frente a la puerta dispuesta a llamar. Respiró y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Abrió los ojos. Estaba en su cama. Todo había sido un sueño...

ENCUENTRO

Fernández, Silvano

Argentina

Estabas allí, aleatoriamente flotando sobre la gastada alfombra del teatro, con un celular en la mano y una cartera de cuero rojo que sutil combinabas con el saco. Cruzamos miradas. Con total naturalidad sonreíste y te acercaste a saludar. Quedé sorprendido. Lucías igual a aquella que conocí tres décadas atrás. Un extraño y olvidado cosquilleo coloreó los surcos de mi frente y la imponente escalera de travertino blanco con sus pesadas cortinas bordó, comenzaron a bailar. Instintivamente busqué la baranda de hierro forjado para asegurar la vertical.

Ahora comprendo, por eso me fui del lugar estando presente. Tu viva figura trajo sin ser llamados mis primeros años de facultad, mi Fiat 600 y cuanto más cerca estabas, los bailes, cigarrillos y el sexo que siempre era poco. Al momento del saludo, mi hoy se había marchado quedando solo la sombra de aquel reaccionario adolescente que hipnotizaste el siglo anterior.

Unas botas marrones te separaban del suelo y el azabache de tus ojos, tras el cuidado flequillo, atestiguaban tranquilos la escena. No me animé a mirarlos. Quizás el miedo culposo de hablarle en solitario a una mujer casada o simplemente la cobardía de enfrentarlos y recordar momentos que pasaron y marcaron, me lo impidieron por completo. Improvisé un “¿hola, qué tal?”, mientras se anudaba la boca de mi estómago y los oídos decretaban huelga transitoria, y de ahí en más, juro, no sé qué pasó después. Algo nos dijimos... creo lo de no perdernos y vernos pronto, mentiras de cortesía, lo de siempre.

La luz intermitente. Pronto comenzará la función. Aceleramos el diálogo y con un tibio “chau” terminó el encuentro. Todo duró nada. Así como llegaste te fuiste. Como aquella vez, como la última vez, tan enigmática como hechicera, llevándote indiferente tu huella, tu cuerpo y tu perfume. Dejando inequívocas señales para que te olvide, o tal vez para que te recuerde por otros treinta años más.

Orinaba tranquilamente cuando se escuchó un grito.

—¡Astro! ¡No en el sillón! ¡No!

Se acercó a su dueño con la lengua afuera y meneando la cola, por eso le sorprendió el fuerte puntapié.

—¡Mira el desastre que hiciste! ¡Fuera!

Soltó un gemido y salió corriendo con las costillas doloridas. Tropezó con el tacho de basura, atravesó la puerta abierta y se encontró en jardín.

Lo primero que notó fue una agradable brisa que le alborotaba el pelaje. Los últimos rayos de sol caían oblicuamente, se filtraban a través de los árboles y reflejaban en el pasto y las flores recién regados, creando mágicas combinaciones de luces y sombras. Traído por el viento, un irresistible aroma carne asada impregnaba el aire. Astro trotó hasta el cerco y se sentó a observar la parrilla del vecino, la sangre saliendo lentamente, las gotas de grasa cayendo sobre las leñas repiqueteantes...

Lo distrajo el cantar de los pájaros. Correteaban por el pasto húmedo en busca de los insectos y gusanos que salen de la tierra. Comenzó a perseguirlos con travesura, pero siempre se le escapaban levantando vuelo. Cuando intentó subir al árbol del nido solo consiguió raspase las patas. Desistió de su cacería. En cambio, encontró muy interesantes unas diminutas criaturas que se movían en fila por un camino de tierra. Algunas llevaban encima trozos de hojas y ramitas. Las lamió con curiosidad para ver de qué se trataba. Tras unos segundos salió corriendo y aullando desconsolado, hasta que el viento frío del anochecer calmó su dolor.

Sintió sed. Trotó hasta su cucha y tomó lo que quedaba en su pote. Al tomar observó su reflejo en el agua, se vio desaparecer lentamente, hasta mezclarse con el fondo de plástico opaco. Se recostó con los ojos cerrados y sus orejas erguidas comenzaron a moverse siguiendo la dirección de los distintos sonidos: los coches que pasaban por la calle, el viento agitando las hojas de los árboles, los grillos que empezaban a cantar. Un niño en bicicleta pasó despacio por delante de la tranquera de cedro. Iba vestido con llamativos colores. Astro abrió los ojos perezosamente y tras observarlo unos segundos lanzó un suave gruñido. Se escuchaban voces, muchas voces risueñas y joviales que se confundían en su trayecto desde la parcela vecina.

—¡Astro, Astro! ¡A comer!

Al abriste, sus ojos se llenaron de oscuridad. Se incorporó, trotó alegremente, meneando la cola, y entró en el recinto iluminado y cálido que era su hogar. Sin el rencor que la memoria que nos confiere, restregó su cabeza contra el regazo de cinco cansados y huraños seres humanos, ansiosos todos de enterrar sus propios miedos y preocupaciones debajo de la almohada.

LUNA DE MIEL

García Palma, Jonathan Jesús

México

Elena y Andrés partieron hacia el Oeste, siguiendo al sol, dejando a los invitados en medio de una gran fiesta. Las reservaciones estaban listas y el itinerario fríamente calculado. Ningún detalle omitido. “Nuestro viaje de bodas será maravilloso”, pensaban.

A la mañana siguiente, ella despertó primero y decidió ir por el que sería su primer desayuno como matrimonio feliz. No podría cocinarlo, pero sabía que era posible disponerlo adecuadamente. Deseaba agradar a su esposo.

Él se despertó unos cuantos minutos más tarde y le pareció extraño que su amada no estuviera a su lado. Una nota en el espejo del tocador le tranquilizó: “Regreso pronto, no te muevas”. Entonces, se acomodó en la cama y encendió el televisor.

Media hora después, llamaron a la puerta. Él se incorporó, pero le costaba trabajo caminar. Sus piernas estaban entumecidas. Andaba a paso lento, cansado. Creyó que era el resultado de haber bailado tanto la noche anterior.

“¿Quién es?”, preguntó desde adentro. “Soy yo, Elena”, respondió una voz femenina. No obstante, se escuchaba a una mujer mayor. “¿Andrés?”, inquirió la voz desde afuera. Él estaba confundido. Ella también. Ninguno reconocía la voz del otro.

“¿Por qué habla así?, se preguntaba Andrés. Giró la perilla.

Ante él se presentó una anciana sosteniendo una pequeña charola con fruta en trozos. Él se sorprendió. Ella, por su parte, tenía ante él a un viejo que se mantenía en pie con dificultades. Su rostro manifestaba una gran extrañeza.

“¿Quién es usted?”, dijeron ambos al unísono.

Estaban desconcertados.

“Soy Andrés Balbuena”, dijo él. “Soy Elena de Balbuena”, expresó ella, inmediatamente después.

Estuvieron un minuto mirándose fijamente a los ojos, escudriñándose el alma a través del iris. Al cabo de los sesenta segundos, parpadearon en repetidas ocasiones y sonrieron. Después se abrazaron. La fruta casi cae al suelo.

Habían viajado al Oeste, como en aquella luna de miel. Se les había olvidado que ya habían pasado cincuenta años. Se habían perdido, un poquito, en el tiempo.

DANTE

García, Gastón Sebastián
Argentina

El ocaso del día más largo del año llegó para Dante. Su jornada de juego constante propio de su corta edad hizo que entrara en un sueño profundo y reparador. De esos que se disfrutan apasionadamente y luego se añoran cuando es difícil conciliar un buen descanso, así fue...

Al despertar no estaba en su habitación, ese refugio de los molestos adultos que tienen el don de cortar la inspiración de los infantes; la valentía de todo niño ante lo desconocido; ese amor por lo inexistente, abstracto y supersticioso. Alguien lo había movido sin consentimiento. Estaba en la cama de sus padres y eso a Dante no le gustaba: ¿cómo es eso de cambiarme de cama sin preguntar? ¿En qué cabeza cabe? ¡Acá no hay espacio para jugar! se decía a sí mismo. Disgustado por ello y con miedo de poder despertarlos abandonó ese recinto patriarcal con un sigilo propio de un pícaro fantasma.

De vuelta en su cuarto, su mundo de fantasía y felicidad floreció aunque efímero fue, su madre ya venía en camino preocupada por su repentina ausencia. Adiós a la libertad de jugar sin reparo alguno, había que volver a dormir y esperar al alba para ser ese súper héroe o monstruo una vez más.

LA VOZ

Giraldez, Ricardo
Argentina

Y de pronto la voz; la voz por tanto tiempo no oída pero siempre amada; la voz de aquella que un día me arrancara la muerte de forma caprichosa, en vísperas de nuestras nupcias, mientras sostenía yo su mano muy débil y muy blanca. Esa misma voz sonando de nuevo en mi cerebro, inflamando mi corazón, llamándome dulcemente por mi nombre. Mi nombre, sí, evocado ahora por un... fantasma.

Me quedé helado. No puedo negarlo. Un lustro llevaba ya de no ver, de no sentir, de no oír a mi bella Cecilia. Pensé entonces, en medio de mi marasmo y estupefacción, que si cada sentido tiene su propia memoria, si cuenta con su propia inteligencia y es una puerta única abierta al mundo, acaso no todas esas puertas se cierran a un mismo tiempo, que aquello que ha partido de nuestras vidas en un momento dado, quizás no lo haya hecho del todo y para siempre; que quizás una voz pueda permanecer viva e incorrupta en nuestros oídos aun cuando de su dueña solo quede un revoltijo de pútridos huesos encajonados bajo tierra.

Y no había terminado de formularme estas delirantes ideas; estas ideas extravagantes, sí, surgidas con atropello en un instante de ensueño y excitación, cuando en mi cerebro, inconfundible, la voz, nuevamente la voz de mi bella Cecilia para rubricar mis propios pensamientos alocados: “Hay puertas, amor mío, que ni la muerte puede cerrar al amor”.

EL BUEN CAMINAR DE NICANOR

Gómez Cisneros, Roberto

México

Después de trabajar, regresa a su casa el buen Nicanor. Antes, mira por última vez el monte que yace inerte y sin vida en el suelo. Luego, se vuelve por el mismo camino de siempre.

Camina muy despacio, sintiendo la humedad que percibe flotar en el aire, y mirando el camino de tierra que por la lluvia se ha convertido en un pantano lodoso. El lodo se pega en sus botas viejas de plástico duro, pero no hace por limpiarlas, solo trata de poner atención a cada paso que da. Caminar descuidadamente es un lujo que ya no se puede dar, y mucho menos a sus 73 años.

El viento, siempre caliente, esta vez frío, sopla fuerte y Nicanor tiene que llevarse la mano varias veces al sombrero que lleva en la cabeza para que no lo abandone y lo deje ahí donde está, solo, desde donde mientras seguramente lo vería alejarse elevándose alto, luego bajando un poco, y después volviéndose a elevar, hasta perderse detrás de los árboles más lejanos que lloran de sufrida soledad.

Mientras camina, trata de evitar que se le seque la memoria, e intenta recordar qué día es, más tarde qué mes, después tan siquiera qué año, y ya luego ni siquiera recuerda qué intentaba recordar. Alguien pasa entonces a su lado caminando en sentido opuesto y lo saluda. “Buenos días don Nicanor”. Sin detener su lento caminar de viejo, así encorvado como está por la edad, levanta la mano y le responde con una sonrisa tierna de abuelo. Después de saludar acepta como cada día y bajo esas circunstancias, que está viejo. Nunca reconoce a quien lo saluda, y ni siquiera se acuerda de él después. Es ahí cuando acepta que la memoria se le ha secado desde hace un buen tiempo. Pero a pesar de esto, todavía es capaz de recordar que cada mañana desde muy temprano, debe ir a trabajar. Pues él es la muestra más memorable, de lo que es un hombre trabajador.

Observa el cielo y sigue su paso lento. Deben ser las seis de la tarde. Si hay alguien que sepa dar la hora exacta y sin dudar ni un instante con el simple hecho de ver el sol, solo puede ser Nicanor. Ese Nicanor que no se detiene ni para tomar un poco de aire, ni para saludar. Ese Nicanor que día a día recorre ese mismo camino y sin avergonzarse de la tierra donde nació. Sin avergonzarse del trabajo que le tocó.

Al final y con un esfuerzo tremendo de la vista logra ver su casa a lo lejos. El camino se acaba poco a poco. Su casa viene a él como queriendo abrazarle, y él avanza hacia su casa para dejarse abrazar. Ese es todos los días, el buen caminar de Nicanor.

LA IMPREVISIBILIDAD DEL MAR

Gómez Hueso, Antonio - España

El vendaval había pasado. Le quedaba temblor, miedo, regusto amargo. Temía que el desánimo se hubiera instalado en Susana y que la obsesión que tenía por la muerte resurgiera en cualquier momento: era muy frágil. Susana había sobrepasado los cuarenta; él, Daniel, solo dieciséis. Llevaba años enamorado de la mujer que diariamente oteaba el horizonte marino esperando el regreso de un barco que le devolvería a su marido, perdido desde hacía más de diez años.

Cuando creyó intuir que ella se arrojaría al mar, no dejó de vigilarla. La siguió en todas sus andanzas. Caminaba discretamente para que no lo notase. Tuvo aquel presentimiento al ver que acostumbraba a pasear sola por los acantilados. Llegó un día que él tachó de peligroso. Soplaba un fuerte viento, con grandes nubarrones oscuros que anunciaban una lluvia que nunca llegó. Susana salió muy temprano de casa, en bicicleta. Daniel vigilaba desde su ventana. Vio cómo tomaba el camino de la playa. Rápidamente bajó las escaleras, llegó al cobertizo y cogió su bicicleta. Pedaleó ligero hasta que la divisó al final del paseo marítimo. Era un día horroroso para montar en bicicleta, el viento podía tirarla en cualquier momento. Vio que, tras dejar el pavimento, tomaba la senda de tierra que conducía a los acantilados. Se encaminó también por allí. A lo lejos la volvió a ver. Susana se detuvo al cabo de un rato, tumbó la bicicleta y empezó a caminar hacia la hilera cortante que coronaba el mirador rocoso. Daniel abandonó la bicicleta mucho antes de llegar. El fuerte viento zarandeaba la figura de Susana al borde del acantilado. Levantaba los brazos, su cabello se agitaba. Él creyó que era el preludio para la caída.

Aterrado, empezó a correr en aquella dirección. Susana no se percató de que alguien se le echaba encima dispuesto a evitar un previsible salto al mar. Se arrojó a la cintura, rodeándola con sus brazos y provocando que ambos cayeran tan cerca del precipicio que quedaron casi suspendidos en el borde mismo. Susana gritó al verse tan próxima al vacío. Él se quedó inmóvil, con el corazón sobrecogido de temor. Permanecieron abrazados, muy quietos, con las piernas enredadas, los cuerpos unidos, los rostros encarados, la respiración entrecortada, temiendo un bamboleo que los transportara a las afiladas puntas de los arrecifes que esperaban abajo. Nada ocurrió. Al fin, Susana logró zafarse de la presión de los brazos, se levantó cuidadosamente y preguntó airada: —¿Qué has hecho?! ¿Qué coño pretendías?

El muchacho, aturdido, solo acertó a balbucear: —Quería morir contigo.

Susana primero se sorprendió, luego meneó su cabeza como negando, dibujó una amarga sonrisa en su rostro, compuso su desordenado cabello rubio, se echó de nuevo sobre él, le bofeteó dos veces y luego, súbitamente, lo inundó de voluptuosos besos en la boca, con una inesperada pasión que al joven cogió por sorpresa, excitándolo de un modo desconocido. De pronto ella detuvo su ardiente acometida, se levantó, recogió la bicicleta y se alejó en dirección a la ciudad, dejando al joven perplejo yaciendo bajo las gaviotas. Antes de irse le susurró: —Idiota.

Al día siguiente se enteró que Susana había abandonado la casa familiar, junto con su hija Elisa, de diez años. En Puertomares solo quedó su madre viuda, que vivía con su hermana mayor, casada con otro marinero. Daniel nunca dejó de ir por los acantilados, con la secreta esperanza de que un barco le devolviera a Susana. Y creyó un día, nueve años después, atisbarlo en el horizonte.

Se estremeció cuando la vio saltar al muelle. Era ella... ¡pero más joven! Seguía conservando la belleza de antaño. Luego supo que la recién llegada era Elisa, que nunca conoció padre, y que Susana había muerto de cáncer allende al mar. Hoy Daniel es el padre del nieto de Susana. Los tres caminan cogidos de la mano por la senda que serpentea las cumbres de los acantilados. A veces sienten que son cuatro.

LA LLUVIA CORONÓ SU ALEGRÍA

Gonorowsky, Clara
Argentina

Mañana de otoño gris. Llueve monótonamente y sin parar, llueve con desgano pero con una inmensa paciencia, como lo es, a veces, la vida misma. Un espeso manto de plata cubre el firmamento como tiempo ya vivido y camino recorrido.

Entre tanta agua que cae, con ritmo cansino, Griselda se abre paso, pisa charcos, salta obstáculos.

Su corazón galopante es el motor que la lleva a desafiar el tiempo, a meterse en la cortina que entumece sus huesos, que empapa sus cabellos, que rocía su angustia. Su anhelo de ser madre se trocó en miles de obstáculos, en difíciles pruebas, fuertes, dolorosas, tristes pruebas, pero la perseverancia, la lucha y el no renunciamiento terminaron en esa llamada telefónica que le anunciaba que le habían aceptado la solicitud de adopción.

Y la lluvia mojó la alegría, anegó su alma esperanzada, empujó con prisa sus pasos que la condujeron al embeleso del primer encuentro, al calor del nuevo contacto, a una total transmutación. Y Griselda, dejó de ser crisálida y se convirtió en mujer cuna, mujer sostén, mujer madre y partió con sus brazos llenos de niño y la lluvia bautizó esa unión y acompañó a madre e hijo, suavemente, sin parar pero esta vez con ganas, con muchas ganas.

DE UN TIPO ANTES DE LEVANTARSE

González Núñez, Gabriel
Uruguay/ Bélgica

El tipo se despertó de mañana, aterrado por lo que sabía que había de venir. En su habitación reinaba un abrigo de oscuridad virgen y abrasadora. Flaco, de cabeza grande y orejas parabólicas, el tipo sentía que se hundía en lo que le parecía una cama sin fondo, sin escapatoria, sin redención. A su alrededor las sombras lo rodeaban como fieles amigas; ellas eran el enlace del tipo con su propio ser, con aquella cosa tan íntima que llevaba escondida en el último rincón de su corazón lleno de humo y que no le permitía encarar cada día con dignidad. Pero escondido entre las sombras, sin camisa, sin pantalón, sin zapatos, se sentía distante de la víbora de cascabel que era el diario vivir. Deseaba no tener que salir jamás de ese templo –cama, oscuridad, desnudez– que lo escondía como la nube fugaz esconde por un instante nada más el fulgor del sol.

Pero el tipo entendía con espeluznante lucidez que esta diaria etapa de sosiego debía llegar a su fin y que debía enfrentarse al cuadro sicosomático que era su vida. Sin ganas, sin aliento y casi temblando de desánimo, se sentó al borde de la cama como si lo hubiera hecho al filo de un precipicio. Sabía claramente que una arquitectura violenta e inhumana, creada de una arcilla aún más imperfecta que él se desplegaba en la oscuridad. Pero se veía obligado a cruzar aquel abismo oscuro. Esa obligación era una corriente que lo llevaría, en línea recta y con el lomo encorvado, a atravesar la puerta rumbo al lugar que más lo aterrizzaba: su propio baño, tan descolorido y traicionero. En su baño habría de encender la luz y llenarse de dolor. Las sombras ya no emitirían más sus sonidos apacibles y la vergüenza de su desnudez quedaría expuesta.

Por eso era que encaraba el día con tal morosidad. Porque sabía que el espejo lo expondría una vez más al insulto de la verdad, y que la verdad lo acosaría en cada reflejo indomable que le devolviese su propia imagen: era feo.

SEBASTIÁN

González Ruiz, Miguel Joaquín

México

No, la verdad es que nunca conocí a Sebastián, todas hablaban de él, se olvidaban de la existencia de la televisión, incluso, ya nadie escuchaba la radio, solo se paraban frente a la ventana de sus casa para verlo pasar.

Era la calle 59, la más antigua de la ciudad, se podía apreciar el desgaste en los muros de las casas, los colores habían pasado de un brillo espectacular a un opaco triste y sin ánimos de volverse a iluminar.

Las mujeres del pueblo jamás conocido por el mundo se escondían detrás de sus viejas cortinas llenas de polvo, desde ahí miraban pasar al apuesto Sebastián, su cabello castaño y sus ojos color miel hacían que todos desearan besar sus labios carnosos y rojos.

Yo nunca lo pude ver, siempre creí que era una ilusión de las mujeres de mi pueblo, mi mamá aseguraba que lo veía pasar todos los días a las seis de la tarde, ese hombre de piel blanca y gran estatura, pero en el momento en que las adolescentes que vivían en mi casa se paraban en la ventana, no me daban espacio para poder verlo, una vez intenté salir a la puerta para conocer al hombre del que todos hablaban, pero esa vez, la puerta estaba cerrada con seguro, cuando intenté abrirla, él ya había pasado.

Una tarde me decidí a estar fuera de mi casa a la hora que él pasara, saqué una silla, unas golosinas para esperar, una gaseosa de naranja y una libreta para dibujar el semblante del hombre misterioso que hasta ahora solo las mujeres lo podían ver.

Justo cuando dieron las seis de la tarde, todas estaban paradas frente a sus ventanas, otras miraban desde el techo de sus casas, cuando a lo lejos vi una sombra, comencé a dibujar su semblante, lo poco que podía ver, pues el ocaso del sol no me dejaba ver con exactitud los rasgos del tan mencionado Sebastián.

Me levanté de la silla e intenté saludarlo, alcé la voz para que se acercara a platicar conmigo, sin embargo se asustó y se perdió al tiempo que el sol se ocultaba. Había perdido la oportunidad de hablar con él y escribir su historia, nunca volvió a pasar por la calle 59, nunca volví a escuchar que alguien lo nombrara en el pueblo, estábamos alejados de la sociedad, pero no lo suficiente como para no enterarnos sobre algún joven apuesto que caminara a las seis de la tarde por algunas calles.

Años después, a las seis de la tarde, un anciano pasó por mi casa, estaba a fuera escribiendo, me dio la mano y me dijo que se llamaba Sebastián, levanté la mirada y ya no estaba.

GUARDIA NOCTURNA

Grillo, María Victoria
Argentina

Alicia era una mujer valiente que jamás temió afrontar situaciones difíciles. Ella, enfermera de profesión, convivió con la enfermedad, la muerte, la soledad y el abandono. A su vez, siempre se regocijaba con la felicidad del prójimo y compartía la alegría de los pacientes y de sus familiares cuando les autorizaban el alta médica.

Sus compañeras de hospital recelaban de las guardias nocturnas. Claro, las forzaban a ausentarse del hogar, no participar de la cena familiar ni estar presentes a la hora que los niños se acuestan... Por otra parte, como el sueño les estaba vedado, al terminar la guardia nocturna abandonaban el hospital agotadas, para regresar, cubiertas de neblina durante los amaneceres invernales.

Alicia, quien no tenía familiar alguno que la esperara, amaba los turnos de noche, saturados de silencio, sin visitas, donde el blanco de las camas quebraba las sombras. Cada paciente recibía de parte de Alicia un trato especial: único. Ella iba de un lado a otro de la sala siempre presta al menor reclamo. Una noche de despiadado invierno, sonó la campanilla del teléfono y se escuchó la voz queda de Alicia:

—Tranquila, Delia, ya voy.

Una compañera solicitaba su ayuda para contener a un paciente víctima de un brote psicótico severo. Alicia, colgó el tubo y con premura echó un abrigo sobre su hombro. Atravesó un jardín y llegó a la sala que albergaba a pacientes psiquiátricos.

Alicia abrió la puerta de la sala, y horrorizada distinguió el cuerpo de su compañera en el piso; de su boca abierta había escapado el último grito... la mancha de sangre se extendía más allá de los bordes de su cuerpo inerte. Alicia, presa de terror, no pudo tan siquiera abrir sus labios; estaba muda, inmóvil. El asesino... excitado y jadeante, la atravesaba con su mirada delirante, en tanto agitaba una pata de hierro de su cama ya próxima a la cabeza de Alicia. Mientras las piernas de Alicia se doblaban y la vida se le negaba, Alicia cerró los ojos y se fundió en la noche que la seducía...

LA PROMESA

Guido, Natalia
Uruguay

Él se paró y ella se arrodilló a sus pies, casi suplicando, le tomó la mano y no dijo nada, solo lo miró. Tenía un vestido negro y corto, todo viejo, y nada nuevo, y nada prestado, y nada azul. Él no tenía corbata, ni camisa, solo el pecho descubierto y lastimado. Era la noche más negra que hubo en el mundo, no había ni una estrella, no había luna, no había nubes ni rayos ni lluvia, solo era una inmensa oscuridad cubriendo el cielo.

Él se arrodilló junto a ella y aun tomados de las manos, antes que alguien lo autorizara, se besaron. Era el último beso, el más corto y frío, el más tieso, el que más extrañarían. Era el beso más triste del mundo, y se lo daban para recordarlo eternamente y pensar así “quién puede extrañar besos como ese”. Ella le juró que no iba a volver a estar con él mientras durara esta vida, que solo tras la muerte podrían unirse si es que existiese algún Dios malicioso que quisiera verlos juntos. Él le dijo entonces que ni la muerte podría volver a unirlos, pero quién sabe en otra vida. Ella le dijo que era para siempre jamás. Él le dijo que era un nunca eterno.

Ella le prometió no amarlo desde ese momento hasta siempre. Él le prometió no amarla ni protegerla nunca. Le dijo que jamás volvería a pensar segundo tras segundo en ella, que no se preocuparía de lo que le pase, que no la protegería de nadie. Que no iba a cuidarla nunca más. Ella le dijo que no lo amaría, hasta el día de su muerte viviría sin amarlo; y luego, clavándole las uñas, le dijo que ni siquiera antes lo había amado. Le dijo que nunca jamás, en toda su vida lo amaría y ni siquiera recordaba haberlo amado antes. No se serían fieles, ni en la cama ni en el alma. Ella le prometió acostarse con cuanto quién se le cruzara, él le prometió enamorarse perdidamente de la primera que encontrara.

Y así, en la noche más oscura que existió alguna vez en la Tierra, se juraron desamor eterno, no protegerse, no cuidarse, ni en la salud ni en la enfermedad, nunca. Se despidieron entonces tras pensar que ya estaba todo dicho, que era nunca para siempre, sin saber que se habían hecho la promesa más difícil de cumplir.

CUANDO ME RÍO

Herrera Arvay, Victoria
Argentina

Voy a recostarme en el cauce de un río, en un rincón entre las rocas. Planeo estar totalmente desnuda para que el reflejo de los colores se estrelle contra mi piel, así podré ser calidoscópica.

La corriente del agua me peinará el cabello, la espuma se acogerá en los pliegues de mi cuerpo, y los peces con sus escamas plateadas se deslizaran sobre mi piel. Ni siquiera se darán cuenta que estoy ahí, no tendré más que la temperatura del agua y el murmullo de mi sangre apenas se oiría debajo de ella.

Quizás de vez en cuando me anime a abrir los ojos para ver el cielo, podría ver nubes y bandadas, en la noche estrellas y planetas. No tendría miedo... si bien me trasluciría no habría depredadores, me encargaré de cubrir las orillas de hiedras y espinas y tejeré una sábana de algas si quisiera cubrirme.

El tiempo pasará, las costras se pegarán a mí, también los nenúfares y en mi ombligo nacerá una flor de loto. Mi cabello, ya demasiado extenso, tenderá a enredarse en las varitas con hojas que caen de los árboles en los días de viento. La arenilla me cubrirá lentamente los pies y las pestañas, pareceré un diamante escondido.

Las mariposas y las libélulas serán buenas compañeras, beberán de mí como el licor de las flores, los peces me besarán cuando busquen despojos de pulpa entre los cimientos de las piedras y de vez en cuando salpicarán las gotas de un durazno que cae cerca y haré música con su sonido y el canto de los pájaros para entretenerme.

Y una vez que por fin se me acaben los sentidos, me amarraré de las raíces de la orilla hasta que la hierba crezca por encima de mis dedos y me cubra de verde las manos. Mi cuerpo tendrá el camuflaje de las rocas, así me obligará mi evolución, como mis piernas cada vez más empedradas con retazos de minerales dorados.

Y mi frente sea solo agua cristalina, mi boca un caracol, mi cabello fronda castaña y mi voz el canto del río que oye aquel que silba cuando moja los pies y ama la naturaleza, entonces así sabré que también me está amando a mí.

ENCAPSULADOS

Jalil, Mariam

México

El dorso de mi mano izquierda se iluminó cuando me llegó el aviso "una tormenta solar en Saturno se aproximaba". Usé mi telepatía para contactar a Jasper y Alice, era necesario reunirnos en laboratorio central. Si la tormenta destruía Saturno, el impacto tendría un efecto dómimo y dañaría nuestro planeta. Se requería la presencia de todo un equipo de expertos para trabajar en el proyecto, por lo que se le notificó al gobierno para que nos apoyara a la brevedad. Reunidos en la sala principal, discutimos cual era la mejor opción; desde el uso de un robot piloteado a control remoto, hasta uso de la tecnología de la partícula de dios. Después de treinta y cinco horas de discusión, se dio inicio al diseño y montaje de la cápsula con dispositivos de interacción lumínica. Catorce horas después despegamos hacia Saturno.

El manto oscuro de la galaxia se engalanaba por los destellos de cometas. En contra parte, había miles y miles de satélites sin uso, que flotaban sin control. Admiramos la radiante luz roja de Marte, con sus pliegues montañosos. Giramos un poco y nos deslumbramos con la magnitud de Júpiter, en su órbita, bailaban lunas moradas y azules.

Percibí el calor de la tormenta solar, fue la señal más clara de que nos encontrábamos muy cerca. Un sudor frío recorrió mi espalda. Nos colocamos en la posición indicada para lanzar los millares de dispositivos que congelarían las bolas de fuego al interceptarlas a millones de kilómetros de distancia, antes de que tocaran a Saturno.

Al primer disparo, se incendió la alarma, algo comenzó a fallar por la elevada temperatura. Jasper, se ofreció a ir a la parte trasera de la cápsula a repararla. Alice y yo solo nos quedamos en silencio, ambos temíamos descubrir, el pavor en nuestras pupilas. Cuando Jasper nos indicó, lanzamos el segundo ataque, pero quedamos muy lejos de alcanzar a la tormenta. Alice y yo nos miramos; decidimos afrontar la situación y acercarnos más. Jasper, se quedó atrás para cualquier contingencia.

A medida que nos acercábamos, el calor nos abrazaba con sus llamas endemoniadas. La cápsula se comenzó a derretir justo en la parte donde estaba Jasper. Perdimos contacto con él. Con furia lanzamos nuestro tercer ataque, esta vez, si acertaríamos.

De reojo alcancé a ver como una bola de fuego se estrelló contra mi ventanilla.

EL UMBRAL

José Recoder, Álex
España

El árbitro pitó penalty.

Era el último minuto de partido, y si el lanzador marcaba su equipo ganaría un torneo muy importante.

Las gradas estaban llenas, y miles de personas seguían el evento desde sus casas o los bares.

El jugador colocó la pelota para el lanzamiento. Estaba completamente concentrado en la acción. No había nada en su mente excepto la pelota, el portero y la portería. Dibujó mentalmente el disparo y caminó unos pasos hacia atrás. Entonces se dio cuenta de que su concentración no era total, porque no podía dejar de pensar en un vaso de leche. No tenía sed, sino que imaginaba un vaso de leche caliente, y esa imagen tan absurda se colaba entre la pelota y la portería. No podía perder la noción de lo que pasaba, pero lo estaba haciendo. Todo se desencadenó de repente: empezó a correr, pero no hacia la pelota sino en sentido contrario. Salió del campo, atravesó el aparcamiento y siguió corriendo cuando salió a la calle, indiferente a las miradas y a los gestos de asombro de los clientes de los bares que se iba encontrando. Y por supuesto indiferente a lo que pudiera estar pasando en el campo. Solo tenía esa necesidad de correr. Aunque estaba muy cansado por el partido, cuando dejó atrás la ciudad siguió corriendo. Y no paró hasta dar con una cabaña escondida tras la carretera a la que entró sin llamar, porque la conocía: era la cabaña en la que vivía su madre. Sus últimas fuerzas las guardaba para correr por el pasillo de la cabaña, llegar al comedor, en el que estaba su madre frente al televisor, y caer de rodillas a sus pies.

Su madre le acarició el pelo y le dijo:

—No pasa nada.

Y después de unos minutos, otra vez:

—No pasa nada. ¿Quieres que te prepare un vaso de leche caliente?

En el televisor el partido seguía suspendido. Los dos equipos y el árbitro aún no se habían puesto de acuerdo sobre lo que debían hacer.

EL RELATO

Justo, María Cristina
Argentina

Un vómito de ideas le hizo volcar sobre el papel los sentimientos que nunca de otro modo se hubieran animado a hablar de sí mismos. Se sentía tan mal que al hacerlo experimentó la misma calma y desahogo que si lo hubiera logrado físicamente.

Ya habían pasado las náuseas de su espíritu, y podía sentarse tranquilo a analizar todo en tercera persona. Casi podía escribir un final acorde a esa historia, dejar bien parados a todos sus personajes y a su lector sonriente porque leería lo que esperaba...

Podía salirse afuera de la trama, como si no fuera el personaje principal. Como si solo pasara por ahí casualmente y se le hubiera ocurrido escribir algo, “qué imaginación” diría alguien, como si no hubiera tenido el drama atorado en sus vísceras, y no se hubiera amoratado con él, y no se hubiera salvado luego con este vómito espontáneo.

Y qué frío y qué soberbio, ahora podría retirarse discretamente. “Yo no fui. Yo no viví esto, cuánto vale Sr. Editor, cuántos pretextos puedo comprar con mi relato, cuántos elogios puedo recibir en mi cuenta, por haberlo creado solo”.

Pero quién internamente rechazaba por completo cada uno de esos tiernos desenlaces... ¿No eran suyos? Nada le cerraba. ¿Qué hacer si las frases decorosas se divorciaban todas de su sentir más visceral?

Ahí estaba él, sentado con el papel en las manos, mirándose a sí mismo, sin poder terminar este texto que ahora pensó no tendría sentido. Desde su silla, “fabuloso” y “basura” estaban tan cerca uno del otro que no podía discernirlos.

Odió entonces su grito desaforado. Se rechazó a sí mismo; no había cierre para esto. Intentó miles de formas, maquilló a sus personajes, los vistió y los desvistió, los engordó, los hirió, los mató... volvió a darles vida... Los dejó y volvió al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Y al otro...

Uno a uno los días fueron aumentando su zozobra y su renuencia.

No quería darle un fin. No sabía. No podía cerrar su relato desde afuera, porque sabía positiva e irrevocablemente que él aún seguía adentro.

LOS LIBROS

Kaya
Argentina

Estaba sola en mi cuarto perdida en mis pensamientos. Llovía copiosamente. Hacía frío. La taza de té que tenía en las manos apenas la sentía.

La habitación en penumbras dibujaba siluetas en las cortinas.

Junto a mí: un libro, uno de mis preferidos: “El Poder Infinito de la Mente” de Lauro Trevisan.

No sé si a causa del sueño o del cansancio comencé a ver que las palabras del libro salían de este proyectándose en las paredes. Los libros bajaban solos de los estantes y se desprendían las palabras inundando de colores el lugar.

Así fueron mezclándose las historias de fantasmas con los consejos de los libros de autoayuda y los símbolos de protección del Reiki con los salmos de la biblia.

Cada uno de estos libros ocupaba un lugar importante en mi vida. Eran pedacitos de mi historia desparramados como al azar en ese baile de palabras que ellos mismos habían creado. De pronto uno de los libros se puso a llorar porque se sentía solo y perdido. Era el libro “Papaíto piernas largas”. Cuando los otros comprendieron lo que ocurría lo rodearon abriendo sus tapas para abrazarlo y así poder contenerlo.

Se les ocurrió entonces una idea genial: cada uno pondría cierta cantidad de palabras en el otro y así sus historias serían diferentes.

Finalmente el sueño me venció. No sé bien cuánto tiempo transcurrió hasta que desperté.

Lo único que sé es que fui a la biblioteca y vi que tenía libros nuevos con las tapas de los libros que ya tenía. Fue fascinante leer cada uno de ellos.

Todos me demostraron que tenían vida, que no debía abandonarlos en los estantes para que el polvo y el paso del tiempo los deteriorase. En cierto modo se habían reciclado al igual que yo me había reinventado con cada obstáculo que la vida me había puesto.

BRILLA POR TI

Kraser, Silvana Marina

Argentina

“Las rosas más bellas del jardín son las que más espinas tienen en sus tallos”, era la enseñanza que el abuelo le daba a Gabriel mientras podaba las guías. Cada día le repetía lo mismo y creía que lo hacía porque los ancianos son así. Su abuela le explicaba que las cosas a veces son fáciles y otras no, pero *siempre hay que ver aquello que por estar no se valora.*

Gabriel creció y se hizo hombre, supo ganar a muy joven edad puestos de gran liderazgo por su carácter y por no importarle nada, su afán cada día era acumular dinero. Hasta que un día, las acciones de su compañía se desplomaron. Al cabo de meses era un indigente. Una anciana, lo contemplaba tiritar de frío y pese a su aspecto lo invitó con bebida caliente, lo oía maldecir a quienes eran su personal y lo interrumpió: —Culpas a todos... pero... ¿Dónde estabas tú? —No pudo responder esa pregunta porque siempre esperaba que otros hagan por él. —¡Deberías entender que en vez de lamentarse hay que levantarse!

Siguiendo el consejo, buscó la forma para comenzar a trabajar y al cabo de poco tiempo era asistente en una fábrica para luego de algunos años ser su dueño. Una noche observaba a sus nietos peleando, alarmado intervino, los tomó de las manos y los llevó fuera de la casa, les contó lo dura que había sido su vida. Los niños no entendían por qué les hablaba de él en vez de darles un regalo: —Miren el cielo, ¿la ven? —La luna brillaba iluminando y empalideciendo los rostros.

Sin importancia, los nietos respondieron: —¡La luna!

Gabriel les explicó: —Con el tiempo comprendí la enseñanza de mi abuela, “lo cotidiano que no se valora por el hecho de que siempre está” pero por vivir mal no disfrutamos. Muchas noches solo ella fue mi compañía y ahora que tengo familia sigo saludándola. No se dan cuenta lo importante que es tenerse. Miren nuevamente al cielo, ¿Qué ven?

Nuevamente corearon: —¡La luna!

—Ella sigue brillando, nada ha cambiado. Aunque no perdonen, el mundo no cambia sino sus interiores, los convierte en amargados, tristes y los aleja de todos.

Cabizbajo, el niño abrazó con fuerza a su hermano menor: —Perdón. —Una sonrisa fue un acepto y ambos de la mano ingresaron a la casa.

En silencio Gabriel observó a la luna y comprendió: Crecer y andar por esta vida es igual al jardín del abuelo, “las rosas más bellas son las que tienen más espinas”, hay que saber sujetarse de ellas para sufrir lo menos posible o curarse de sus heridas para llegar a ver un gran jardín al final del camino.

UN HORIZONTE IMPOSIBLE DE LLEGAR

Kupit, Mario

Argentina

Veo ingresar una señorita al teatro, modelo alta con zapatos de tacos aguja, pollera negra larga hasta los tobillos y una blusa gris con un prendedor que representa un pimpollo de rosas rojas en el centro del pecho que cierra el escote de la prenda, su piel blanca, labios pintados del mismo color de la rosa, ojos saltones celestes bien maquillados y un cabello negro liso y largo que le llega a la cintura, falta escucharle la voz; ilumina con su caminar el salón de ingreso al teatro del pueblo, mujer esbelta que resalta ante todos los curiosos espectadores quienes se preguntan: ¿quién es?, viene sola para ver una obra no promocionada, creada por un escritor del pueblo, “me llama la atención” yo intentaré averiguar, es el nuevo lucero que le da luz a la noche; nunca vi una mujer igual, sigo desconfiando más por la obra llamada “Un horizonte imposible de llegar”; todos ubicados y desde mi lugar controlo que todo está en orden para el comienzo de la función, aparece el actor que es recibido con fuertes aplausos del público, comienza la obra del paisano don Amancio Acuña Gracián; la única luz que reflejaba medio cuerpo del actor agradeciendo al público amigo por haber asistido y pregunta si hay alguien que no es del lugar pero nadie dice nada hasta que el foco ilumina a la señorita que se pone de pie y con una voz sensual expresa: perdón yo soy de la ciudad de Cutral Cór, Neuquén y vine a ver esta obra porque me interesó el título ya que estoy buscando ese horizonte al que lucho día a día por alcanzar, con la ayuda de Dios y por supuesto con la contención de los oncólogos que me asisten, tengo seis meses de vida, gracias; “el público mudo, al actor le tiembla la voz al comentar: “nada es imposible en este suelo, estoy vislumbrando el horizonte sanador que Dios le enviará”, la bella señorita sale de la sala y se cruza conmigo preguntándole por qué salí de la función, me abraza y me dice con voz suave necesito aire, me puedes acompañar y la llevo a la puerta, Jimena trae un vaso de agua y una silla, le agradece y me pide acompañarla a cenar, aviso a Jimena y nos vamos caminando lentamente hacia la única parrilla: “el chango”, hablamos de todo, mucho más tranquila la llevo hasta el hotel, me despido con un saludo cortés y me responde muchas gracias por todo; permanece dos días para poder ver la obra, me senté con ella al terminar la función la acompañó a la estación de micros, con un beso sensual se despide; dos meses después Analía falleció en el hospital de la ciudad de Neuquén; le insté al padre Juan de la iglesia que le dedique unas palabras en la misa del domingo, a esa mujer hermosa que me hizo ver el horizonte del amor puro e imposible de llegar, pero estoy seguro que el tiempo nos juntará en el cielo, Analía ese amor desconocido; el día lunes al presentarme en el teatro había un paquete envuelto en papel de regalo a mi nombre, me sorprendí pero creo que fue mucho peor al abrirlo ya que había una tarjeta que decía: el horizonte imposible de llegar no es tan imposible al conocer a un ser como vos, en unas horas descubrí a tu lado que no hay nada imposible, seguro que en algún lugar del universo nos encontraremos para que me devuelvas el regalo de mi prendedor como agradecimiento a todo lo que hiciste por mí, te amo Analía.

TRANCE

Lange, Berenice del Pilar
Argentina

Gritos, gritos y más gritos. Mis oídos sangraban verbos mal conjugados y adjetivos impronunciados. Pero de repente, no escuche más.

Las mariposas volaban tan lentamente ante mí, que podía oír su aleteo. El polvillo se veía a contra luz, como un vidrio estallando en miles de pedazos, e incluso podía ver el reflejo de un par de cabellos sobre mis ojos, jugando a las escondidas con el sol.

No entendía qué pasaba. Hasta hace unos momentos lo que deseaba era quebrar todo lo que conocía, incluso a mí misma. Pero la rabia se había ocultado bajo un manto que la anestesiaba. De pronto todo transcurría en una impaciente cámara lenta, que no podía esperar para volver con el reloj, pero tampoco parecía querer salir del trance.

Mis manos sentían esa electricidad que solo se siente cuando todo a tu alrededor se desvanece. Y los latidos de mi pecho marcaban un compás armonioso e irritante. El olor a alcohol empapaba mis fosas nasales, casi provocándoles un llanto silencioso, mientras que un par de brazos se movían enérgicos, realizando ademanes que no parecían tener un orden lógico.

Sin esperarlo, una solitaria lágrima se deslizaba por mi mejilla izquierda, buscando a mi oído, como intentando decir algo en secreto. Y ahí comprendí. Y ahí, escuché.

Todo volvió a su velocidad normal, y las sensaciones cada vez se volvían más toscas y desaliñadas. ¿Pero qué era ese sentimiento? ¿Ese momento que no pude medir en segundos ni en horas? Todo cobró sentido cuando alcé mi dolorida mano, la posé sobre mi pecho, y no pude decir una sola palabra. Ni una sola, de tantas que se clavaban como aguijones en mi cabeza.

Es que el alma llora cuando el corazón grita. Y el corazón grita cuando está tan preso, que solo el silencio es la mejor expresión del cuerpo para una sola sensación: ¿dolor? No; AMOR.

VISIBLE A LOS OJOS

Leiva Muller, Eduardo
Argentina

Todos los días, a distintas horas, el joven pasa frente a la casa del anciano.

En el jardín, a distintas horas, todos los días, el anciano sentado en una banqueta, observa extasiado, frente suyo, a unos dos metros, un árbol en temprana edad y de potencialidad grandiosa. (Es probable que sea un roble de los pantanos por la variación de su inagotable follaje en el devenir de las estaciones: del verde mar al rojo miel, pasando por el áureo color).

Un día el joven se detiene. Le pregunta:

—¿Qué ve en ese árbol?

—La vida, le responde el anciano con afable calma.

—Disculpe, abuelo, pero la vida es una generalidad. Y ese árbol es un árbol.

—Es cierto, querido vecino, afirma el viejo con una inclinación de cabeza agradeciendo la sagacidad del cuestionamiento.

—¿Entonces? —Inquiere, perplejo, el joven.

Mirándolo a los ojos le dice: —Observo la esencia de la vida. —Vuelve su mirada al árbol y agrega: —La belleza y la bondad en íntima unión.

ANTONIO, UN CHICO ESPECIAL

Llopis Ortigosa, José
España

Antonio es una persona bastante especial respecto a que tiene un problema de deficiencia mental. Hace cuatro días que se había mudado a Valencia con su familia. Él no era una persona demasiado sociable porque es un poco tímido, el primer día de instituto empezaba tercero de secundaria, tenía bastante fuerza de voluntad y le ponía muchas ganas a la hora de aprender. A los pocos días se sintió bastante solo porque nadie se acercaba a él para entablar amistad.

Una mañana fue a la biblioteca del instituto porque no había venido la profesora y se puso a leer un libro, a su lado había otro que precisamente estaba leyendo el mismo libro. A los pocos minutos empezaron a congeniar. El joven se llamaba Pedro. Los dos se hicieron bastante amigos gracias a su afición por la literatura. Pero llegó un día que a la hora de la comida Antonio empujó sin querer a Ramón; este era un chico bastante problemático que había sido expulsado del centro varias veces. Antonio se disculpó con educación pero este no aceptó la disculpa y le dio un puñetazo, Pedro intervino y golpeó a Ramón, pero este pudo con él y lo tiró al suelo. Fue el peor día que había tenido Antonio.

En los siguientes días Ramón se había metido con los dos, ellos no dijeron nada por miedo a más palizas. El viernes hubo un incendio porque había explotado la caldera del instituto, todos los alumnos se reunieron en el patio, excepto Antonio y Ramón. Antonio cuando salió del baño vio el humo y las llamas y empezó a correr cuando de repente escuchó los gritos de una persona, era Ramón estaba atrapado entre unos escombros, no lo podía dejar ahí, por más que le hubiera hecho en el pasado. Antonio le hecho valor y fue a ayudarlo, le puso un pañuelo en la cara para que no inspirara demasiado humo. Los alumnos y los profesores vieron a dos sombras salir entre llamas y humo, eran Antonio y Ramón en los hombros de este, Antonio caminó hasta que sus fuerzas le dieron de sí además de que había tragado demasiado humo y tenía quemaduras bastante graves. A los pocos minutos llegó la ambulancia y los bomberos. Mientras que los bomberos se dedicaban a apagar el fuego los médicos se dedicaron a comprobar las heridas de Antonio y Ramón. A Ramón no le pasaba nada pero Antonio no respiraba, hicieron todo lo que pudieron pero no lo consiguieron. Antonio se había convertido en un héroe, pero un héroe caído en batalla. Tras esto nadie olvidó a Antonio y menos Ramón que decidió cambiar para ayudar a los demás.

ALGUNAS RISAS Y TRES LÁGRIMAS

Lombardi, Damián Ignacio

Argentina

Ella se reía de todo y eso caía mal. Ella lo sabía, pero el problema, es que se reía de eso también. En realidad, también lloraba, pero eso no parecía molestar. Venían de a montones, a decirle, ¡decile!, por favor, ¡decile!, ¡qué se deje de reír! Él pensaba una manera de hacerla cambiar pero enseguida sentía una sensación de fracaso tan grande que detenía cualquier intento de su parte. Y así, podía estar mil horas seguidas pensando, enredándose en su propia mente. Soñó más de una vez que estaba cubierto de ideas y pensamientos, a tal punto que no podía moverse. Lograba deshacerse de lo que lo ataba a sus pies y manos, pero cuando despertaba comprendía que en su cabeza seguía la atadura más grande. Y ella, se reía, cuando le contaba. A carcajadas. Abría la boca completamente a tal punto que perdía de vista su nariz y sus orejas. Se reía, y seguía riendo cuando se iban a dormir. A veces, él se despertaba a las dos de la mañana y la escuchaba reír. De vez en cuando, ella se animaba a soltar una palabrería sin sentido pero nunca terminaba las oraciones sin que se le empezaran a caer tres lágrimas por su mejilla. Era raro para él, verla reír y llorar al mismo tiempo. Pero nunca le preguntó por qué lo hacía. Nunca le interesó.

Un día, ella llegó al restaurant donde se veían con amigos en común, no sé por qué los llamaba así. Para la sorpresa de él, ella no llevaba una sonrisa en su rostro. Se sentó a su lado y mirándolo a los ojos, susurró, ya no puedo reírme, aunque él vio como se desplazaban tres lágrimas sobre sus mejillas. La mesa estalló en risas. Sus amigos no pararon de reírse en toda la noche. Le dijo, bueno, Juliana, al menos ahora se ríen ellos. Y ella, fría, respondió, lástima que tu cara de amargado siempre es la misma. Cuando estás con ellos, sos feliz, pero cuando estás conmigo, no. En tres años, dijo, no conozco tu risa. Te juro, Oscar, que me despierto a las dos de la mañana y cuando te veo tirado en la cama, observándome, intento encontrar algún rasgo que distorsione lo chato de tu rostro pero es en vano. A veces, pienso qué es lo que hice para estar en este lugar, si me lo merezco, o no, o si vos te lo mereces. Y mi mente, confundida, me obliga a reír y llorar al mismo tiempo. Creo que me advierte, es hora de seguir adelante, Juliana. No puedo reírme para ocultar mi infelicidad y tampoco puedo vivir llorando para justificarla. Reír o llorar, a veces, es lo mismo, Oscar.

Ella se secó las tres lágrimas de su rostro con la manga de su buzo azul y salió del lugar sin mirar atrás. Era la primera vez en tres años que no llevaba una sonrisa en su rostro, pero tampoco lágrima alguna. Él comprendió porque ella reía y lloraba al mismo tiempo. Ellos, continuaron riendo.

AJO A TODO

Lopretto, Denise

Argentina

—Pero, a ver, Señor Fiscal, ¿qué motivos puedo tener para matar a un desconocido? ¡Una persona con mi trayectoria! Tengo una escuela de cocina muy prestigiosa, uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, y el programa más visto de El Canal Gourmet. No gano nada matando a alguien, y menos a un aristócrata europeo.

Para mí era un honor un cliente así, ¿Se imagina la fama que me podía dar? Lo atendí personalmente y le preparé el plato con mis propias manos. Carne al horno marinada en especias... No, no es carne cruda, señor, es ju-go-sa. Hay una diferencia. Se hace así en la alta cocina...

Como le decía, no gano nada con matar a nadie. En todo caso, de lo único que me puede acusar es de ponerle ajo a todo. Es mi toque especial, si hubiera visto mi programa, sabría que soy un gran amante del ajo. ¿Cómo podía saber yo que eso lo iba a matar? ¿Eh? ¿Y me quiere explicar, por el amor de Dios, qué viene a hacer un vampiro en un restaurante?

LÁGRIMAS

Lozano Chairez, Miguel Ángel

México

Con la mano temblorosa la anciana intentaba no soltar el auricular del teléfono público. Vacilaba tragando aire y escupiendo lágrimas. Ninguna frase significaba algo. No encontraba forma de dar la noticia a la madre de la niña: “Tu hija... mi nieta... un automóvil y la acera... un golpe”. Las palabras no pasaban de ahí, se quedaban atoradas en un triturador de carne. Salían en tiras revueltas e inconexas. Se justificó pensando que nadie tiene palabras para informar a una madre embarazada el atropellamiento de su hija de cuatro años.

La anciana, todavía en el teléfono, tenía la escena frente a sí todavía. La ambulancia llegó, la policía poco después. El muchacho responsable del accidente todavía no comprendía lo sucedido. Tenía un pie dentro de su automóvil deportivo y el otro en la calle. Las dos llantas frontales seguían sobre la acera.

La madre de la víctima, después de velar y sepultar a su hija, fue aquejada por ataques de llanto semanas después. Violentos, con espasmos inhumanos. Todo el estrés acumulado y reprimido culminaría en un aborto, con cinco meses de gestación.

El alcalde y algunos vecinos pagaron gran parte de los gastos médicos gracias a una colecta. La niña hospitalizada, entubada y con el cuerpo hinchado, moriría después de tres semanas de agonía para ella y su familia, ante la vista llorosa de su madre. La niña nunca rompió las reglas, solo paseaba con la abuela. Lloró odiando al asesino. Los hombros subían y bajaban en sollozos que duraron días. Sus párpados apretados que apenas dejaban escapar lágrimas. Las gotas empujaban hacia afuera, buscando cualquier resquicio para salir.

Llegó el velorio. Dentro de la caja estaba la niña, más hinchada aún, irreconocible. “¡No es ella!”, comentaron varios. La madre ya no lloraba. Ni el padre. Los ojos de ambos, cansados, ojerosos, ya no veían nada. Una lágrima no les hubiera ni con tirabuzón. El plan era vestir al cuerpo de angelito, con una diadema de flores. Pero no previeron la hinchazón y nada le quedó al cadáver. El vestido quedó semiabierto y rasgado para que entrara y la diadema se estiró. El rostro de la que en vida fuera pequeña estaba enorme. La boca gigante, los párpados sellados por la inflamación.

En pleno velorio, de los ojos de la niña fluyó un líquido transparente. Se escurría desde los párpados y chorreaba hacia los lados. La madre lo notó primero. Luego el padre. A ti, lector, te digo en confidencia que el fenómeno fue producto de un mal embalsamamiento. La madre lo interpretó como llanto de la niña, llanto tierno y de lamento, el que no tuvo tiempo de sacar en vida. Por favor, dejémoslo así, no le aclaremos las cosas. Al ver eso, pudo empezar a despedirse de ella, y volvió a llorar. Un llanto sano. Guardemos el secreto. Acordemos que se trató de un muy necesario milagro.

LA SOLE

Luchina, Daniel Victor
Argentina

Había trabajado toda la semana y soportado todas las cosas que una persona podía soportar, y lo hacía porque le gustaba estar con ella, ese era el mejor pago que podrían darle por tanto sacrificio. Los viernes a la tarde la cara se le iluminaba, trabajaba con la fuerza con la que la gente arrancaba un Lunes, le ponía toda la garra a cada cosa que emprendía y lo disfrutaba, su mirada decía “no vas a poder conmigo oficina estúpida” y le sonreía a cada carpeta terminada (mejor dicho, se burlaba de ellas). Para él no existían días a media máquina, era el mejor empleado porque los Lunes venía totalmente renovado y saludaba a todos, uno por uno, con una sonrisa radiante y para cuando se le terminaban las fuerzas se acercaba el viernes, lo que le provocaba una ansiedad enorme y con eso unas ganas de terminar el trabajo lo más rápido posible para estar con la Sole de nuevo. Una cadena sin fin con un combustible que no conocía nadie. El secreto era ella.

Nadie en la Oficina la vio una sola vez siquiera, no tenía fotos en su compartimiento ni en la PC. Solo carteles amarillos adhesivos en el monitor con un “Sole te amo”, simplemente. Cuando le preguntaban por ella él les contaba que era única, que la conoció hace un tiempo de casualidad cuando se separó de su pareja anterior y que al principio le costó entenderla. Pero cuando lo hizo juró no dejarla nunca más. Ya llevaban un año juntos y todos se alegraron que lo sacara del pozo en el que había caído después de la ruptura con su ex.

Saludó a todos con una sonrisa, acarició el cartelito pegado en el monitor con el “Sole te amo” y se fue, feliz como lo hacía todos los Viernes para volver radiante el Lunes a primera hora. Pasó por el supermercado y compró un buen vino para compartir con ella, unas velas, algo para desayunar en la cama y un libro. El ritual era siempre el mismo. Cenaba, se sentaba en el sillón con la luz tenue, se servía una copa de vino y le leía a la Sole hasta que lo vencía el sueño o el Malbec y se acostaba. Nadie entendería un amor como el que él tenía, si lo contara le dirían que estaba loco, que nadie puede tener una vida como la que él tiene. Pero porque nadie la conoce, nadie la sabe disfrutar como él. Cuando se encuentran el mundo es único, nada existe fuera de él y la Sole.

Abrió la puerta del departamento y solo había silencio. Se quedó parado en el umbral unos segundos y en la casa no había un solo ruido. Entró, dejó el libro sobre la mesa y el vino en la heladera donde había un imán que decía Sole. Fue a la habitación y la cama estaba tendida, todas las luces apagadas y el departamento absolutamente vacío... entonces sonrió. Ahí estaba ella, la Sole, su compañera de todas las noches y especialmente los fines de semana. Arrojó el saco sobre una silla, se sacó los zapatos, abrió el Malbec, prendió el velador y se puso a leer “en soledad” como hacía todos los fines de semana.

UN ANSIADO REGRESO

Luconi, Beatriz

Argentina

En la cerrada espesura del monte, el caminante pudo escuchar en los albores de esa mañana, el leve e incesante aleteo de alguna que otra ave anunciaba que la llegada del día era inminente; aparecían persistentes tímidos rayos de luz.

Con una sensación de alivio y esperanza, Darío fue venciendo esa suerte de temor que lo invadiera luego que su auto detuviera su marcha. Sus escasos conocimientos en mecánica de autos no lo ayudaron. Se había propuesto volver a su terruño natal, después de muchísimos años en que estuviera tan lejos: desde que sus padres y hermana, se radicaron en Europa, no había sentido él la necesidad de visitarlo, aunque fuese por unas pocas horas. Más de una vez analizó sobre qué era lo que ocurría con sus sentimientos, ya que no tenía allí su familia, pero eran muchos los afectos que quedaron en el pueblito natal: sus amigos, los que fueron sus compañeros, maestros y profesores, tanta gente que siempre, recordaba. Invariablemente, siempre concluían sus reflexiones en asumir que no quería visitarlo sin que los seres tan amados no estuvieran; le produciría nostalgias, mucho dolor.

De pronto, sintiendo una fuerza en su voluntad desacostumbrada decidió aprovechar el tiempo de su licencia laboral para destinarlo a tal fin. Pero, lo inesperado había ocurrido y su tan noble y buen auto, ahora se había negado a continuar marchando. En su desesperación, había iniciado una caminata a campo traviesa, con la que creyó, por la cantidad de kilómetros que había recorrido con el coche, que al monte lo dejaría a un costado, evitándolo con toda seguridad.

Sus cálculos no fueron acertados, tal vez porque las dimensiones del monte ahora serían mayores de cuando él lo conociera, no debe confiarse uno en viejos recuerdos de la configuración geográfica, pero, bueno, con la claridad ya reinante, alcanzó a ver un muy cercano límite de la compacta arboleda, y se encaminó a grandes pasos, llegando mucho antes de lo previsto. Ante su vista, ya tenía el camino que en su desorientación había abandonado, y a escasos cien metros, la casa de campo de Don Méndez, el dueño del taller mecánico donde su padre hiciera siempre atender su auto. Llegó a la casa, la familia toda lo reconoció: buscó el auto con Luis, que resolvió el sencillo problema. Si bien, en algún momento dudó de que tal vez no debiera ir, el cariño demostrado por su querida gente, le demostró todo lo contrario. Fue feliz por haberse reencontrado con lo suyo, lo que ansiaba y no se atrevía.

SAPITO

Ludueña, Pablo Esteban

Argentina

A los seis años un niño cerca de un lago se encontró con una situación confusa. Él solía divertirse arrojando piedras y tratando que estas salten sobre el agua varias veces. El denominado “efecto sapito” que le enseñó su padre. Un día repentinamente comenzó a dudar, no supo si tirar o no la piedra al lago. Si la tiraba y fallaba significaría un fracaso, expuesto ante la mirada de quien pase en ese momento. Pero también se dio cuenta de que lo opuesto era posible, podía ser que alguien contemplara un momento de éxito, quizás un nuevo record, una piedra que rebote cinco o seis veces.

Cansado de pensar, terminó rindiéndose. Ninguna de sus piedras volvería a acariciar el brillo del agua de aquel lago. Pronto dejó de intentar cosas nuevas, lo más seguro era evitar esas humillaciones.

Así creció, con los amigos que se le acercaban y entre las misteriosas relaciones elaboradas por el mundo de los adultos. Hasta que llegó la pubertad envuelta en un perfume hormonal de sensaciones extrañas que movilizaban emociones olvidadas.

Allí se encontraba ella, rodeada siempre de amigas, de otra forma no podía ser. Era una niña que por esos días contaba con la admiración o con los celos de los demás. ¿Qué iba a hacer él, cuando ella lo miraba desde lejos? Ya mantenerse alejado de esta novedad peligrosa le era imposible.

Entonces se decidió, fue como volver a aquel lago. Puso toda su fe en una piedra y la tiró con todas sus fuerzas. No era suficiente, terminó por hundirse. Se dio cuenta de que no era tan sencillo. Había que intentar varias veces, y eso hizo, hasta que vio que aquel lago no le iba a resultar.

Pronto hubo un cambio. Algo había de bueno en el dolor del fracaso, el sabor de las lecciones lo guiaba hacia algo desconocido, que solo podía percibir como importante.

Entonces siguió, hasta llegar a aquel momento donde logró encontrar un lago generoso que aceptó recibir la caricia de sus piedras brincando en su superficie.

EPÍSTOLA DE LAS HOJAS QUE CAEN AL SUELO

Macedo Odilón, María del Carmen
México

Miles de hojas caen al suelo, somos tú, yo, él, aquellos... no sucederá nada si llegas primero, tampoco pasará nada si eres el último, pero si caemos al mismo tiempo ¿sabes que ocurrirá?, que estaremos juntos por los siglos de los siglos. El viento sopla y esas miles de hojas, verdes, cafés y rojas se separan, adiós te digo, no sé si serás el primero, o el último en llegar al suelo, pero lo que sí sé es que no sabré dónde, ni cuándo encontrarás la tierra, pero es natural, las hojas no crecen para ser amigas, solo se desarrollan y maduran, después mueren, es el ciclo de la vida, por eso aunque te estime te veré volar por diferentes cielos, sin saber qué será de ti...

Otoño... el aire ha esparcido aquellas figuras de colores que cubrían las ramas... Invierno... nadie puede detener el compás del reloj y cuando menos lo esperas estás ahí sobre el piso frío y seco, han pasado ya diez días, o 10 meses o 10 años (las hojas no conocen los calendarios) y se vuelven a ver, en la tierra, no juntas, no separadas, ¿has visto los remolinos que hacen bailar la hierba?, esos que levantan el polvo para hacer una fiesta.

Pues sí, ahí estás, eres de la misma rama en la que yo estaba, la hoja que creció a mí lado, ya no somos verdes, más bien lucimos un tanto café... pero reconocí tus vértices, así como tú distinguiste mis mismos y pequeños pliegues, eres tú y soy yo, de nuevo en otra estación, quizá muramos al mismo tiempo, nadie lo sabe pero hoy y por lo que nos queda en este mundo, confía en que el siguiente remolino de viento volverá a juntarnos...

LADRÓN DE SUEÑOS

Mahecha, Luis Fernando

Colombia

—¡Me robas el sueño!

—¿Pero cómo es posible? ¡No puede ser, no es lógico! Yo simplemente me acuesto, pienso en dormir y listo, quedo como si entrara en estado de coma.

—Pero es que desde que dormimos juntos tengo problemas de sueño, paso las noches en vela, mientras tanto tú... duermes como un bebé. He comprobado además que en las noches que no estás a mi lado yo logro dormir.

—Eso... es solo una hipótesis. Para, voy a pasar la noche fuera, igualmente otras noches haré lo mismo y tú compruebas si logras dormir.

En la noche ella se recostó y quedó completamente dormida. Sin que lo notara, él llegó sigilosamente y se recostó a su lado. Arrullado por la respiración de su compañera se fue quedando dormido y empezó a soñar. Sin saber cómo resultó metido en el sueño de ella, su amada, con quien compartía el lecho desde hacía más de diez años. La vio admirando a otro hombre, a un desconocido, bailaban mirándose fijamente, caminaban de la mano, corrían por campos de lavanda y... se besaban, la escuchó pronunciar su nombre, un nombre que... que no recordaba. ¡No puede ser! Despertó desconcertado y se marchó mientras ella seguía durmiendo plácidamente con una leve sonrisa. Varias noches fingió dormir fuera e igualmente irrumpió en sus sueños con los mismos resultados, sin recordar el nombre de aquel personaje. En la quinta noche despertó al tiempo que escuchó un nombre de los labios de su amada: Ariel. No pudo más, se desesperó, ¿Quién es Ariel? quiso interrogarla pero prefirió callar. ¿Quién es Ariel? de día, ¿Quién es Ariel? de noche. Perdió el apetito y no lograba conciliar el sueño, ahora era él quien se desvelaba para no tener la desdicha de soñar. Finalmente la interrogó acerca de aquel nombre maldito.

—Ja ja ja, ¡Ariel! ¿Estás celoso de Ariel?

—Sí, es con quien sueñas las noches que no estoy contigo. ¿Por qué te ríes?

—Esta noche te lo explico.

En la noche no dijo nada. Solo encendió la televisión y lo invitó a ver una telenovela.

—Una telenovela, vaya explicación —pensó —creo que quiere evadir el tema.

Con sorpresa observó que la protagonista tenía el mismo nombre de ella y el protagonista se llamaba... Ariel, el mismo de sus pesadillas. Sonrojado le acarició el mentón y le dio un largo beso. Por fin lo entendió todo: un personaje imaginario robó en sueños el corazón de su adorada esposa y sus desvelos obedecen al miedo inconsciente de sentirse infiel al lado de quien ama y de llegar incluso en sus delirios a pronunciar nombres fantasiosos arrancados a la imaginación.

EL INVENTARIO DE ARIEL

Manetti, María
Argentina

Nº 3: sifón Drago; Nº 7: “El olvido está lleno de memoria”, de Mario Benedetti; Nº 213: cucharón de madera; Nº 10.786: sábanas blancas de una plaza...

Ariel tenía todo inventariado en su casa de soltero.

Obsesivo compulsivo del orden y la limpieza. Cada mañana, antes de ir a su trabajo, observaba todo para saber si estaba cada cosa en su lugar y con el número correspondiente. Tenía que levantarse muy temprano para ocuparse del inventario nuevo de cada día y poder llegar a horario a su trabajo.

Realizaba sus compras los fines de semana en un supermercado de la zona y le quedaba poco tiempo para dedicarse a él, ya que lo utilizaba para... seguir inventariando.

Recortaba con mucha meticulosidad los papelitos y los pegaba con cuidado en la base de cada objeto.

Un día se enamoró.

Las noches de Ariel se llenaron de pasión y también de cepillos de dientes, de ropa interior colgadas en las canillas de la bañera y de zapatos debajo de la cama.

Difícil situación para Ariel...

Miles de pensamientos carcomían su mente.

Tomó el libro gordo, que siempre estaba a mano, con resignación y mariposas revoloteando en su panza, escribió en el último renglón, un número con infinitos ceros.

Después de los dos puntos, se leía: **Laura**

DESOLACIÓN

March Tamarit, José F.
España

*Más importante que ser amado es poder amar
y al final saber que se ha vivido por
cuanto se ha amado.
JF. March*

Cada mañana a la misma hora: a las nueve en punto. En el mismo exacto lugar: el cementerio, como si sus pasos guardaran las huellas de un día para otro.

Me sobrecogía su aspecto triste, el desaliento que sugerían sus hombros, la impotencia que imaginaba en su mirada. Tras un largo momento de apesadumbrado silencio, siempre se pasaba la mano por los ojos y depositaba un pequeño ramo de margaritas. Entonces, desde mi posición retirada, veía como se alejaba de la tumba. Era joven, tenía una atractiva y proporcionada figura y vestía muy elegante.

Aunque nunca pude ver su rostro —las alas de su oscuro sombrero siempre me lo impedían—, no dudé de la perfección de sus rasgos.

Debo reconocer que con su aspecto inconsolable y la amargura que percibía en su corazón debía contenerme para no acercarme a consolar su amargura. Me impresionó tan profundamente su dolor que me vi a mí vez visitando cada mañana, a la misma hora, el pequeño cementerio.

Solo acudía a observar hasta que un día no pude evitarlo y me acerqué. Es la prerrogativa que las canas nos otorgan ante los jóvenes. No se dio cuenta de mi presencia hasta que me detuve a su lado.

—Perdone mi intromisión —le dije suavemente—, pero no se mortifique así, por favor. —Y señalando la sepultura añadió: —Ahora estará con Dios, tenga por seguro de que en su seno será tan feliz como lo fue a su lado.

Me miró con asombro. En sus grandes y soñadores ojos brillaba la humedad del infortunio por un amor frustrado. Proseguí sin darle tiempo a responder:

—Debe sobreponerse a su desgracia y continuar con su vida. Usted es aún muy joven, y con su atractivo es seguro que hallará a alguien que le quiera y le ayude a olvidar.

Dudó un instante y antes de contestarme con voz opaca e insondable, transida por la desolación, un velo de tristeza cruzó su mirada acuosa:

—Es posible, señora, pero ¿hallaré yo a otra mujer a quien pueda querer como la amaba a ella?

HISTORIA DE UNA LÁGRIMA

Marín Clemente, Daniel
España

Nací una tarde a principios de junio. Sí, lo admito, soy Géminis. Mis padres ya se conocían; no eran de esa clase de parejas impacientes e impetuosas que hacen las cosas sin pensar. Se habían conocido en una fiesta. “Qué chico tan apuesto” pensó ella. “Qué sonrisa tan maravillosa”, pensó él.

Fue mi padre quien, con esa confianza y dominio de sí que tanto impresionaba a mi madre, dio el primer paso el día de mi nacimiento. La tristeza, como el amor o la fuerza gravitatoria son inescapables y hacía ya tiempo que la sonrisa de mi madre no aparecía en el catálogo de Maravillas del Mundo de mi padre. Así que dijo las palabras mágicas: *Ya no te quiero*.

Esa fue la semilla que mi padre plantó en el corazón —ahora roto— de mi madre. De ahí venimos las lágrimas; ese es nuestro París. ¿Habéis estado alguna vez? ¿Queréis que os lo describa?

El corazón de mi madre era una tarde de verano. De repente llegaron unos señores con traje de faena, enviados por el sistema nervioso central. Se llamaban neurotransmisor acetilcolina y receptor nicotínico y muscarínico, pero solo sus amigos les llamaban así. Para los demás, eran los *deconstructores*. Desenroscaron el sol con la facilidad con la que se desenrosca una bombilla; quitaron el cielo azul, convertido ahora en una cartulina, enrollaron el suelo y se lo echaron al hombro. Solo quedó un cielo frío y oscuro en que flotaban, burlones, fragmentos de fotografías.

Mi juventud fue como todas las juventudes: loca y breve. Después llegó el día en que tuve que salir al mundo. Fue así como por primera vez vi los ojos de mi madre.

Mis padres me miraron con vergüenza y tristeza. Comprendí que se habían amado sinceramente. Me sentí querida.

Ahora soy vieja y aguardo en la mejilla el destino que me aguarda. No será agradable —pocas lágrimas simplemente *se evaporan*—. La luz me traspasa y lo envuelve todo en un perpetuo arcoíris. No he conocido la nieve ni la lluvia. Tal vez es mejor nacer en invierno; personalmente me ha sido dado llenar de imágenes la palabra *primavera* y no envidio a nadie.

Pienso en mis padres. Espero que mi madre aprenda de nuevo a hacer crecer soles y cielos azules. Deseo que no estén tristes por mí cuando me haya marchado.

Cada segundo mereció la pena.

LOS AMIGOS

Marquestó, Guillermo Eduardo
Argentina

Cada mañana la playa los recibía con la arena húmeda producto de la visita de las frías aguas del mar. Pero a ellos no les importaba. Solo querían jugar juntos, correr por esa inmensidad, y hasta coquetear con las primeras olas que tímidamente bañaban la desolada playa. Él, fuerte, de piel oscura y ojos penetrantes, recorriendo la playa con un andar firme y despreocupado. Ella, más menuda, con un par de claros ojos que decían sin hablar, lo acompañaba, y se sumaba a sus aventuras. Trepano los médanos, zambulléndose en las aguas poco cristalinas de ese Atlántico, plagado de algas. Y hasta curioseando las carpas que lentamente se iban poblando. Quien los veía no tenían dudas de que hacían un pareja perfecta. Eran amigos, compinches y aventureros. No vivían cerca, pero se las ingeniaban para encontrarse ni bien llegaban a la playa. De esa manera pasaban juntos todo el día. A veces, inclusive, despertaban los celos de otros, que querían jugar con ellos; sin alcanzar su objetivo. Su relación era íntima y cerrada. Ambos eran muy estrictos en cuanto a las nuevas amistades. Nadie podía incorporarse a su círculo. Lo que provocaba algunos roces y hasta peleas. Que terminaban cuando ambos se miraban y partían en busca de nuevos horizontes. La vida les sonreía y a medida que avanzaba el verano, y los días cada vez eran más lindos, la felicidad del encuentro los colmaba de satisfacción. Los médanos eran mudos testigos de esas corridas hacia la cima para deslizarse por las pequeñas laderas como si se tratara de esquiadores, y la arena fuese nieve. La vegetación, bastante salvaje, con espinas incluidas, marcaban los cuerpos de estos amigos cuando corrían procurando escapar uno de otro, aunque solo fuera un juego pues la necesidad real era la de estar juntos. Todo transcurría pleno de armonía. Los días se sucedían. El buen tiempo alumbraba cada encuentro, que cada vez era más divertido. Y los llenaba de plenitud.

Pero, llegó el fin de las vacaciones, y el día de la partida. Ambos no lo sabían pero, seguramente, lo intuían. Ese último día la pasaron más tranquilos que de costumbre. Sin corridas, sin baños en el mar. Solamente estando juntos, uno al lado del otro, mirándose y jugando con la arena a sus pies.

La mañana siguiente fue diferente a todas las otras mañanas. Llegaron a la playa acompañados por sus dueños quienes los conducían con coquetos pretales, y les mostraban el mar y la playa por última vez. Él, ladró fuerte, ella le respondió con un ladrado lastimero que mostraba, a las claras, su tristeza. Cada uno emprendió la marcha, mientras se miraban, y con esa mirada se aseguraban que volverían a encontrarse el próximo verano.

LA CONCIENCIA

Martín, Hernán Alejandro
Argentina

Entre la muchedumbre que abundaba por el centro, no visualizaba nada, solo caminaba esquivando gente, cuando le pareció que había perdido algo, o tuvo esa sensación cuando algo se cae, pero tenía todo lo esencial, las llaves, la billetera y el teléfono; por un momento se desesperó y en un instante que duró lo mismo que su preocupación se recuperó; bastó un par de pasos para seguir viendo nada, pero cada paso que daba sentía que ya lo había dado, no quería preocuparse.

En los días venideros, esa sensación de haber vivido las cosas con anterioridad, comenzaron a acentuarse, sintió que ya se había bañado, que había estado con su mujer, que había visto a sus hijos, que había hecho lo que estaba por hacer; sintió que había tomado las decisiones que tomó y que pensaba lo mismo que piensa con respecto a que vivir con las decisiones es la parte más difícil.

Cuando caminaba al trabajo, sabía con lo que iba a encontrarse, lo fino que pasan los colectivos a las veredas, los obreros ingresando a la obra en motos, los mozos sirviendo los primeros desayunos, los negocios abriendo sus cortinas metálicas ruidosas, hasta incluso tuvo la sensación de verse y asombrarse, como si fuese desconocido, realmente lo preocupó.

Los espejos no reflejaban su imagen cuando se miraba, las sombras no lo seguían, caminaba más rápido, vio su sangre correr por sus venas, vio el universo, esa conjunción tremendamente enorme, infinita y le encantó. Le inspiró tranquilidad esa infinidad y comprendió las limitaciones, otra vez se preocupó y volvió a sí mismo.

Otro día, de los siguientes, de los cualquiera que miran para el costado, porque son horribles o malos, entendió que había un paralelismo y lo alegró, otra vez lo vidrios no sentían su presencia, el silencio fue profundo y casi agotable, vio el escrupuloso mar azul, vio las gigantes montañas, se vio sentado, pensando, ido y feliz, con aspecto de libertad, pero se preocupó y volvió.

INVOCACIÓN

Martín, Pablo
España

Se sentó sobre la banqueta y comenzó a deslizar sus dedos sobre las teclas del órgano. Siniestras armonías brotaban desde las profundidades de los infinitos tubos. Notas tétricas componían la trágica melodía que hacía resonar los huesos de los difuntos en sus tumbas. Ese diabólico instrumento era el único ser capaz de hacerle llorar. Ese era su castigo y su deleite. Ninguna lágrima se derramaría desde sus ojos inspirada por un sentimiento. Solamente la lúgubre perfección de su destreza sobre el instrumento le permitiría llorar. Pero él quería hacerlo. Bullían sus lagrimales. Pero no podía llorarla por sí mismo. Así que decidió invocar su llanto como había sido condenado a hacerlo. Se odió por no poder llorar movido por la pesadumbre que ensombrecía su ánimo. Por el luto que envolvía sus ganas. Y ya que no podía dedicarle voluntariamente sus lágrimas decidió no parar de tocar jamás. No parar ni siquiera cuando los calambres en sus dedos le atrofiasen el movimiento. Continuó tocando durante días, semanas y meses. Simplemente continuó tocando.

Se comenta que aún hoy día se escucha, allí donde no quedan más que las ruinas de una antigua iglesia, una triste melodía. Una penosa pieza. Y de fondo, si uno se fija bien, se pueden oír los sollozos de un río de lágrimas fluyendo invisible desde ningún sitio hacia ningún lugar.

ELLA EN MIS RECUERDOS

Martínez, Luján Ailen
Argentina

Bajo una llovizna invernal me encontré con ella. Ella que pudo ser alguien que conocí, alguien que incluso entonces seguía conociendo. La vi cuando caminaba por la calle, a pasos cansados, cargando esos recuerdos de años que se vuelven tiempo en la piel y en la memoria. Me pregunté de qué lugar vendría y hacia dónde, hacia qué.

Tal vez había sido feliz en la más inmediata esencia de las cosas. Pero ¿había sido eso suficiente? Sentí con nerviosismo que había más en el silencio de sus ojos. Había olvidado, no una elección premeditada, sino un destino crudo y desafiante.

Tuve que acercarme, no pude esconder mi curiosidad que parecía llevarme como lo hace un remolino. Cuántas veces buscamos obsesionados, reacios, el destello de un impulso inexplicable pero que nos atrae. Nos seduce fatalmente, como el último néctar que pierde a una mariposa en la locura porque puede; solo porque existe y porque nosotros lo queremos.

¿Podría yo haber amado lo mismo? El amanecer y el recuerdo. Siempre habría un nuevo día donde las cosas se pondrían mejor y los problemas serían más simples que ciertos; y lo importante, sería lo realmente importante. Muchos dirán que lo de ella fue conformidad, que fue miedo a lo que venía, al vacío. Otros dirán que no pudo ser nada más. El secreto siempre lo tendrá ella.

No habría más nubes que traspasaran esos ojos; porque eran transparentes como el aire, jamás cambiarían. Me pregunté cuántas historias se esconderían en ella, en el susurro de los años y sus días. Quise preguntarle, pero comprendí que toda ella era la historia, su piel rasgada que hablaba, incluso a través de la nada.

De pronto me encontré caminando a su lado como si yo la hubiese estado acompañando. La miré sorprendida, disculpándome, me había acercado tanto. Y no dije nada, y no dijo nada.

Ella siguió su camino sin vacilar. No habría un mañana o un después, solo un paso hacia adelante. Y yo, que me quedé en el allí y el adónde, descubriendo que mis pasos se habían detenido y que mis ojos se habían vuelto transparentes y secretos.

El camino nunca se detenía, y yo lo desconocía, pero era mío.

EL GRAN ESCARABAJO

Martínez, Pedro
Colombia

Su corazón latía apresuradamente, y con la boca entreabierta, jadeante y sudorosa, por tan portentoso esfuerzo, aquel hombre diminuto pero de gran coraje, alzó su cabeza enfundada como siempre en su casco de los colores nacionales, divisando esperanzadamente la cúspide de tan enorme montaña, la cual se alzaba imponente, pero a la que ya se aproximaba inexorablemente. Miró hacia atrás y comprobó con alivio que ya no era perseguido. Atrás habían quedado sus rivales más encarnizados, y con nuevo aliento sus piernas cortas y temblorosas lograban empujar sin embargo hacia adelante su moderno caballito de acero. Llevaba casi treinta días recorriendo esos parajes indomables de aquel país extraño, trasegando decididamente por sus exuberantes montes y tan fértiles valles, en los que cientos de personas se arremolinaban al lado y lado de la carreta para darles animo. Estaba tan lejos de sus más recordados paisajes, aquellos que recorrió desde su misma infancia, y de los cuales un día salió con la esperanza de lograr un destino mejor, y en busca porque no de la fama, que solo parece tocar a algunos seres que tal vez por capricho de los dioses o del destino mismo les infunden cualidades especiales a tan solo unos pocos elegidos.

Recordó en unos instantes sublimes de nuevo a sus exaltados familiares y amigos, que con toda seguridad seguirían devotamente desde la distancia, sus vehementes pasos, su diario trajinar en tan recónditos lugares, a través de un pequeño aparato de televisión. —¡Ese es mi hijo! — Gritaría entusiasmado su amoroso padre, al verlo llegar por fin y alcanzar afortunadamente el tan anhelado premio de montaña, en medio de una niebla espesa, y un frío aterrador, que aun así juntos, no eran capaces de detener, tan siquiera un instante su avasallador paso de reconocido escarabajo. Pero aun debía continuar su incansable marcha. Era el líder absoluto, y ahora más que nunca tenía que realizar un supremo esfuerzo con su apresurado e inagotable pedalear, para no dejarse descontar un tiempo realmente valioso. Soñando eso sí con llegar a los campos elíseos, para ceñirse enseguida con los preciosos laureles que tan hermosas y sonrientes damas le ceñirían en lo más alto de un majestoso podio, sobre su cetrino rostro.

EL TORMENTO DEL ESPEJO

Mazal, Martín
Argentina

Otra vez se encontró con ese espejo, el que creyó haber roto tantas veces y sin embargo siempre regresaba para atormentarlo. Ese espejo que lo seguía, que lo perseguía, que se escondía de vez en cuando, engañándolo con la ilusión de su ausencia solo para reaparecer de nuevo y dejar su confianza hecha añicos.

Ese espejo que le devolvía todas las caras que demostraban su ingenuidad, ese reflejo implacable de las faltas que nunca se supo perdonar.

Lo tapó una vez y volvió a brotar, nutriéndose orgulloso con los fantasmas de su pasado. Lo rompió otra vez y volvió a aparecer, enmendándose completo con los fantasmas de su pasado.

“Si solo pudiera ser otro”, se dijo, pensando en esa imagen que su espejo devolvía. “Debo aprender a ser otro”, se dijo, queriendo desconocerse de aquello que reflejaba. Pero el cambio es laborioso y el espejo muy veloz, y hacia donde él huía su imagen lo perseguía, hasta que el cansancio pudiera más que su tormento y lo obligara a vivir con el reflejo de aquello que alguna vez había sido.

CONFESIÓN

Mejía Flores, Pablo Daniel

México

Después de cinco años trabajando juntos, uno pensaría que ya conoce muy bien a sus camaradas. No hay mucho que descubrir, no hay forma en la que te puedan sorprender. Cinco años son más que suficientes para formarse una opinión bastante clara de cada persona que comparte el espacio contigo. La monotonía es más marcada y obvia en El Honorable Cuerpo de Marina de La Federación Espacial de Naciones Coloniales, donde pasamos meses juntos por vez. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Los mismos marinos, las mismas inteligencias artificiales.

Extrañamente, eso no pasó con ella. Solo después de cinco años, noté lo atractiva que me resulta. La Capitana Miranda, graduada con honores de la Escuela de Oficiales John McClane, primer lugar de su generación, bella como solo las chicas de las colonias hispano-marcianas son bellas, escucha atenta, conversadora perspicaz, estratega fría y calculadora, depredadora implacable. La Capitana Miranda es, ante cualquier estándar y gusto, la perfección hecha humano. Me tomó cinco años darme cuenta.

Desastre. Cuando se encuentra al mando, no puedo seguir sus instrucciones. Su voz me hipnotiza, su imagen me deslumbra. Me vuelvo torpe, nervioso. Cometo errores que harían que cualquier otro fuera dado de baja inmediatamente, pero la Capitana es comprensiva. Justo la semana pasada, cuando me ordenó comprobar el sello a presión de las escotillas principales, distraído desactivé el sistema de gravedad simulada. Cincuenta litros de sopa hirviendo se escaparon flotando de la cocina y mancharon la sala de recreación. No más ping-pong para los marinos. La Capitana solo rió discretamente.

No puedo dejar de pensar en ella. La observo cuando está en el puente, en el comedor, cuando está durmiendo. Obsesión. Las ganas de decirle lo que siento son tan grandes como el miedo al rechazo. No podría soportar saber que ella me ve solo como un colega o un subordinado más, pero necesito saber, preguntarle si ella siente algo remotamente parecido a lo que yo siento. Necesito que ella sepa que estoy completa e inconfundiblemente enamorado. Necesito saber que ella sabe. La angustia me enloquece. La desesperación me carcome. Estoy feliz y triste y calmado y nervioso al mismo tiempo.

Tomé la decisión de confesarme ayer, mientras la veía dormir. Lo único que me detiene ahora es que no sé cómo va a reaccionar. Temo que quede en shock, que no sepa qué pensar, qué decir. Supongo que entendería esa reacción. Después de todo, un crucero acorazado de batalla confesando su amor no es algo que se ve todos los días.

PALABRAS QUE LLEVA EL VIENTO

Melgar, Úrsula
España

Era una noche muy silenciosa. No se escuchaba ni el ladrido de un perro callejero, ni el maullido de un gato sin hogar. En el bloque de viviendas de aquel barrio, había quienes ya consultaban sus asuntos con la almohada. Sin embargo, la habitación de Pedro aún seguía iluminada.

El niño no tenía problemas para aplicarse a sus tareas escolares. De hecho, estuvo tan ocupado con sus deberes que, pese a que debía estar durmiendo, aún le quedaba por hacer una redacción para el día siguiente.

Después de haber escrito la primera frase, quedó tan entusiasmado que su hermano Pablo entró a ver qué pasaba. Estaba en sus primeros años de adolescencia y, aunque pretendía demostrar madurez, a veces era entrometido y molesto.

—¿Pero qué te ocurre? ¡Ah, estás con una redacción! Déjame ver lo que has escrito hasta ahora.

Le arrebató sin más la hoja de papel. Pedro le pidió a su hermano que le dejase continuar, pero Pablo no le hizo caso. Este leyó la frase y dijo:

—¡Qué estúpido! No me digas que vas a escribir frases ilusas.

El muchacho rompió la hoja en dos y arrojó el trozo escrito por la ventana. Pedro se enfadó tanto que sus padres tuvieron que intervenir. Le consolaron diciéndole que podía escribir en una hoja nueva. En cuanto a Pablo, le prohibieron entrar bajo ningún concepto al cuarto de su hermano.

La pieza de papel fue arrastrada por el viento hasta llegar a un banco, donde dormía un indigente entrado en años. Este, al sentir el frío en la cara, se despertó. Descubrió que en una manga de su chaqueta marrón se había introducido una nota o algo por el estilo. En ella podían leerse las siguientes palabras:

“Deseo que nadie tenga que sentir compasión, por haberse solucionado los problemas del mundo, y que todos sean felices”.

El hombre sonrió ligeramente tras haber leído aquello. Dejó la nota en el suelo y volvió a sumirse en sus sueños. El trozo de papel fue arrastrado de nuevo sin rumbo; solo iba allá donde lo llevase el viento.

VIVIR EN LIBERTAD

Monteverde Ghuisolfi, Sandra
Uruguay/España

Sin dudas había tenido un mal día. Problemas de horarios en la Universidad, un altercado con un profesor por el resultado de un examen y a última hora de la mañana, una trifulca monumental con un compañero, que se olvidaba indefectiblemente todos los días de devolverle un libro, desde hacía más de dos meses. En el comedor le dieron bazofia en vez de comida. Para colmo de males, se encontró con su novia a la tarde esperando un respiro, un momento de paz y (en lo posible) algo de desfogue amoroso, para terminar teniendo un disgusto por una cuestión de forma y no de fondo.

Después de una jornada así era comprensible que no estuviera en su mejor momento. Llegó a casa indignado con todos y cada uno de los integrantes del resto del mundo. Se encaró con Tomás, su compañero de apartamento, que dormitaba en el sofá y sabiendo que era el único capaz de soportarlo dio rienda suelta a todo lo que bullía en su interior:

—Tomás, querido amigo: te comunico formalmente que a partir de este mismísimo momento se acabaron los límites; que se vayan al diablo los convencionalismos sociales, las poses y otras yerbas. Al fin y al cabo parece ser que el único idiota en el mundo que se atiene a lo que se debe hacer, soy yo. Estoy cansado de fingir, de limitarme, de ser un “buen chico” y de que vos tengas que vivir a mi sombra. Reflexionando he llegado a la conclusión de que lo único que hago es coartar tu vida y constreñir tu libertad y la mía. ¿Y todo por qué? Porque a unos señores altaneros y con seguridad sin ningún sentido del humor, se les ocurrió que hay que hacer las cosas de determinada manera y la masa ovina dice que sí sin rechistar. Pues yo digo basta. ¿Quién me creo que soy para decirte como vivir tu vida? Bastante tenemos con disimular cuando viene mi madre. Como si el apartamento estuviera siempre como una patena, ¡menos mal que jamás se asomó debajo de las camas! Así que ya lo sabés, a partir de ahora sos libre, viví como si yo no estuviera delante y mi vieja no existiera. No disimules más y hacé con tu vida lo que te plazca; te prometo que yo haré lo mismo.

Cuando terminó su perorata, respiró profundamente y se sintió él también, algo más libre. De pronto un líquido caliente se escurrió por la pernera de su pantalón. Se miró la pierna tristemente, mientras Tomás se iba feliz disfrutando por fin de su novísima libertad, cosa que demostraba... moviendo alegremente la cola.

UNA GRAN AMISTAD

Moreno Malagón, José Luis
España

Al tomar la última curva, el pueblo emergió del fondo del valle.

Los viejos árboles de la ribera seguían jugando al escondite con la niebla, después de tanto tiempo.

Diecinueve años atrás tuvo que marcharse sin despedirse de Felipe. Cuando volvió del colegio, su madre ya había preparado el equipaje y lo estaba metiendo en el maletero del coche. A su padre le habían destinado a una comisaría del norte.

Desde que su amiguito del orfanato y él, habían descubierto aquella cabaña abandonada en lo más profundo del bosque, esta fue su gran secreto y se reunían en ella todas las tardes. Allí hicieron su hermanamiento de sangre, allí habían proyectado sus sueños. Intentó avisar a Felipe de su marcha, pero no pudo, tuvieron que salir a toda prisa hacia el aeropuerto.

Después, vino el silencio. Cartas y llamadas sin respuesta. Aquella tarde, le dijeron, Felipe no había vuelto al orfanato.

Diecinueve años de remordimientos...

¡Qué cambiado estaba el pueblo! La posada de Lola se había convertido en un moderno hotelito. Su primera visita fue al orfanato, pero en su lugar se encontró con un moderno centro comercial.

Con gran tristeza dirigió sus pasos al bosque. Aunque le costó orientarse, al final encontró la vieja cabaña, ahora cubierta por una maraña de zarzas. La puerta estaba atascada, pero con mucho trabajo pudo abrirla. Cuando logró acostumbrarse a la húmeda oscuridad, apartó las telarañas y lo vio.

Los huesos asomando entre aquella querida camiseta del Boca y las gastadas zapatillas de baloncesto, ahora amarillentas y podridas.

Desde sus cuencas vacías, Felipe le miraba acusadoramente.

Mujica, Lucía María
Argentina

Las mañanas de otoño son siempre muy poco originales, en especial las de Mayo. Cuando se vive en la ciudad, las veredas doradas y naranjas son un mito. Caminar jugando con hojas secas es algo salido de una publicidad seguros o desodorantes de ambiente.

Para ella esa mañana era tan gris como todas las demás mañanas. El colectivo iba lleno y despacio. Tan despacio que sofocaba. Solo cinco paradas. Menos de eso si tenía en cuenta que había que pensar una estrategia de salida desde la cuarta. Cinco paradas para poder volver a respirar oxígeno de nuevo. Solo cinco.

Primera. Llegaron los esperados codazos. En la parte de atrás una voz de hombre le gritó de mal modo al colectivero que se dignara a abrir la puerta. El conductor no se dio por aludido, instando a la gente a que le ofreciera el asiento a la mujer embarazada que acababa de subir por la puerta de adelante. El pasajero de atrás logró bajar después de algunos improperios y el motor rugió de nuevo. Solo tres.

Segunda. “*Perdón*” La voz vino de atrás y ella se apuró a darse vuelta para descubrir quién era el improbable ser humano capaz de tal educación arriba de un colectivo lleno. Ahí estaba. Auriculares negros, campera de jean, pelo largo y barba de tres días. De repente la mañana se llenó de colores. Ni siquiera se dio cuenta cuando él la pasó de largo y se ubicó a unos pasos, justo al lado de la puerta del medio.

Tercera. El colectivo lleno era ahora una ventaja. Al borde de la obsesión, observó cada detalle del adonis mañanero parado cerca de ella. Lo vio sacar un libro, acomodarse los auriculares, leer por un rato y reírse por lo bajo de algo que ella desconocía. A veces trataba de apartar la mirada, por las dudas. De todas maneras él estaba muy distraído como para notarla. Al menos por ahora. Se imaginó alguna manera de acercarse. De preguntarle qué estaba leyendo, hacia dónde iba, qué le parecían las mañanas de otoño, aunque sea qué hora era. Con cierta dificultad se guardó el reloj en la cartera. No venía mal estar preparado.

Cuarta. Final del trayecto. La estrategia de salida. En avanzar hacia la puerta del medio para bajar en la próxima parada encontró la excusa perfecta. El colectivo paró y ella comenzó a moverse para adelante. Lo miró, como si su mundo dependiera de ello. Como por arte de magia, él levantó la vista de su libro y le devolvió la gentileza más una sonrisa; pero antes de que la puerta pudiera cerrarse, se dio media vuelta y se bajó del colectivo.

CON OTROS OJOS

Muñoz Rojas, Cristina Elizabeth
Chile

¡Qué sueño el de anoche!, ¿lo cuento?, sí, lo cuento. Soñé que estaba en mi casa, con mi familia, que estaba nublado, como hoy y que me estaba preparando para enviar a los niños al colegio y para irme al trabajo, como siempre. ¿Dónde está lo increíble, si me levanté a la misma hora de costumbre y seguía donde mismo? Lo increíble es que no me tuve que maquillar, ni poner tacones altos y antes de salir lavé la loza con tanto gusto, como si estuviera haciendo lo más importante del mundo. En la calle saludaba a todos y ellos me saludaban. El chofer del microbús me regaló una sonrisa. Realicé el mismo trabajo administrativo de todos los días, ingresé números y escribí informes, pero lo realicé con cariño, porque es lo que me permite mantener a mi familia. Los dolores de estomago también estaban, aunque casi no los noté mientras pensaba en los abuelitos que iba a visitar ese fin de semana en el hogar.

¿Y qué es lo increíble después de todo, si estaba dónde mismo y haciendo lo mismo? Lo increíble es que sentía una plenitud interior inmensa por el solo hecho de formar parte de todo esto y estaba muy agradecida por ello.

CICATRIZ

Nacif, Georgina
Argentina

Lo llamaban cicatriz.

El hombre era de baja estatura, gordito, pero fornido, de piel color aceituna, ojos color café y pelo marrón tierra húmeda.

Parecía el duende de las montañas. ¿O lo era?

Su ropa gastada, un andar pausado y una mirada perdida en el horizonte. Siempre parecía ver algo más, algo que no se veía, algo que solo él veía.

¿Por qué lo llamaban cicatriz?

Tenía una enorme cicatriz de oreja a oreja, como si la cara estuviese partida en dos, como si hubiese nacido partido y pegaron ambas partes.

De lejos esto se parecía a la línea que él veía cada amanecer o atardecer en el horizonte, pero si uno se acercaba sigilosamente, disimuladamente, tranquilamente, como quien no quiere la cosa y se animaba a observar su cara, se daba cuenta que la línea estaba compuesta de pequeñas costuras, costuras artesanales, a mano de una abuela.

Toda clase de leyendas y conjeturas se hacían en el pueblo, que había nacido partido, que aquella noche de la tormenta el rayo maldito había cortado su cara, que fue Don Rosendo, el jefe de la estancia, que con un tallo de rosas, cortó su cara, al darse cuenta de los amores de Cicatriz con la finada, en fin, así iban y venían las historias.

Lo cierto es que cada amanecer y cada anochecer, Cicatriz se perdía en las montañas del oeste, donde a lo lejos se vía la nieve resplandeciente, allí perdía su mirada en el cielo, a veces celeste, a veces estrellado, a veces simplemente cielo. Vaya uno a saber que veía, que recordaba, con quién hablaba.

La luna asoma tras los gorritos de las montañas, Cicatriz se pierde entre ellas, un Cóndor pasa volando.

PALOMO HERIDO

Nasarre, Sofía

España

Mis alas se quebraron, ante la insistente perturbación del inequívoco suspiro.

Dando tumbos, entre las rocas, intente remontar el vuelo, sin poder alcanzar la paz.

Sumido en un rincón de soledad, rodeado por lágrimas silenciosas, las cuales cruelmente... arañaban mi rostro sin consuelo.

¿Qué sentido tenía luchar? Cobijarme en aguas extrañas, las cuales jugaban a su antojo, con mi destino. Mientras rabiosas, se revolvían con fuerza, sin consuelo, para alargar mi penuria, agravando mi tormento.

El aleteo, cada vez era menor, las fuerzas quebraban, la única razón de mi existencia.

Resistir, era la insólita fe de mi esperanza, ante la vida.

Herida queda mi ausencia, entre las fieras devoradoras de mi conciencia. Disfrutando al contemplarme herido. Su triunfo, nuevamente era victoria.

Entre remolinos turbadores de deseos, recé bien alto y profundo, sin dejar de aferrarme vivo, al verdadero destino... Al encaramarme... de nuevo caí, resistí a la absurda virulencia del fuego.

Me revolví, sin dejar de pelear, contra aquellos malabaristas del dolor.

Intente volar, sujetar con fuerza las palabras... solo logrando la desgracia, la fatalidad de quebrar mis alas, quedando preso, indefenso, dejando atrás, un hilo de libertad.

Nada podía hacer ya, sumido entre silencios, soledades, quedé tendido sobre fría roca. Esperaba mi final, sin dejar de observar el cielo. Imaginando, cómo pude estar tan ciego, ¿Por qué volar en la neblina?

Vi una piedra caer de lo alto. Venía hacia mí con indecisión, poco quedaba entonces, de aquel palomo, orgullo tesoro, extraña impotencia, al contemplar el horror.

Una fuerte bandada, me traslado violentamente. En la arena mi cuerpo muerto, reposo.

La ola que tan bravía, había demostrado su ira, ahora era mi salvación.

Mis ojos se cerraron para siempre.

Nada pudo devolverme el resplandor, de tantas madrugadas presentes, recuerdos intensos y ausentes, ante el sonido latente, de mi respiración.

Suavemente me cogiste entre tus manos, proporcionándome tu calor.

Secando la humedad mortal, que presagiaba el final, destino fatal, intensa emoción.

Llegaste tarde al rescate, no debiste navegar sin timón.

Ahora... alcanzo la paz, fue mejor marcharme. Otro ser divino me espera, ya sé que vas a extrañarme.

Nunca mires atrás... pues el palomo que solo vuela, solo espera la libertad.

CANTARES

Negretti, Mirtha Alicia
Argentina

Amanece, el suave ulular del viento, se suma a la tibieza de la mañana.

Y el día que tanto esperó, llega.

Sofía desea, debe atrapar la canción del ave que se posa en el alcornoque.

Al escucharlo, abre las manos y aprieta el canto contra su pecho. Con su boca, intenta tragar los sonidos.

Cierra los ojos para abstraerse del entorno y posesionarse de la voz del pájaro, ni siquiera el aire impregnado de olor a hierbas húmedas, puede alejarla de su mundo.

Sueña que su garganta emitirá sonos como gorjeos de canario.

Sueña, su mente y su cuerpo se transportan.

Noche de velada. Se ve andando por pasillos y camarines.

Su figura, envuelta en terciopelo y espléndida seda; su rostro maquillado, trazos negros enmarcando los ojos, párpados que serán verdes, celestes o pardos, boca carmesí, mejillas de intenso rubor y una peluca blanca cubriendo oscuros cabellos.

Finalmente, entre bambalinas, luces enfocándola, rayos, círculos luminosos trasladándose con su persona y la música y su voz en un aria de sonidos armónicos, mosaico modulado de notas invadiendo el espacio.

Aplausos, hurras, exclamaciones. Ella, azorada.

Enjambre de sueños. Visiones alucinantes.

Despierta encerrada en una jaula. Su canto de prolongado sonos, es un extraño gorjeo de amor.

IDILIO

Nogueira, María Alejandra
Argentina

La niña es pequeña y estilizada. Le regalaron para el cumpleaños las zapatillas de baile. Sale de su casa con ellas en la mochila. Un coqueto rodete recoge su pelo castaño. Se ha iluminado los labios con una barrita de carmín. Nada sobre los párpados; solo una luz, el brillo de la ilusión los ilumina, inundando primero la pupila azul.

Llega al Estudio. Despliega la rutina de los primeros ejercicios mirándose en el amplio espejo, sosteniéndose de la barra, acomodando cada centímetro de la musculatura al requerimiento de huesos y tendones adiestrados ya al movimiento rítmico y preciso.

Ellos, en la sala contigua. La Señora Rebeca seleccionó el sitio más íntimo y oscuro para que descansen —o para que sueñen—.

Espectadores y bailarines los conocen. Participan en cada festival, vestidos para la ocasión. Ocupan sin chistar la porción de escenario que la Profesora les indica y, conscientes de sus roles, rara vez confunden parlamentos o entradas y salidas por el foro.

Hoy no es un día diferente a tantos jueves de ensayo. Cada quien en su lugar: ella, vertical y etérea, sus puntas rozando apenas las tablas lustrosas; ellos, horizontales y en reposo, cubierta apenas la carne con algunos trapos.

Cuando las campanas repican en la capilla cercana, uno se incorpora. Sus ojos sin luz reconocen rápidamente el camino. Las pisadas son firmes, descalzos los pies sobre la alfombra roja que une las dos estancias. Los otros no lo siguen. Prefieren prolongar la siesta.

Al encontrarse con sus ojos azules, él ensaya una sonrisa. La dolorosa inmutabilidad de los labios solo le permite un rictus, fugaz melancolía, dolido amor.

Le tiende la mano la niña. La roza el maniquí con sus dedos grises y fríos. Ella ríe y baila, canta y baila, le habla y baila.

Concluye el vals. Se tiende él enamorado, junto a los pies de la princesa. Ahí queda, brillante en su desnudez acerada.

Estela viste rápidamente su ropa de calle. Afuera, mamá la espera. Recorre las diez cuadras que separan el Conservatorio del hogar con un sonsonete: —Tengo un amigo nuevo, mami. Tengo un amigo nuevo, mami. Tengo, mami, un amigo muy alto y flaco que me sonríe y baila conmigo.

A la Señora Rebeca, en tanto, se le vuelve grande el asombro: no entiende cómo uno de los maniqués, el más alto, el que vistió de paje en el último Festival, está tendido junto a la barra. ¿Quién lo movió; para qué? ¿Y por qué hay en sus ojos una sustancia muy parecida a las lágrimas?

ESTRATEGIA DE CONQUISTA

Novoa Olaya, José Eduardo
Colombia

No todas las estrategias de conquista son pacientes, ni sofisticadas; algunas recurren a extraños procedimientos. De estas nunca puede predecirse su resultado.

La primera vez que Arturo se encontró de frente con Luisa, era el primer día de clases. Al verla, se quedó paralizado y con la boca abierta. —¿Eres idiota o qué? —Dijo ella. Y continuó su camino como si nada hubiera pasado. Ninguno podía imaginar, que cinco minutos después, tendrían un nuevo encuentro. Para fortuna del primero, y desgracia de la segunda, no solo serían compañeros de salón de clase, también les correspondió compartir el mismo pupitre bipersonal; según lo dispuso la directora de curso. Y aunque Luisa protestó y pataleó para que la situación cambiara, solo escuchó de su profesora un: —¡niña, aunque seas una princesa, te quedas al lado del plebeyo! Te acomodas, te adaptas y no protestas, porque primero llueve de para arriba, y ahí sí los cambios de puesto.

Durante casi un año, el corazón de Arturo tuvo descomunales cambios de ritmo. A mil latidos por minuto, cuando Luisa le pedía que le dejara copiar la tarea, le pasara la solución de la evaluación o la incluyera en sus grupos de trabajo. Y otras veces, su corazón parecía detenerse, cuando ella no le daba ni el saludo, y en los grupos de artística y de juegos de descanso, buscaba otros compañeros, y a él, ni lo miraba.

El cerebro de Arturo tampoco descansaba, siempre buscando, la forma de conquistar a su princesa. Y en medio de todas las estrategias de conquista que ideaba, se decidió por la que consideró más afectiva, la acción directa. Y un día del mes de octubre, en medio de la clase; aprovechando que Luisa necesitaba de su ayuda. Poseído por un pánico, que hacía temblar su cuerpo y cambiar de colores su rostro; se decidió. —Déjame mirar tus ojos, y te ayudo. Ella lo miró fijamente, él con rapidez, como para no dejar escapar la ocasión, estampó sus labios en los de ella. Un golpe retumbó en el salón y el cachete derecho de Arturo enrojeció como si fuera a reventar, mientras Luisa, con la izquierda, frotaba su mano derecha que quedó adolorida después de propinar la cachetada.

La situación no se volvió a presentar en el salón, debido al castigo recibido por las dos partes. Pero en el camino a casa, y en los pasillos del colegio; los besos furtivos de Arturo y las cachetadas automáticas de Luisa, se repitieron de manera esporádica. Finalmente los besos se tornaron constantes, largos y apasionados, y las cachetadas se transformaron en caricias.

RAFAELLE

Núñez Abrego, Mateo

Argentina

El gigante camina lentamente, sigue caminando con dificultad porque su pierna lo traicionó alguna tarde calurosa; él le mostró su impotencia y entonces se resignó al tedioso dolor crónico. Convive con la renguera y a veces la saluda por la mañana, cuando se acuerda que en noventa y un años de vida solo la padeció de joven, hace mucho ya, después de aquel partido de fútbol en donde no pudo evitar la derrota. Afuera, el mundo se inundaba por una solemne sudestada, mientras adentro el vestuario sufría por su precariedad y la gotera ya era charco. Rafaelle, sentado solo en un banco de madera viejo, lloraba por ese penal, ese maldito penal que le atravesó el alma porque jamás vio la pelota. Escupió barro y odio mientras se despedía del arco, para siempre. Hombre recio y testarudo, cumplió su palabra y varios años después trocó su siesta por el sol estancado en las tablas de la tribuna local. Las maderas crujían por el calor del verano y Rafaelle ahí estaba, con la boina sudándole el cuero cabelludo, clavándole la mirada a la pelota que no paraba de rodar en medio de tanto botín gastado. Deseó estar parado bajo el arco y tomar revancha, imaginando el mejor de los actos heroicos que jamás nadie vio, pero el tiempo era avaro y la vejez lo sostenía de los hombros. Entre tanto sol se vio pequeño, colgado del brazo de su madre, sintiendo como el vaivén del barco le calmaba el llanto que se mezclaba con los gritos de esperanza de cientos de italianos, desesperados por pisar tierra nueva y ver un amanecer distinto. Creció entre mimbres y pizzas caseras, entre pasillos ruidosos que madrugaban en medio de la noche desolada interrumpiendo la brisa serena de Buenos Aires. Y Rafaelle nunca volvió, se quedó para armar su destino; desafió la crudeza de la vida y encontró el amor una tarde, también lluviosa.

Viejo gigante, aún mantiene la tonada tana cuando gruñe, mientras parpadea y reluce el color intenso de sus ojos. Tiene tanto corazón como recuerdos y duerme poco porque hace mucho. Humedece sus pupilas algunas noches de soledad, no todas, y calma el sollozo entonando por lo bajo un tango. Viejo Rafaelle, camina lentamente entre tanta baldosa floja; su bisnieto lo acompaña de la mano y ambos saben que no se van a caer.

PREJUICIO

Orden, Susana Angélica
Argentina

Me desperté, completamente confundida, en el colectivo. Miré por la ventanilla y, desconociendo el lugar en que me encontraba, le pregunté a un pasajero si ya habíamos pasado el puente de Avenida General Paz y me contestó afirmativamente con la cabeza.

Luego, en la calle, divisé un cartel que decía: “Bienvenidos a Villa Tranquila”. Un escalofrío recorrió mi espalda. ¡Estaba en territorio de nadie!

Sin pensarlo dos veces, me bajé en la próxima parada buscando algún taxi, pero me encontré con una calle increíblemente vacía. Comencé a caminar por inercia rumbo a cualquier parte. No había un alma a quien preguntarle. Avanzaba por el medio de la calle. No pasaba ningún automóvil y la desolación era absoluta. Me pregunté cómo sería la muerte... Imaginaba a mi abuela sola, en mi casa, recibiendo la triste noticia y a mis padres volviendo en forma anticipada de su viaje.

Mi mente iba a mil revoluciones por minuto, pero mis pies se movían lentamente. El paisaje seguía siendo oscuro y desolado. A lo lejos se veían unas luces. Pensé que tal vez, había una avenida y algún movimiento en ese lugar, más parecido a un cementerio que a un barrio de provincia. Nunca creí que el silencio fuese tan perturbador.

Ante mi vista apareció un edificio abandonado y, en su portal, divisé una figura agazapada entre las sombras. Mi corazón palpitó muy fuerte en mi pecho, y apresuré mi marcha por la calzada. Miré con atención y descubrí a un hombre andrajoso con barba y bigote, que me miraba fijamente. Con las pulsaciones al máximo, apuré aún más el paso rumbo a la luz y la salvación. En ese momento tropecé con una piedra y caí pesadamente sobre mi tobillo izquierdo, quedando inmobilizada por un fuerte dolor. Entonces noté que el hombre se acercaba. Cerré mis ojos, paralizada por el terror, mientras iba sintiendo que sus pasos se aproximaban más y más. Preparándome para lo peor, absolutamente indefensa, escuché su voz increíblemente dulce que me decía: —¿Se ha hecho Ud. daño? ¿Desea que la ayude a levantarse?

JUNTO AL MEANDRO

Orejas, Guillermo

España

Rumiando entre los arbustos de la falda de la montaña, antes de vislumbrar con amplitud el bosque, un macho cabrío se dejaba ver desde las ventanas de la finca de los Quirós. Juanjo, el hijo de la familia, le dedicó una insípida mirada antes de terminar de recoger sus cosas, y pronto desapareció de su cabeza cualquier atisbo de pregunta. Descendió por las escaleras y apretando sus pisadas contra el suelo para hacer más ruido, inició su éxodo con un ensordecedor portazo. Las montañas escoltaban la vivienda por tres direcciones, dejando como única vía de salida el bosque. Aunque no era una travesía complicada, atravesar el bosque a pie exigía al menos unas cuantas horas de marcha.

El camino, en un comienzo dócil y apetecible, vio amenazada su calma por el nuboso presagio de una tormenta. Días atrás se había desatado con fuerza el temporal en aquellas altitudes y nada inducía a pensar que el que venía a continuación fuera a ser más benévolo. Y aunque aún no era tarde ni descabellado plantearse volver a casa, pudo el orgullo y el chico siguió adelante.

Cayó efectivamente el mal tiempo sobre la espesura, arrancando pensamientos y algún que otro aullido de ira al muchacho a medida que llegaba a la mitad del trayecto, allá por donde se hallaba el río. Entonces sintió como algo le cegaba y le levantaba por los aires estrepitosamente, lanzándole desde el terraplén contra uno de los costados del pequeño Guarajá. No perdió, no obstante, la consciencia y pronto le atemorizó su suerte al contemplar el vientre atravesado por una estaca que el temporal había debido ubicar en aquel lugar, enterrado sutilmente por la arenilla.

La sangre manaba a borbotones y se agarró instintivamente la boca del estomago, creando sin querer una pringosa costra en torno a la herida a causa del terreno gravilloso. El dolor, una insoportable punzada en la carne que trascendía hasta el alma, hizo que no pudiera contener un chillido de desesperación: —¡Padre!, clamó mientras la lluvia le conectaba mediante dos nuevos afluentes carmesíes al meandro.

Sin embargo, el joven no quería morir, y como la propia naturaleza le había agarrado concienzudamente contra sí misma, se esforzó por esclarecer su cabeza aun siendo presa del dolor para poder así aferrarse a algún motivo que justificase la posibilidad de sobrevivir. —Por aquí pasa gente, por aquí pasa gente... —se repetía sin llegar inicialmente a ninguna conclusión. —Alguien pasará tarde o temprano, cuando la lluvia cese —concluyó tras mucho esfuerzo, a medida que el tiempo se confundía entre sus leyes.

Pero la lluvia era intensa y sus fuerzas le abandonaban con rapidez. Nadie pasaría por ahí en muchas horas, quizás incluso en días. Buscó entonces esperanza en otro sitio y fue en su padre en quien la encontró —Mi padre. Estará preocupado por mí y vendrá. Vendrá... —murmuró tiritando agónicamente. —Oigo pasos. ¿Papá? —Y cobró seguidamente forma una sombra que avanzaba río arriba a medida que retumbaba el eco de las pisadas en sus enajenados oídos. Instantes después una cabra viril pasaba frente a su cuerpo exánime.

EL VALOR DE LA PALABRA

Orellana, Galvarino

Suecia

Un día la letra A, recorre nerviosa su casa buscando la letra Z, la cual encuentra al final del pasillo durmiendo. La despierta diciéndole:

—Sabes que hoy valemos mucho más que ayer.

—No entiendo. ¿Por qué?

—Porque para un relato de 100 palabras que gane el concurso, ¡valemos 20 mil dólares!

—y ¿quién lo está pagando?

—El museo de la palabra.

—Menos mal que se dieron cuenta que con las letras unidas en pocas palabras pueden escribirse bellos relatos y poesía.

—Sí, pero los escritores y poetas escribirán tan solo por el premio, como hoy lo están haciendo sin comprometerse con los sucesos que ocurren para no tener problemas con los poderes que manejan el mundo.

—¿Cómo es eso?

—No te has dado cuenta Z, que son pocos los poetas y escritores que denuncian quiénes son los verdaderos culpables de la destrucción de la vida y el planeta.

—Sí, tienes razón. La mayoría busca el premio Nacional, el premio Cervantes o el premio Nobel sin preocuparse de ello. A nosotros, el bolígrafo dirigido por ellos, nos une en palabras para escribir sobre el amor, la libertad, la paz, el desastre ecológico, el medio ambiente, etc., pero no son capaces de unirse para luchar contra lo que está destruyendo la vida y el planeta.

—¡Menos mal que lo has comprendido! Según mi humilde opinión, debiera ser como era antes, donde nadie se preocupaba de los premios o el dinero.

—Y ¿qué podemos hacer?

—Somos instrumentos de la creación pero nada podemos hacer sin los hombres que crean. Deseo que haya un cambio de mentalidad donde el valor de la palabra y la ética sean las armas que los unan por el bienestar del planeta.

—Amén —dijo la Z y siguió durmiendo.

ÚLTIMO PASEO

Ortega Martínez, Ramón
España

Llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con infinita paciencia, como la vida misma, aunque a veces te entren ganas de dejarla pasar.

Mi paseo por ese extenso prado, con esa fina lluvia, me cala hasta los huesos. Avanzo por entre romero, tomillo y lavanda, que dejan escapar su suave fragancia con mi andar.

La oscuridad con que las nubes cubren el cielo, a ras de suelo se hace notar, haciendo que todo tipo de animal corra a sus escondites a mi pasar.

El prado se hace ahora cuesta arriba, donde las plantas dejan de existir y en su lugar, cayendo delante de mí, unos nogales dejan su fruto escapar, debido a las finas gotas de agua que, con su pesar, se separan de su madre postiza para volver a la madre tierra.

Llego a la parte superior de esa ladera y aunque las frondosas ramas de los nogales paran la fina lluvia, yo la sigo oyendo, incansable, en sus ramas rebotar.

Al salir de entre los nogales una mano se posa en mi hombro. Miro hacia atrás y bajo la incansable llovizna, veo a mi compañero llegar. Una leve sonrisa deja escapar y sé que a él debo acompañar.

Junto a mi amigo el último paseo acabo de comenzar. Él no me deja de mirar, sabiendo que el prado que acabamos de abandonar, solitario se queda con esa lluvia que nunca parará.

DOS ALMAS

Ortus, Cristian
Argentina

En la ciudad de Paris dos jóvenes se encontraron en un bar. La señorita traía consigo los ojos llenos de lágrimas, él no entendía, se suponía que después de la propuesta de matrimonio y el sí infinito que ella le dio, ella sería la mujer más feliz de este mundo, por eso él no comprendía por qué ahora se presentaba en ese estado.

Ella lo mira y comienza a llorar, desconsoladamente, él le dice que se calmara que no entendía, que le explicara que estaba pasando. Ella se toma un momento mira alrededor, ve que no hay nadie, lo vuelve a mirar, respira profundamente.

—Amor, sabes por qué estás aquí ahora —dice ella.

—Porque tú me citaste, aunque no recuerdo bien cuando hablamos —responde él frunciendo el ceño, como pensando.

—Es que no hablamos, mejor dicho yo no te hablé, ayer a la noche lloré e imploré y deseé verte por última vez, despedirme de ti.

—No entiendo, te quieres separar. Pero creí que... —ella le corta.

—Estas aquí porque debo decirte adiós. Porque ayer en la librería mientras los dos nos juramos amor, no prestamos atención, pero incendiamos el lugar y esa noche los dos fallecimos —el no lograba creerlo— y ahora estamos acá para decirnos adiós, pues tú tienes un pendiente aquí que debes terminar, pero yo simplemente debo irme, te amo.

Ella le dio un beso y una luz tan brillante cegó los ojos del mundo, ella partió y él quedó buscando el pendiente, lo que debía hacer antes de descansar, antes de volver a estar con ella para siempre.

UTOPIA

Paniagua, Cristian Gabriel

Argentina

Un hombre descansaba en el muelle de su casa a orillas del mar, sentado cómo cada mañana podía sentir el calor que rozaba sus mejillas, el olor de ese perfume de flores que ocupaban la misma posición de siempre al igual que él, el viento que jugaba con su cabello provocando que su sombrero se deslizase por su cuerpo hasta caer en el suelo recordándole que no lo podía detener aunque quisiera, ya había tenido ese pensamiento tantas veces que dejó de importarle, dejó de preocuparse, ya no le afectaba el hecho de que su cuerpo y mente lo traicionara, que sus sentidos lo hayan abandonado.

A su lado se hallaba una mujer, no la conocía pero desde el momento en que volvió a despertar y le permitieron salir del Hospital estuvo con él, lo ayudaba en todo lo que necesitaba. —¿Te pasa algo? —Ella le pregunta. —Mientras que con una mueca él le respondía con un simple —No. —Le mentía.

Sí le pasaba algo pero no lo podía explicar, por dentro tenía nostalgia de alguien que no podía recordar, sentía la última vez que la tocó, que la besó, que la vio, su olor que tanto adoraba y lo embriagaba de amor, quería volver a verla, la extrañaba, su perfume lo atormentaba, sabía que la había perdido pero no entendía a quién ni porque tenía esos sentimientos. Cerraba los ojos, veía recuerdos, le llegaban como imágenes de una utopía ajena a él, donde no podía confiar ni en sus propios pensamientos por miedo a equivocarse.

—¿Qué me paso? —Le preguntaba a la mujer, sorprendida de verlo. —Tuviste un accidente... —contestaba. —¡No me digas! —La interrumpía. —¡Estoy postrado en esta silla como un niño de dos años, al que lo tienen que alimentar y cambiar porque no puede hacer nada de eso, te piensas que es una novedad para mi saber que tuve un accidente, crees que no me di cuenta, que soy un maldito idiota! —Tranquilízate —ella le pedía mientras lágrimas caían por su rostro —Tuviste un accidente, perdiste la memoria y por el momento no podés mover tus piernas, pero estamos haciendo lo posible para que puedas mejorar con el tiempo, solo tienes que confiar y esperar. Enojado intenta moverse agarrándose del barandal pero en el intento se cae al suelo, molesto, intenta volver a subirse en la silla pero no lo logra, la mujer se acerca para ayudarlo.

—¡No quiero tu ayuda! —Le grita, pero ella no le hace caso, se acerca y lo toma por debajo de los hombros levantándolo de frente mientras que lo apoya en su cuerpo quedando su cabeza en el hombro, lo acomoda delante de la silla y logra sentarlo, al hacerlo pudo ver como los ojos de él se llenaban de lágrimas y la miraban con sorpresa. —Pude sentir tu perfume —Dice él con la voz quebrada —¿Sos ella? —Lo mira y escucha lo que por meses esperó —Sí mi amor —responde llorando —Soy yo, me pudiste recordar.

EL HOMBRE DE LA AZOTEA

Parrilla, Ernesto Antonio
Argentina

Llueve mansamente y sin parar, llueve sin ganas pero con una infinita paciencia, como toda la vida, con malvada rutina de hombre haragán esperando siempre el mañana que nunca llega.

En la azotea descansa Ismael, los pies sobre la poltrona como tanto le disgustaba a su madre. Tiene el diario desplegado ante sus ojos, con la página abierta en el horóscopo, aunque no lee. De vez en cuando atraviesa el silencio de la habitación con una mirada fugaz hacia la ventana, solo para cerciorarse que el agua sigue cayendo.

Deja el volumen de hojas a un lado, observa el techo de aquel sucio y sombrío lugar, cuenta las telarañas y a la octava vuelve al periódico. Sus manos buscan directamente la sección de policiales. Vuelve a leer el título que ha leído hace media hora. Letras enormes de molde que equivalen a una condena. Su foto en un rincón. Su nombre en el epígrafe.

La lluvia lo encarcela de la misma manera que su pasado. Oye las pisadas de alguien subiendo las escaleras. Luego, el sonido de un plato contra el suelo. Finalmente, los pasos alejándose. Es así como sucede, cada vez. Ella ni siquiera quiere verlo. Lo protege, lo esconde, pero lo rechaza.

Así será de aquí en más, hasta que el destino lo determine. Su madre, como la lluvia, tiene infinita paciencia. Pero un día, tarde o temprano, escampará, como siempre ha sucedido.

LA FRACTURA DE SIRENIAS

Peniche Jiménez, Wilberth – México

Sirenias del Río era un pueblo fundado a relativa cercanía del valle, que a la postre brindó sus suelos para que fuera construida la mítica ciudad de Paramaribo. Los habitantes lo cuidaban con pasional orgullo y trabajaban para mejorar sus casas y fábricas multifuncionales. Se les llamaba Sirenios a los oriundos del lugar, eran de tez morena clara, cabellos profundamente negros, estatura promedio y ojos regularmente achocolatados. El único escrito que narraba los principios del tiempo de aquel sitio se encontraba en una roca a la orilla del río más cercano, contaba que los primeros habitantes habían nacido de la tierra el día que la primera lluvia salada cayó, el barro comenzó a tomar formas humanoides y cuando cesó la lluvia, una decena de personas adultas estaban sobre esos suelos, aprendieron a comunicarse y en unos días fundaron Sirenias del Río. El escrito no confesaba la razón del nombre, pero sí dejaba en claro que desde aquel día nunca volvió a caer agua salada del cielo.

Para explicar el declive y posterior derrumbe de Sirenias, hay que hablar de la llegada de un hombre peculiar. El extranjero se presentó en el pueblo un día de Abril, era el primer foráneo del cual se tenía registro en el lugar, y curiosamente dominaba la lengua inglesa al igual que los habitantes, esto dejó muchas dudas acerca de la historia no escrita de Sirenias, quizá en algún punto fue visitada por alguien que logró imponer su idioma o quizá en realidad fue fundada por ingleses perdidos después de la primera guerra. El extranjero era un hombre alto, con profundos ojos verdes y una tupida barba oscura, cargaba con muchos artilugios obtenidos en sus diferentes viajes, libros de todo tipo de ciencias, muchos cuadernos escritos y otros tantos con hojas en blanco que llenar. Su principal ocupación era escribir acerca de los lugares que visitaba, describía cada rincón de los mismos y hasta se ocupaba de anotar las historias que los pobladores le contaran, además como pasatiempo se la pasaba inventando nuevos artilugios con materia prima del lugar en cuestión. Las actividades del extranjero no eran vistas con buenos ojos por los pobladores más longevos de Sirenias, ellos decían que aquel hombre solo había llegado a perturbar la paz del lugar con sus historias de viajes fantásticos y sociedades disfuncionales.

Con toda el aura de hombre aventurero que le rodeaba había logrado capturar la atención de la mujer más bella del poblado. La mujer de los ojos negros tenía el cabello achocolatado y la mirada profunda, su caminar embriagante se atenúa con la suavidad de su voz, no existía hombre en Sirenias, en el mundo o en cualquier parte del universo que pudiera resistirse a su armonizada anatomía. Como se dictaba en la condena, él se enamoró de ella y ella se interesó por él.

Pasaron meses de gloria para el extranjero, sin embargo, a pesar de lo mucho que ayudó en el pueblo y todos los nuevos artefactos que obsequió para que la vida les fuera más fácil, aún habían personas que se incomodaban con su presencia y por si no fuera poco, el destino le tendría preparada una jugarreta cruel. En el invierno más frío que conocieron los Sirenios, una enfermedad se extendió por el lugar, era similar a la gripe pero las personas no se curaban con los remedios habituales que habían creado tiempo atrás. El extranjero les contó que en un libro de medicina que él cargaba, había leído como preparar un medicamento efectivo para la gripe europea, que aparentemente era la enfermedad viral que estaba afectando a todo el pueblo, sin embargo, aún le hacía falta agua salada para crear el medicamento, y el agua del río no le servía en lo más mínimo. Los habitantes de Sirenias le explicaron que nunca después del primer día había llovido otra vez agua salada, y la leyenda advertía que lo que les dio la vida en el principio de los tiempos, también se las podría quitar. La mujer de los ojos negros había caído inevitablemente enferma y al igual que el resto del pueblo parecía morir poco a poco, el extranjero no estaba dispuesto a perderla y trabajó días y noches enteras para inventar una especie de cohete que dentro tenía una mezcla de sodio y otros químicos, él planeó lanzar este cohete hacia las nubes y estimularlas para que cayera un compuesto de lluvia salada más medicamento y así fue. Los habitantes de Sirenias nunca habrían accedido a beber el medicamento por ellos mismos, pero en las noches lluviosas todo el pueblo salía a ducharse, él temió que la profecía se cumpliera y amarró a la muñeca de su amada un reloj descompuesto que cargaba, este era conocido como el reloj de los días eternos. A la mañana siguiente, Sirenias era un lugar desolado con grandes esculturas de barro agrietadas por el sol, las únicas voces que se escucharon ese día y los meses venideros, fueron las del extranjero y la mujer del reloj descompuesto.

CORTA FUEGOS

Petit de Meurville, Sebastián Andrés

Argentina

Esa noche su rostro no disimulaba su estado de ánimo. Si alguien lo pudiera haber visto en ese momento no lo habría reconocido. Hacía mucho frío en el despojado solar pero a él no le importaba. No sentía nada que le impidiera seguir cavando.

Como si aún tuviera la fuerza de un joven muchacho pero con la convicción de un hombre decidido continuó hincando la vieja pala en la tierra virgen. Cada vez que la pala golpeaba la tierra dura y seca el sordo golpe del metal se hacía menos audible a sus sentidos. Siguió cavando sin percibir que la tierra se resistía a sus golpes ni que la noche se había transformado en día.

Habían pasado varias horas desde que su esposa le había sugerido que ya era tiempo de que hiciera esa defensa. También habían pasado varios días desde que presentía que ya no podría evitar lo inevitable. Era su tierra y al igual que sus otros vecinos ese trabajo tenía que hacerlo personalmente.

Un aire seco y cálido comenzó a llegar hasta donde estaba. Sin dejar de cavar miró hacia el este y pudo ver con claridad que el humo gris ya formaba un alto y extenso muro que flotaba sobre luminosas llamas.

Tenía sed pero estaba tan desesperado que no le importaba. En su mente aparecían imágenes de su cómodo pasado en la ciudad donde nunca antes su familia había estado en peligro. No sentía culpa pero tampoco estaba resignado. Sabía que el fuego podría matarlos pero confiaba en que eso no pasaría si seguía cavando.

Cuando la pala se rompió se dio cuenta de que ya no podría seguir. Entonces la dejó tirada junto a la seca tierra y antes de entrar a la casa volvió a mirar ese muro gris que amenazaba con aplastarlo y le gritó como si éste pudiera oírle:

NO TE ATREVAS, NO TE TENEMOS MIEDO.

Se dirigió a la pequeña y blanca casa pero antes de entrar por la pequeña puerta de chapa recuperó los gestos que siempre lo distinguían. Su anciana esposa lo esperaba algo preocupada pero al ver su cara se tranquilizó. Se lavó las manos y juntos se sentaron frente a la vieja y gastada mesa de madera y desayunaron con tranquilidad.

LUZ Y SU LUZ

Petrillo, Mónica Susana
Argentina

Luz era una niña como todas, alegre y sensible, le gustaba escuchar cuentos pero sobre todo, jugar con su mamá.

Cierto día al anochecer, decidieron sentarse en la ventana para conversar.

Hablaron de todo, de las cosas buenas y malas que suceden en la vida, de los miedos, de la soledad, de la esperanza y del amor.

Por un instante, ambas hicieron silencio y miraron detenidamente el cielo.

La mamá entonces le dijo a la niña: —¿Ves las estrellas que especiales son?... Cada una tiene un brillo único y para siempre han de ser tu guía. Recuerda esto sobre todo en los momentos más difíciles. Cuando sientas que estés sola y que tu luz interior se va apagando, no dejes que esto suceda, ¡solo tienes que cerrar los ojos, extender tu brazo, tomar una estrella y guardarla en tu zapato! Cada una te guiará y te iluminará el camino, ¡no lo olvides hija mía!...

Al otro día, cuando la niña despertó, se dio cuenta que su mamá ya no estaba, ella se había ido al cielo donde moran las estrellas.

Luz cerró los ojos para que sus lágrimas no escaparan, pero fue inútil, todas rodaron por la cara hasta desaparecer en su vestido.

De pronto, recordó lo que la mamá le había contado la noche anterior y salió corriendo a mirar las estrellas, pero solo se encontró con el sol y un cielo limpio ni siquiera salpicado de nubes.

Se sentó en la ventana recordando a su mamá y luego, se quedó dormida.

Cuando despertó exclamó asombrada: —¡Oh, cuántas estrellas han llegado para regalarme su luz! ¡Escogeré la que más brille que sin dudas es la de mi mamá!...

Y cerró los ojos, extendió su brazo, tomó una estrella y la guardó en su zapato.

Pasaron los años y Luz creció rodeada de buenos y malos momentos, pero segura de que una luz la bañaba de amor y le guiaba el camino.

¡Esa luz tan pura, blanca y de cuatro letras se llamaba “mamá”!

En un mundo marcado por las divisiones, que nos clasifican por edad, por raza, por idioma, por región, por ideas y tantas cuestiones, he encontrado una condición maravillosa que resume el amor y que nos une: “TODOS tenemos una MADRE”.

EL SUEÑO

Pettinicchi, Horacio
Argentina

Una noche sin luna ni estrellas, una noche muda, acallada, sin el agorero aullido de los perros que lo acompañaban en la soledad de sus noches, el hombre, el hombre de agreste rostro, donde el tiempo había acumulado arrugas y sabiduría, susurraba letanías de recuerdos para saberse vivo, para seguir creyendo, para seguir soñando.

El croar de una rana trasnochada rompió el silencio, una brisa mansa se llevó las nubes y fue entonces que la vio, la vio a ella, a la mujer desnuda, la vio bailando en la desierta calle, bañada de luna, una luna cuasi roja, la vio rodeada de luciérnagas, dibujando con su cuerpo un tango tardo, con sabor a ausencias.

El tango, lerdo, se hacía más quejumbroso en el bandoneón remendado y tísico, de ronca voz.

Por la vereda de ladrillos gastados se escuchaban murmullos, tímidas voces, sigilosos y lentos pasos, el rumor de cuerpos rozando el cerco de ligustrina que rodean las casitas chatas en ese barrio obrero, de chapas rotas, de ilusiones perdidas. Sombras que se desprenden de las sombras acercándose al círculo de luminosidad que rodea a la mujer desnuda que baila y baila.

El que se asoma primero es el calesitero, con la pera de madera en la mano y la sortija que hace girar al compas del tango, luego la novia ausente que adorna sus cabellos con el resplandor de dichas pasadas, un barrilete cachuzo hecho de papel de diario, un pájaro mudo, un perro rengo, un cartonero empujando sus penas, el payaso triste que se quedó sin circo, el vendedor de biblias, el anarquista sembrador de utopías, y un botija con la cara embardunada de hollín que agita una matraca y encubre sus nadas con un saco viejo y grande, vestido al revés.

El hombre de agreste rostro e incierta memoria, que tejía historias destejiendo recuerdos desleídos por el tiempo, el hombre que los narraba con su voz color sepia, que sabía a ginebra y a tabaco negro la contemplaba, con el mismo asombro que la descubrió una noche hace muchas lunas atrás en la azul penumbra de su cuarto, la contemplaba.

Y fue entonces que él supo que aún estaba vivo, que la utopía era posible.

Saludó a sus quimeras con un lento inclinar de cabeza, y volvió a su cuarto a seguir escribiendo, a seguir soñando, a alimentar el fuego que mantiene viva la ardiente Palabra y la utopía de un mañana.

NUNCA MÁS

Piuma, Guillermo H.
Argentina

Fue un verano de shorts a cuadros cuando Carla y Nicolás se conocieron en la Costa. Él trabajaba en el balneario y ella vacacionaba con sus amigas. La casualidad de un bar anudó el encuentro, hicieron el amor entre los médanos y juraron que sería para siempre. A Carla le duró ese verano; a Nicolás, toda la vida.

Frente al mar, como cada amanecer de los últimos cuarenta años, Nicolás le dedicaba un instante de pensamiento a Carla. Casi no la recordaba, retazos de miradas, voces, posturas... Lo único que palpaba con la persistencia de la realidad era el aroma de su piel. Nicolás respiraba profundo y lanzaba el anzuelo lejos en el mar, un mar que había cruzado para enterarse en otro continente que Carla estaba casada con un español de Sevilla.

Veinte años habían pasado desde entonces sin un motivo de amor que alimentara la voluntad de vivirlos. Nicolás había superado la muerte de emborracharse sin olvido, la de preguntarse en cada cama "¿Qué estoy haciendo acá? ", la desesperación de llorar rodeado de noche y océano. Había superado todo y aunque herido, continuaba de pie.

Recogía la plomada cuando atisbó contra las luces del muelle una silueta aparecida del olvido. El mismo pelo más cano, la misma mirada en un marco de arrugas, el infinito aroma en la piel. Una voz encantadora que fue un capricho de la memoria, un mensaje de amor, arrepentimiento y nostalgia, una mano liviana que se entretejió en la suya. Una promesa de vida. Nicolás le devolvió una mirada cargada de pena. Una sonrisa lánguida se convirtió en su voz.

—No —le dijo.

REGRESO

Polchlopek, María Luz
Argentina

La barba desprolija apenas crecida y algunas arrugas al costado de sus piedras de color gris verdoso, denotaban el cansancio que recorría su cuerpo. Este se había incrementado una vez resueltos sus crucigramas y armados sus rompecabezas. Guardaba en su pijama muchas historias casi abandonadas. Anécdotas echadas a la suerte de la providencia o de manos de poker. Un par de billetes en el cajón de la mesita de luz, una cama transitada, y una memoria encerrada en un pequeño cuarto oscuro con una gran ventana.

Añoraba la tierra dejada atrás de la que se sentía dueño. Le volvía en sueños y en su vigilia para mantenerlo despierto. Cerraba los ojos y veía sus colinas, las autopistas recorridas, el clima húmedo y el gusto salado de las noches de verano. El calor en invierno, el frío del baño. Las noches en vela en un colchón maltratado. Exiliado de su felicidad la añoraba cual niño. Custodiaba todos sus colores en las palmas de sus manos. Los olores de una comarca cuidada a besos, se apoderaban de él cuando le caían los párpados. Cada rincón de su cuerpo le pedía volver a recorrer cada estación de su patria. Las noches, los días, las guerras, las banderas blancas. Los sinsabores, las sonrisas, las horas, la rutina. Las sorpresas, las fiestas, los sonidos, la desidia. Su alegría, su nerviosismo, sus lunes, sus abismos. Las rabetas, el bullicio, el nostálgico delirio.

Termina el cigarro y mira el reflejo de su fantasma en el espejo. Se acomoda en la silla junto a la maleta que nunca terminó de desempacar. Meses y meses en un rincón del cuarto. Se pasea por toda la habitación, agarra su cabeza con bronca, golpea el armario. Suspira desarmado: “Mi universo, mi polvo, mi barro... mi campo, mi suelo, mi pueblo”.

Con su dedo índice decide su mañana, con una determinación inventada. Baja la cabeza, sonríe de vergüenza, respira hondo y alza la mirada. Casi sin pensarlo marca el último número.

—Hola. —Se escucha del otro lado de la vida.

Abre su boca, esperando que el tartamudeo se deje vencer.

—Por favor dime, como hice para quedar tan desterrado de ti mujer...

HUMUKENA

Pomponio, Juan
Argentina

Un hombre que portaba un sombrero de paja caminaba por un sendero cortando la profundidad de cerros azules. En su rostro barbudo y anguloso se notaba el cansancio de trajar caminos. En la aldea de Humukena, donde sabios campesinos habían desarrollado por intermedio de diversos injertos, una clase de planta que daba como frutos, bombillos eléctricos que luego de ser recolectados eran utilizados para iluminar la comarca. Al llegar frente a un campesino que araba la tierra con una yunta de bueyes. Le hablo:

—Busco a Muela de Gallo.

—¡Soo! —gritó el campesino frenando los animales. Lanzó un eructo y le respondió. — Seguro anda destilando sus pociones. Vive allí —dijo señalando una casa con tejas negras.

El hombre se quitó el sombrero, saludó al agricultor y se marchó hacia la casa. Luego de andar unas cuadras alcanzó una puerta de madera. Golpeó el dragón plateado que tenía como aldaba y esperó unos segundos. De pronto se le apareció un anciano que flotaba, se encontraba descalzo y solo portaba unos harapos.

—Hace mil años que lo esperaba. —Dijo Muela de Gallo. —Pasa.

El hombre del sombrero ingresó y sintió la presencia de seres luminosos. En el cuarto vio botellas de cristal, tubos de ensayo, botellones de arcilla etiquetados, y afuera, bajo un mango frondoso, reconoció un viejo alambique. Muela de Gallo lo llamó. De un arcón tallado en madera extrajo una botella de color dorado. Se la entregó.

—Solo funciona si se comparte —le dijo mirándolo con ojos sin tiempo.

—¿Qué es?

—El elixir de la felicidad.

HOMEOSTASIS

Posorski, Bárbara
Argentina

Frente a frente se miraban a los ojos en silencio, sin moverse, pero él bajó la vista. Los recuerdos brotaban en su mente como gotas de sangre que se desprenden de una herida abierta. Y allí estaba su herida, frente a él, y allí también la sangre en las lágrimas que liberaban esos ojos azules. ¿Cómo poder mirarlos? ¿Quién podría? Se dio media vuelta y pisando sobre sus huellas, aquellas que al marcar en el piso imaginó que harían alguna diferencia, volvióse hacia la puerta abriéndola de par en par. El sol ingresaba a la habitación como un invitado sin invitación, pero que no desentonaba con el resto de los presentes. Como quien saluda a un desconocido cruzose el umbral, y esos pocos metros de distancia representaban ahora, una nueva realidad. Evaporase entonces las lágrimas del rostro de ella como se desaparecen aquellos recuerdos que preferimos olvidar, y quedose allí parada, inmóvil, latiendo en su nueva realidad.

COMPARTIENDO SOLEDADES

Ramos Ortiz, Maite
Puerto Rico

Esta es la historia de un chico que conoció a una chica. En realidad, esto comenzó desde antes de que se conocieran, cuando compartían soledades, inconscientes cada uno de la existencia del otro.

Habían experimentado la felicidad, o al menos eso a lo que la gente llama felicidad. Pero la muerte les arrebató al ser amado con el que hubieran esperado compartir la vida. Ambos murieron en accidentes automovilísticos en extremos opuestos de un continente y, desde entonces, cada uno vagó como sombra que huye de la luz que trae consigo el vivir.

Sin embargo, esto no es una historia triste. Digamos que se trata de la tormenta antes de la tranquilidad. Todos pasamos por una noche oscura del alma y ellos no podían ser la excepción. Él, por ejemplo, se preguntaba el por qué; ella pensó que también había muerto. Por sus cabezas dieron vueltas miles de interrogantes: ¿qué hubieran podido hacer para evitarlo?, ¿cómo hubieran sido sus vidas si no se hubiese cumplido eso de “hasta que la muerte los separe”?, ¿por qué cada uno de ellos continuaba vivo?, ¿en algún momento dejarían de sentirse tan solos?

Dicen que el tiempo lo cura todo y es cierto, porque un día la vida se dio cuenta de que ya era hora de que sus soledades se acompañaran. Fue así como en medio del bochorno de una tarde de febrero, un cierto chico abrió la puerta que da a la calle, luego de que le sirvieran una taza de café demasiado caliente, y en vez de encontrar la brisa que buscaba, vio a una cierta chica que pasaba por la acera de enfrente. Nunca supo qué le atrajo, pero observó su caminar pausado hasta que la perdió de vista y pensó que había dejado pasar su oportunidad para conocerla.

Pero ya dije que esta historia no es triste. Él la buscó, la encontró, la conoció y ella, sin saber exactamente qué la atrajo, pensó que la vida le estaba dando otra oportunidad y la aprovechó. Por supuesto que vivieron felices para siempre dentro de lo que se puede con tres hijos, dos perros, un gato, una hipoteca, muchas cuentas y un auto familiar.

Como el amor convierte a las personas en tontas, nunca se percataron de que cuando el chico conoció a la chica, eso que los atrajo eran las soledades que compartían.

PASIÓN

Ramos, Gustavo César

Argentina

Son las 14:35 h, invierno, el televisor anuncia el día más frío del año, la estufa al máximo lucha para poder dar un poco de calor, la espalda de Diego ya no soporta más el abrazo del sillón, siente su columna vertebral con la misma forma del respaldo. Él está nervioso, su pierna repiqueteando el parquet como un martillo neumático lo delata.

—Diego levántate, mirá —dijo ella pegada a la ventana del comedor.

—Ya voy —dijo Diego protestando, no le gustaba que le dijeran que hacer.

Afuera se escuchaba un murmullo, un pequeño martilleo, monótono, familiar.

—¿No es hermoso?

—¿Qué cosa? No veo nada —dijo sin mirar Diego.

—Es aguanieve, cuántos recuerdos —suspiró Susana.

Afuera la calle palidecía, los árboles, con sus pocas hojas, acopiaban nieve disfrazándose de árboles de navidad.

—Sí, es muy lindo —dijo Diego, mientras miraba su reloj de reojo, no quería discutir, no era el momento, no ahora.

No había nadie en la calle, no se escuchaba ni un solo ruido, solo la naturaleza con su música. El pavimento parecía una cama de hospital, blanco inmaculado.

—¿Ves el sol? Lo ves allá al final de la calle, redondo, perfecto —le dijo Susana.

—Desde acá no, haceme un lugar.

—¿Ahora lo ves? —le dijo Susana.

—Sí, es muy hermoso.

Se sintieron unos pasos a ritmo de trote que venían de afuera, ruido que era generado por varias personas, acompañados de gritos, risas y rebotes de pelota, se escucharon unos cuantos “dale flaco pasámela” otros “tomá amargo, pateala”, “horrible, burro”, todo esto sacó de su letargo a Diego, se alejó de la ventana, con la mejor sonrisa, perfectamente fabricada, le dio un beso en la mejilla a Susana, se estiró y camino solo unos pasos para dejarse caer una vez más en su sillón. El partido empezaba a las tres en punto, faltaban solo cinco minutos para el pitido inicial, Diego no quería discutir, no ahora.

—Cuántos recuerdos —Dijo Diego mientras subía el volumen del T.V.

GUAPO

Retamar, Juan José
Argentina

Moraba en un prestigiado club hípico situado a unas cinco leguas al norte de la ciudad de Buenos Aires. Sí, era un magnífico alazán de unos tres años dotado de sutiles aires, cuya alzada casi alcanzaba un metro con ochenta centímetros. No vacilaba ante ningún obstáculo. A campo traviesa corría y saltaba como el mejor, y va de suyo que en las pistas provocaba celos en sus contendientes. Con pujanza y coraje superaba troncos, alambradas y marismas sin pestañear. Sí, de allí su nombre: Guapo.

Cuando su amo lo convocaba con un silbo, contestaba con un relincho y, al instante, con la cabeza y la cola en alto, en son de contentura y con pausados y aristocráticos retozos se acercaba desplegando y luciendo sus crines que, cual un alarde, lanzaba al viento. Al presentarse ante su amo, al mismo tiempo que “runroneaba” a manera de saludo, bajaba la cabeza en busca de esa caricia y de esa ración de azúcar... que aquel siempre le prodigaba.

Así las cosas, un año más tarde, motivos de trabajo desarraigaron a su amo por unos meses. La distancia, que era larga, prolongaría la separación... Aunque su amo, antes de partir, le balbuceó al oído: “Volveré por vos”; Guapo, al parecer, no creyó que esas palabras de consolación salían del corazón de su amo... Vagó suelto y solitario en el campo de pastoreo, ajeno a la compañía de sus congéneres; y cuando lo metieron en un box, se angustió aún más. Claro, allí se sintió prisionero y sin destino, y al no contemplar los crepúsculos que le marcaban el paso del tiempo, que era su consuelo, ya no volvió a imaginar el reencuentro con su patrón.

Una oscura y neblinosa noche de otoño, Guapo vulneró la tranca del box... o los caballerizos lo descuidaron... Pasó delante de la guardia, cuyos vigiladores soñaban con el momento del relevo... o, tal vez, sostenían una partida de naipes... Así, Guapo ganó la ruta, contento, creyendo seguramente que a poco andar su sigiloso galope lo alejaba de la prisión y, a lo mejor, lo reuniría con su amo. Sin embargo, algunos kilómetros más adelante, y mucho antes de clarear el alba, la alegre y anhelante galopada de Guapo, sin voluntad ninguna, se detuvo... En ese mismo instante, y muy lejos de allí, un relincho de doloroso adiós, interrumpió el sueño de su amo...

UNA HISTORIA EN MOVIMIENTO

Rivera Pinilla, Lucila
Colombia

Tengo que aceptar que fue un placer encontrar la única silla que sobraba al subirme al bus, tener que sentir debajo de mis pies el andar de las llantas durante 20 minutos no era la opción que estuviese dentro de mis preferencias, sobre todo con el hecho de llevar horas recorriendo las escaleras de aquella instalación que no iba del todo con mi gusto por la arquitectura. Era natural que me atenia a cosas inigualables en ese momento, inigualables para cualquiera que supiese observar detenidamente las características de la mayoría de las personas que estaban en ese lugar y distinguiera que no era normal ver a un señor recostado contra el espaldar de la silla, poniendo sus piernas en un bulto de papa pastusa, tarareando versos en medio de suspiros con una bolsa de pan en las manos y en la otra un lindo canario de color amarillo encerrado en una jaula acompañándolo en su melodía; o que se viera a cada instante por la puerta del bus la cabeza de un joven avisando al conductor el momento de arrancar y volver a parar cada vez que un nuevo integrante de ese instante, sin saberlo, se hacía partícipe de una secuencia de hechos poco comunes.

Yo mientras tanto, decidida a concentrarme en mis asuntos, fui planeando los pensamientos que me incumbían y en medio de una tarde soleada, calurosa y con un poco de brisa que llegaba a mi cara por medio del ventanal y se hacía más constante al aumentar la velocidad, conté los 101 árboles que le hacían falta a cada lugar para ser lo que habían sido, y al igual que el señor situado en la parte delantera que me picó el ojo, reí sin darme cuenta que el acto que hacía, alguien más lo estaba recibiendo como si fuera para él o ella y a su vez aquella persona que recibió mi sonrisa, dando una palmada hizo entender a la señora de al lado que le había hecho gracia la caída de su hija al intentar pararse de la silla.

Sin más maneras para demostrar mi emoción que una carcajada, abrí el maletín que llevaba, saqué el monedero enredado por el resto de pertenencias y dispuesta a pagar el placentero viaje a aquel muchacho de la cabeza por fuera, vi que no me cobraba las monedas que usualmente pagaba siempre al hacer recorrido; espere 10 minutos pensando lo que debía hacer, si pagarle o hacerme la loca, y finalmente decidí con un pie fuera del bus y con el otro aún dentro, ponerle en sus manos los mil pesos que me costó tan majestuoso momento.

FLORES DE ARENA

Rodríguez Cordo, María Jesús
España

Giusy mira el calendario con sus ojos grandes y marrones y sabe perfectamente el día que volverá, justo antes de su cumpleaños, en la primavera.

Las niñas esperan con impaciencia ese día en que la puerta se abra y aparezca.

“Cuando se fue, la luz del sol entró tan fuerte que hizo un dibujo con el cuerpo de papá convirtiéndolo en una silueta”.

El cuarto de Giusy y su hermana Gia tiene las paredes pintadas de color azul con pequeñas flores salpicadas. En ese reducido mundo de flores blancas la niña mayor lleva una corona encima de su cabeza mientras la menor duerme.

A veces piensa Giusy que todo es muy raro: los sonidos que se escuchan cuando sumerge la cabeza en el agua, su reflejo distorsionado en un espejo cóncavo, el tiempo. Recuerda el verano cálido cuando le salió en la barriguita un lunar que tiene forma de luna o cómo ronroneaba el gato viejo y cansado de aquel calor.

Ahora en las ventanas solo se ve la niebla del invierno. Es oscura y fría. Pequeñas gotas se quedan presas en el cristal: —¡Lluvia lluvia! —dice su hermana mientras ve llover desde la cocina. Y lo mismo repite Giusy mientras mami tiene lluvia en sus ojos.

El invierno es largo y sus días cortos.

El desierto en el que está su padre es basto y soplan vientos que lo cubren todo de color arena. Allá en el desierto las flores son frágiles y pequeñas.

Y al mirarlas, se acuerda de ellas.

EL SOBRE

Rodríguez Moreno, María Isabel
Chile

Caminé hasta la segunda cuadra de mi departamento. Algo me dijo que no entrara, pasaron cuatro horas hasta que todo al parecer estaba bien, pero noté que había un sobre encima de la mesita de entrada, no lo había visto antes allí, pero no le di importancia.

Comencé a trabajar en mi novela, pero no estaba concentrado. Pensaba en mi novia que estaba en clases todavía. Algo no estaba bien, pero dejé de pensar en aquello.

Volví al computador y a mi novela. Escribía muy rápidamente como si alguien me apurara y de hecho tenía que terminarla para fin de mes porque mi editor me apuraba para revisarla.

Terminé unos capítulos y me fui a preparar un café para poder despejarme, estaba muy cansado. Me tendí en el sofá y me quedé dormido.

Desperté con un sobresalto. Miré y el sobre cerrado estaba allí. Lo abrí y me perturbé, decía: “no lo lograrás si no te apuras”, no estaba firmada.

Pensaba en mi novela, me faltaba mucho todavía. Me senté nuevamente y seguí escribiendo, pero no con ese placer de contar una historia, sino que con el apuro de un hombre sin tiempo.

Necesité de muchos cafés para poder avanzar y no quedarme dormido, pero no había caso mi cabeza caía rendida en el escritorio.

Siempre había sido una repetición en mi vida el sueño, las pesadillas, los sobresaltos, a pesar de mis responsabilidades. Estaba inquieto, entonces volví a leer la carta y había una frase que no había leído, “no podrás alcanzar a rescatarla”.

A UN CLICK

Romero, Marcelo

Chile

Fue en el aeropuerto de Madrid, mi vuelo se había retrasado por mal tiempo y solo restaba quemar la espera en la cafetería del terminal; saldríamos en un par de horas.

Laura trabajaba como traductora para una editorial española. Poseía un encanto para esa labor, según sus editores. Aunque ella lo hacía por el dinero, el trabajo le daba cierta independencia económica, y la posibilidad de solventar su verdadera pasión: la fotografía.

Esta afición que comenzara como la de cualquier turista, fotografiando las ciudades que visitaba y sus lugares típicos, hasta que el interés se volviera hacia las personas que llegaban y salían de los aeropuertos, los rostros se multiplicaban en una experiencia infinita; condición que propiciara que nos conociéramos. Yo bebía un café, junto a un libro de Auster, autor que ella admiraba, cuando un flash llamó mi atención.

—¿Y qué haces tú? —preguntó curiosa.

—Trabajo para una importadora de telas, importamos de todo el mundo para Chile.

—¡Chile! —exclamó, con un cierto dejo de algo inalcanzable.

—¿Lo conoces?

—Solo en fotografías.

—Pero tú eres Chilena.

—De padres Chilenos, sueca de nacimiento.

—¿Qué fue lo que pasó?

—La dictadura. Como muchos, mis padres salieron del país exiliándose en Suecia. Soy la menor de tres hermanos, la única sueca.

—Y no has intentado viajar a Chile, conocer tu pasado, buscar familiares.

—No podría, aunque quisiera —se excusó. —Mi apellido me traería más de alguna complicación. Mi padre no salió de muy buena manera del país, comprenderás las implicancias.

—Pero estamos en democracia, hace años.

—Para el resto del mundo, quizás. Para los que vivieron ese periodo, es más difícil olvidar. Prefiero no tentar al destino, abriendo viejas heridas.

Estábamos en eso, cuando por los altavoces anunciaban la partida de mi vuelo, y ante la inminente posibilidad de no volver a verla nunca más, me atreví a preguntar.

—Pero dime ¿qué harás el próximo mes?

—Ahora viajo a Suecia por trabajo, llegaré por la mañana. Según la sobrecarga, hará algo de frío al llegar. El invierno que se niega a dejarnos sin luchar, señaló. Según Laura, la primavera es hermosa en este lugar del mundo. Ella me estará esperando a mi llegada a Estocolmo, y saben, creo que también me gustará Suecia y su gente.

LA SONRISA

Romero, Plácido
España

Al principio fue una recomendación: la directora de negociado pedía a los funcionarios que atendían al público que dibujaran en su rostro una sonrisa. “El usuario responderá con una sonrisa a tu sonrisa”, rezaban los carteles que colocaron por todos lados.

Unos meses después, lo que se recomendaba comenzó a ser obligatorio: había que atender al público con una sonrisa. No importaba que el usuario zarandeara o insultara al funcionario cuando este le pedía que terminara de rellenar un impreso o le indicaba amablemente que le faltaba una fotocopia. Había que estar siempre sonriente. “Dibuja una sonrisa en tu rostro y acabarán agradeciéndotelo”. Desde luego, el jefe de personal, el malévolo Cenci, quedó encargado de vigilar el cumplimiento de la norma.

Mis compañeros de la planta baja no tuvieron otra que obedecer la nueva ordenanza. Fregonese me dijo que Sandrini había llevado su profesionalidad al límite: mantuvo su sonrisa hasta el final. Cuando se lo llevaba la ambulancia, todavía sonreía.

No sé si eso es cierto. No vi a Sandrini. Trabajo en la primera planta, lejos del público. Trascurren las horas sin que vea a nadie. Solo Fregonese se acerca de vez en cuando a mi cubículo para añadir más expedientes a la montaña que se acumula en mi mesa. Paso mi jornada solo, rodeado de cuatro paredes de cartón. Escucho a los demás, pero no les veo. Por eso, cuando desde la Dirección General llegó la orden de que todos los funcionarios debíamos estar siempre sonrientes, no hice ningún caso. Pensé que, como nadie me veía, a nadie le importaba si estaba sonriente o serio.

La primera multa no tardó en llegar. Cenci se acercó por detrás y me recriminó por no sonreír. “Es tu obligación”, me ladró. Dos días después me puso una segunda multa. Esta vez me pilló en el lavabo, tratando de... Bueno, ya saben, en una postura que invita poco a la risa.

Ahora paso las ocho horas de mi jornada con una sonrisa dibujada en mi rostro. Es doloroso. No logro concentrarme. Me cuesta mucho más hacer que avance el trabajo. Siempre intentando sonreír. Tal vez siga el consejo de Fregonese: hay una clínica de estética en el centro que fabrica magníficas sonrisas. Él lo tiene fácil: siempre ha sido muy risueño.

MI HERMANO

Rosales Acuña, Rita
España

Tenía seis años cuando le pusieron el parche en el ojo derecho. Le daba vergüenza salir a la calle con él. Sabía que los demás niños se reirían de ella.

Lloró y lloró para que no se lo mandasen poner, pero fue inútil; era por su bien.

La primera vez que se lo vieron fue en el colegio y pronto todos comenzaron a reírse de ella. Llegó a casa con un disgusto inmenso. No lo volvería a poner, dijese lo que dijese.

Su hermano, cinco años mayor que ella, se dio cuenta del gran problema que suponía este proceso para ella, así que decidió tomar cartas en el asunto.

—Dame el parche —le dijo. —Te lo voy a pintar tan chulo que todos querrán tener uno igual.

Comenzó a pintar con un rotulador negro en el reverso, cuando terminó se lo dio y le dijo:

—Pégatelo, ahora vamos al parque, ya verás lo que ocurre.

Se fueron juntos, la niña preocupada, él con sus once años muy seguro.

Nada más llegar al recinto comenzaron a acercarse niños y niñas que ni conocía. Sus caras eran de admiración.

—¡Que chulo!, ¡yo quiero uno!; decían los nuevos amigos.

La niña no comprendía nada, el mundo se había vuelto del revés. ¿Qué tendría dibujado en el reverso del parche para que todos reaccionaran así?

Cuando volvieron a casa, después de dos horas de juegos y risas, se lo quitó y con curiosidad y asombro vio que el dibujo era una pequeña calavera con dos huecillos que la cruzaba y arriba, a la izquierda, una bandera negra.

—¡Era una niña pirata, que emocionante!

Y así fue como su hermano mayor, todos los días cumplía con su tarea de dibujante y colmaba de alegría y orgullo a su hermana.

FANTASÍA

Rossi, Silvia
Argentina

...Claro de Luna... el 1er movimiento colma la habitación en penumbras... recorre como una caricia envolvente sus oídos, su cuerpo todo... La voluptuosa sensación de que todo ese sonido es solo suyo, y fuera de ella solamente los ruiditos rutinarios de la casa reptan la noche, la apacigua... Antes, leía al acostarse, pero la lectura era solo un goteo y el menor sonido ajeno la sacaba del libro... La música, en cambio, es un torrente, nadie la rapta de ahí... sabe que en breve y envuelta en la telaraña entretejida con los hilos invisibles de las notas, sutilmente prisionera, se entregará al sueño... En el sueño hay una tregua, se navega en aguas cristalinas y tibias... con movimientos suaves y armónicos, sin dolor, sin tiempo, sin edad, sin apuro...

Ella está sola, eso le pesa, la inquieta, él le cede su presencia solo a través de las palabras, ella quiere lo demás: sus latidos, sus preocupaciones, sus sueños, sus manos de tocar otras anatomías... Sabe que no es posible pero insiste, el pensamiento es capaz de transportar imágenes y sueños, lo provoca... Con su pequeño manojito hecho de ilusión, se mete entre las sábanas, sabe que los pétalos se dispersarán sobre la alfombra cuando se duerma. Aprieta fuerte los párpados y ya ve solo estrellitas que la invaden, brillan, titilan y se desvanecen... Su cuerpo no logra relajarse, insomne, crispado, preparado para una batalla que no ocurrirá, la sumerge en esa fantasía, la hace desandar las horas vividas... por fuera es silencio, por dentro es música. Y por la música va al jardín de madrugada, se siente joven y bella, el mundo se acurruca en esa música y le pertenece...

Espera la llegada del hombre que no pone más que la voz en las palabras, ya no le duele, ella ha logrado en esa fantasía cazar al ausente, lo rescata de su lejano hábitat y se pasea con él cuando la música diluvia, aferrada a él cuando la música diluvia, sostenida por él cuando la música diluvia... Otra cosa no la inquieta, cree que para esas pocas horas estaba hecha la vida...

Y entonces, se duerme...

Sutil.

EL CALDÉN

Salas Dapino, Víctor
Perú/Argentina

Sin ninguna indicación del jinete, el caballo dirigió su paso cansino hacia el árbol y se detuvo a pocos metros de él. La simbiosis lograda después de tantas leguas de marcha ordenaba un descanso. El gaucho desmontó. Con la brida en la mano miró a su alrededor buscando un lugar, que no fuera el tronco, para atar el potro. Esa escasa sombra la quería para él. Un desierto áspero, sin protuberancias, acompañó su mirada. Era la misma pampa que venían cruzando sin encontrar reparo. Optó por una manea. Con las manos a la altura de los riñones, el hombre se estiró mirando al cielo, tratando de llevar algo de alivio a su cuerpo cansado. Después, sus ojos buscaron un sector donde el árbol le sirviera de mejor escudo para evitar la inclemencia del sol y... se tendió a descansar. El suelo repetía, en tenues dibujos reverberantes, las esqueléticas ramas. Al caldén no le quedaba una sola hoja. Tampoco estaban caídas a su alrededor. Luchador solo en medio de la pampa, se había enfrentado sin ayuda ni compañía a vientos y tormentas. A soles y heladas. Pero permanecía de pie, enhiesto en su soledad, héroe en su sacrificio.

Los ojos entrecerrados del gaucho vieron al ave negra que, después de planear, se posó en una de las ramas. Pico corvo. Garras fuertes. Mirada aviesa. Un amargo rictus se dibujó en el rostro curtido al suponer la frustración del predador. No. Todavía estaba vivo. No era presa para él.

Cuando la sombra ya se escondía bajo las raíces, el hombre se incorporó y tomó un sorbo de agua. Tras meditarlo un momento, vertió otro en el tronco. Mezcla de superstición y solidaridad, agradeciendo el cobijo, mientras decía en un remedo de oración: "Tomá un trago compañero. Nos tocó una vida dura. Nos doblegamos algunas veces, pero... como vos... nunca nos quebraremos".

El jinete se dirigió a su montura y partió. Unos minutos al trote, como para calentar los músculos, después con el paso cansino de siempre. Con la resignación de quien sabe que no va a alcanzar el horizonte.

El ave, espantada por los movimientos, había emprendido vuelo hacia otro lado, siempre en busca de alimento. Primero fuertes aleteadas para tomar altura. Después, un planeo interminable mientras su sombra la seguía reptando por el suelo. El árbol quedó quieto, afirmado en sus raíces. Compartiendo su soledad con el páramo.

Tres solitarios continuaban luchando contra el destino. Cada uno a su manera.

EL ASTRONAUTA

Salesky, Gonzalo

Argentina

Tal vez si pudiera escribir algo bueno, estaría en otro lugar. Con un gran escritorio de madera. De roble, quizá de ébano. Un jarrón caro, lleno de flores regaladas por alguien a quien le importe de verdad. Una ventana abierta. Un jardín. Y un camino de piedras que me lleve a la entrada. Una cerca de madera, pintada de blanco.

Bebo un trago directamente desde la botella. Vuelvo a esconderla entre mi ropa. Paso las hojas hacia atrás. Y releo. Trato de descubrir nuevos sentidos en el papel, en lo que escribo con lápiz. En las frases que sueño. En los textos amargos de cada madrugada.

Creo que es cierto lo que siempre escuché. No se puede sacar nada de adentro si el corazón no sufre. Si el alma no trata de escaparse a otro rincón. Si no busca un refugio, una coraza donde no se sienta sola, lastimada o herida por el mundo más cercano.

Cambio de postura. Mi silla es pequeña, como todo lo demás. Hace que mi espalda duela a la altura del estómago. He pedido una más cómoda, pero no creo que la consigan. No les interesa cómo me encuentro, no les interesa nada de mí. De lo que tengo, nada les sirve. Ni les alcanza, ni les basta.

Trato de no fumar para no llamar la atención ni despertar a nadie. Pero moriría de placer si tuviera un cigarrillo entre mis labios. Sí, el humo me llenaba. Me podía. Sé que es una forma más de contaminar mis sentidos, de apabullarlos. De llenarme de veneno y forzarme a devolver algo mejor.

Igual que muchas otras veces, sonrío. Solo, como un loco. Cuando imagino que mi vida sería igual de vana y patética si me encontrara en una nave espacial, volando durante años hacia un lugar desconocido. Repitiendo cada día los mismos procedimientos con muy pocas variantes. Sabiendo que nada de lo que haga hoy, el mes que viene o dentro de cinco años, puede cambiar mi rumbo o mi destino. Mirando siempre el mismo paisaje por la escotilla, si es que así se llama la pequeña abertura donde se puede ver el espacio exterior. Tampoco llevaría la cuenta de las horas que vivo. Ni me importaría saber si existe algo más allá del almanaque o los relojes. Daría lo mismo.

Mis compañeros siguen siendo el lápiz y el papel. Mi aliada, la botella. Mi cómplice, el silencio. Por mucho tiempo más.

La reja vuelve a cerrarse y como cada noche, los guardias apagan la luz. Dejo de imaginar mi viaje intergaláctico y me recuesto en mi cama, boca arriba.

Beso la foto en la pared. Y les pido a todos mis dioses que me ayuden a recordar cómo es la libertad. Aunque sea en mis sueños.

EL PASILLO DEL OLVIDO

Salica, Juan Daniel

Argentina

Según cuentan, al final de ese largo corredor, existía un tesoro protegido por el Dios de las Puertas; el cual hacía una sola pregunta y al que se podía ver en una sola oportunidad, un único encuentro posible con el protector. Jamás habían podido contestar, porque al llegar ahí olvidaban hasta sus nombres.

Octasius desconoció las advertencias, decidió entrar en el pasillo apenas comenzada la noche, sin embargo, antes tomó sus recaudos. Reforzó su memoria con un preparado que le había enseñado un viejo mago de Arkadina. Ingresó en la oscuridad con una antorcha en la mano. Caminó y se encontró con una primera puerta, estaba cerrada, pero la llave colgaba de una de las paredes. La tomó, la introdujo en la cerradura y la hizo girar con fuerza, la puerta se abrió de golpe. Utilizó la antorcha como una lanza para quemar las telarañas. Miró el color apagado de las paredes y eran dos espacios vacíos que buscaban apoderarse de él. Preocupado en no olvidar mencionó: “La aldea Celértica. Ahí viví los primeros años, lo recuerdo bien, y la conquista del norte y...” A medida que avanzaba en el pasillo siguió internándose en situaciones de su vida, lo hacía en voz alta, dando a conocer su presencia y dominando en su mente las imágenes que se habían resistido en un primer momento. Imaginó la riqueza al final, esperándolo. Pero también pensaba en la única oportunidad que tenía de ver al Dios. Mientras seguía caminando gritó su nombre repetidas veces. De pronto, los ojos se le abrieron como hambrientos en la poca luz que dejaba ver la última puerta, parecía estar hecha de oro.

El Dios se apareció por detrás del intruso. En las manos traía un códice en el que se registraba toda la vida de Octasius, lo miró fijo y le preguntó:

—¿Cuál fue el lugar de tu primera batalla ganada?

—El campo de Leartes —contestó sin dudar.

El Dios cerró el códice y le dijo:

—Muy bien, es así. Cuando salgas de este pasillo olvidarás todo lo que viste. Ahora tienes el derecho a llevarte una parte del tesoro, puedes pasar. En este sitio una llave abre todas las puertas, espero que no las hayas olvidado.

LA ESTRELLA

Sandoval, Jaime
México

—¿A dónde van las personas al morir? —preguntó a su madre la pequeña niña.

—Al cielo, mi hermosa, a brillar con luz propia y a indicarnos el camino que debemos seguir en nuestros momentos más difíciles —respondió la madre sin titubear.

—Y, ¿no se caen de allá arriba?

—No, mi niña, las sostienen el recuerdo que tenemos de ellas.

—Y, ¿no tienen miedo de estar solitas?

—No están solas, las esperan con los brazos abiertos todos los seres queridos que han partido antes.

—Y, ¿su luz no se apaga?

—No, mi pequeña, porque su luz se alimenta de una fuente inagotable: el Amor.

—Y, ¿te duele cuando partes?

—No, mi princesa, es como cuando cierras tus ojitos y comienzas a soñar con cosas hermosas.

La niña apretó débilmente la mano de su madre y cerró sus ojos complacida; poco a poco su cuerpo se fue relajando hasta que se soltó por completo. La madre con un dolor en su corazón miró al doctor con gran angustia; este, mirando los aparatos, negó con impotencia.

—Duerme ya, mi tesoro, cierra tus ojitos para que puedas descansar y puedas llegar a ese reino en el que se viven las ilusiones y se cumplen los anhelos, donde no hay tristeza ni dolor y en el cual gozarás de una paz infinita —con llanto en los ojos, la madre terminó de cerrar los ojos de su niña y un tierno beso dejó en su mejilla.

Esa noche la niña cerró sus lindos ojos para no abrirlos más; su pequeño corazón dejó de latir lentamente, hasta que no se escuchó su rítmico palpitar; con una sonrisa dibujada en el rostro se dejó llevar tranquila hacia ese bello lugar del que le habían hablado. Una nueva estrella surgió en el firmamento, iluminando cariñosamente a sus seres queridos.

MIENTRAS CAE LA LLOVIZNA...

Sayen
Argentina

Son las 21. Noche oscura. La luna cubierta por nubes. No ilumina con su luz de plata.

Cae la llovizna en este frío e incipiente invierno.

Por la acera se escuchan pasos apresurados de rezagados a sus hogares.

Luego otra vez el silencio.

Darío se acerca a la ventana. Mira a través de la celosía, no cerrada totalmente.

Observa cómo cae la fina llovizna y el suave movimiento de la farola.

Su tenue luz transforma el ambiente.

Cree ver a la distancia una figura de mujer. Camina lentamente, como teniendo todo el tiempo, sin importarle que sus largos y rubios cabellos de mojen y su delicada ropa se pegue a su cuerpo.

Camina midiendo cada paso.

No es una ilusión lo que ve. Es una mujer. Nunca la había visto antes.

Percibe fragancia de violetas.

Se acerca cada vez más. Puede sentir su presencia.

Ella se detiene frente a su ventana. Cree que lo mira...

Darío aprieta fuertemente sus pupilas. Al abrirlas, la ve cruzar la calle, saltando los pequeños charcos que se han formado. Va descalza. Sus pies desnudos parecen no sufrir las piedrecitas de la calle, ni tener frío.

Oye que canta una bella melodía. Al llegar a la acera, se da vuelta y mira hacia la ventana de Darío. Lleva una mano muy blanca a su boca y le envía un beso, soplando el cuenco de su mano.

Desaparece, ante los atónicos ojos de Darío.

Ilusión o verdad de su vida en soledad, en esta noche fría, mientras cae la llovizna.

CORAJE PRUDENTE

Schulz, Noelia
Argentina

Lo sabía. Aun antes de levantarse esa mañana. Lo sabía mientras arrastraba con pesadez sus pies hasta la ducha y mientras desayunaba en silencio, reuniendo argumentos en su cabeza. Y también cuando finalmente se puso el abrigo y salió a la calle, soportando con estoicismo la helada invernal. Lo sabía en el metro, aprisionado entre los cuerpos igualmente malhumorados de cientos de oficinistas. Lo sabía en el momento en que atravesó las cuatro calles que separaban la estación de su trabajo. Y cuando finalmente cruzó la entrada y saludó con un gesto desganado a la recepcionista cadavérica. Lo sabía al colocar el código de ingreso, pisar la alfombra dudosamente aseada y caminar hasta la puerta de la oficina del gerente. Lo sabía al sentarse en la silla frente al escritorio principal, observando con odio los adornos pomposos, los portarretratos dorados llenos de sonrisas falsas y las cortinas pasadas de moda. Y claramente lo sabía cuando le dijo que era una excusa de ser humano. Que sus hijos eran crías de una especie demoníaca en extinción, cruce de Satán con rata alcantarilla. Que los únicos valores que conocía eran los de la Bolsa.

Lo sabía mientras que, con ingenio desmedido, se reía sin piedad y lo llamaba ególatra, poca cosa e infeliz. Y cuando le aulló con sarcasmo que se iban a hundir, él y todos sus súbditos, junto a esa empresa infame de capitales fantasmas. Lo sabía al pronunciar cada uno de los cuatrocientos improperios que había repasado durante tanto tiempo en su mente. Lo sabía cuando se paró de un respingo y salió, triunfante, la cabeza en alto y el alma en paz. Lo sabía. Eran las 8 de la mañana y la oficina estaba vacía. Y su jefe estaba de vacaciones en Disney.

LUCÍA Y ÉL

Semiramis Barces

España

A Lucía le gustaban los rituales. Los sentía como extensiones de su propia personalidad que lo convertían todo en un arte más complejo de hacer las cosas. Por eso, todo, incluso lo más sencillo cobraba sentido. Le gustaba llamarlos rituales, pero en el fondo sabía que era un poco maniática. Ese era un debate que nunca lograba ganar contra su psiquiatra. Pero ¿qué sabía su psiquiatra?... Nada, obviamente. Era un ser sin vida, frío, a la sombra de sus enormes gafas de pasta, sentado ahí, mirando la nada. Sabía que no la escuchaba cuando hablaba. Estaba segura. Algún día lo comprobaría y justo entonces ganaría la lucha. Como cada día, en su horario mental todo se cumplía escrupulosamente. Era viernes, día de caza con sus amigas. No le gustaba cazar, nunca lo hacía. Solía fingir interés pero no le interesaba nadie. Ninguno podía entrar en ella. Un par de veces en su vida lo intentó con ganas, incluso llegó a pensar que había sentido amor. No fue así. Las personas no solían entender lo delicado que era el equilibrio. Llegaban siempre como efusivos terremotos, desestabilizándolo todo. Ella tenía tiempo para el caos ejemplo era la noche de caza, sin embargo si se dejaba llevar por el caos sabía que todo se hundiría. Esa noche se vistió, se maquilló, se arregló el pelo, las uñas y se convirtió en todo lo que su revista femenina decía que tenía que ser una mujer.

Salió con sus amigas a romper la noche. Ellas bebían, bailaban, se divertían, jugaban con algunos, perseguían a otros. Lucía nunca dejaba su refresco cítrico que simulaba tomar con alcohol. Salió a bailar a la pista con sus amigas, al son de la música que se dirigía a través de un *pum pum* incesante a sus oídos. Sin esperarlo, le vio. Se parecía alguien conocido. Sabía que nunca había visto esa cara, ojos grises y pelo rubio. Nunca le habían gustado los rubios pero seguía mirándole porque él la miraba con una sonrisa de esas que dicen todo para no decirte nada y guardárselo. Ella se acercó y él dejó de sonreír. Se fueron juntos de allí sin decir nada. Él en ningún momento dejó de mirarla fijamente a los ojos teniendo cierto control místico hipnotizador y electrizante sin apenas decir nada. Con sonrisas extrañas y delictivas entrecortadas se fueron a casa de ella. Allí comenzó un ritual no nuevo, pero sí poco usado. Pasaron días de puro vigor y sin sentido. Meses más tarde una mañana se despertó y le escuchó roncar a su lado. Se levantó y no recordó qué era lo primero que tenía que hacer. Se volvió a la cama, se abrazó a su pecho y decidió dejarse llevar.

YA NO ME SIENTO ACOMPAÑADO

Serrano, Manuel

España

Me gustan los autobuses urbanos articulados. Cuatro asientos colocados al final de la primera parte del convoy miran hacia el fondo del segundo. No quiero ver el cogote de la gente. Cuando puedo, lo tomo y hago el recorrido completo observando.

Hace unos días me subí a una de estas maravillas que se mueven como una serpiente entre el tráfico. En una parada entró un hombre normal y corriente y se sentó a mi lado.

No habían pasado cinco minutos cuando mi compañero de viaje se levantó maldiciendo y con los puños crispados. Lo seguí con la mirada. Algo había pasado y me lo había perdido. A zancadas fue hacia un pobre hombre de camisa blanca que ocupaba su asiento al final del autobús. Sin más, le pegó un puñetazo en las narices. Aquel hombre estaba perplejo e intentaba parar la hemorragia con las manos. Pronto su camisa alba se torno grana.

Me quedé petrificado. Había tenido un salvaje al lado y no me había dado cuenta. La gente murmuraba pero no pasaban del “oiga”. Una señora le increpó. La fulminó con la mirada. Nadie se atrevió a decirle nada a aquella.

Volvía a su sitio y me preparé por si hiciera falta defenderme; se sentó a mi lado, no sin antes chocar conmigo y a modo de disculpa me dijo:

—Aquel tipo me estaba mirando.

—Sí, ya lo he visto. A mí, también.

—¿Y no te molesta?

—No. Vamos al revés del resto. Nosotros les miramos y ellos nos miran, es inevitable.

Apartó la vista de mí. No contestó. Se sumió en sus pensamientos mientras se masajeaba el dolorido puño. Fuera ululaban las sirenas de la policía y la ambulancia. Bajaron a agresor y a agredido. Nos preguntaron qué había y se quedaron con mis datos, después de contarles lo ocurrido. Se lo llevaron sin oponer resistencia y el señor que recibió el puñetazo fue atendido por los servicios de urgencia.

Ahora, cuando me siento para no ver los cogotes y viene un tipo cualquiera a sentarse a mi lado, me levanto, saludo y me quedo de pie.

LOS ARAGUATOS

Sierra, Carlos Alberto
Colombia

*El hombre es en el fondo un animal terrible y cruel.
Lo conocemos como ha sido domesticado
y educado por lo que conocemos como civilización.
Arthur Schopenhauer*

Caminábamos en total silencio, evitando pisar cualquier rama seca que pudiera delatarnos, apenas separando las hojas y arbustos en la espesa vegetación. Adelante iba mi padre, después mamá y yo, cerrando el grupo mis tres hermanos mayores.

Sabíamos que el hombre blanco sembraba maíz y con toda seguridad la cosecha estaba en su punto, pues el tío Mechas y su familia ya habían realizado una excursión anterior con excelentes resultados. Los animales del monte confabulándose con nosotros no emitían ningún sonido, ni siquiera se escuchaba el canto de las chiricocas, que en esta época del año, cuando comienza el invierno, cantan con mayor intensidad en procura de encontrar pareja.

Le temíamos al hombre blanco, pero mucho más al indígena, por ser este muy cauteloso a la hora de matar, era por todos conocido el estrago que causaban sus flechas envenenadas, acabando inclusive con familias enteras.

El sonido de un disparo rompió de improviso el silencio del monte y nos sacó del mutismo en el que nos encontrábamos, provocando la desbandada de mis hermanos, mientras mamá aullando y gritando, agarraba hojas verdes y hierbas del suelo, para tratar de taponar la herida del pecho de mi padre, cuya sangre teñía de rojo el pasto de la sábana arrancándole el último soplo de vida.

Otro disparo se llevó también a mamá. Yo sin saber qué hacer, lloraba y saltaba de un lado a otro, asustado, cuando una soga se apretó contra mi cuerpo. Lloré y pataleé hasta quedarme sin fuerzas, pero fue inútil, dos hombres blancos llegaron a mí. El más viejo de ellos agarrándome fuertemente exclamó:

—Se acabó la plaga que nos robaba el maíz, y además le llevamos un buen regalo a Rosita.

—Sí, papá —le contestó el hombre joven —Rosita necesita cuidar algo más real que ese viejo oso de peluche que le regaló mamá antes de morir.

UN HELADO DOBLE

Solórzano, Lizbeth
México

El cartero dejó en manos de Amalia un sobre maltratado, en el que apenas se podía leer el destinatario, pero no así el remitente. Ella agradeció al joven y se dispuso a sentarse cómodamente en el pequeño jardín trasero de su casa a las afueras de la ciudad. Aunque le había sorprendido la inesperada visita del cartero, no teniendo a nadie que pudiera escribirle, al extender entre sus manos el amarillento papel, gruesas lágrimas de emoción rodaron entre los surcos que las arrugas de sesenta y ocho años habían ido dejando en el que fuera el rostro más bello del pueblo cuarenta años atrás. Sus grandes ojos verdes terminaron de leer la misiva. Una sonrisa se dibujó luego sobre los labios carmín. Miró el reloj y se dirigió rápidamente a su auto para ir a un sitio conocido.

La dama entró a una cafetería de estilo *retro*, el piso a cuadros blancos y negros, las fotografías de estrellas *rock and roll*, el mobiliario rosa. Un caballero con pulcrísimo traje oscuro cruzó la puerta de cristal para dirigirse sin escalas a la mesa del fondo y pedir un helado doble de chocolate. La dama se acercó a él, emocionada.

—¿Estás seguro que terminarás toda esa copa o prefieres un poco de ayuda? —preguntó sonriente.

El rostro de Gerardo mostró inigualable alegría al ver en esa dama la imagen de una joven de 28 años que recordaba muy bien. Ambos se habían conocido justo en aquella cafetería una tarde soleada. Se enamoraron, pero la intolerancia de la madre de Gerardo ante la relación, los separó. A pesar de todo, él joven escribió cientos de cartas que su mayordomo jamás envió por orden de la patrona. Sin embargo, al ver la tristeza en que vivía el chico, el mayordomo envió la última carta escrita. Por desgracia, los juegos del destino hicieron perder el documento y hacerlo aparecer cuarenta años después en manos de su destinataria. En el último fragmento de la misiva, se leía: “...estaré todos los viernes a las seis en la cafetería, pediré un helado doble con la esperanza de que tú vengas un día a ayudarme con él...”.

—Siempre he necesitado ayuda —dijo Gerardo sin dudar.

Amalia supo desde entonces que nunca es tarde para comer un helado doble en compañía el amor verdadero.

UNA ANTIGÜEDAD EN EL DESVÁN

Suárez Guerra, Joaquín

España

Aquel día, al principio de mis vacaciones de verano, descubrí el fascinante mundo que era el desván de mi abuela materna Dolores. El crujido de la madera acompañaba cada uno de mis pasos por aquel territorio inexplorado, al tiempo que el polvo de quién sabe cuántos años revoloteaba a mi alrededor, si bien solo resultaba visible, como diminutas estrellas danzarinas, en las escasas zonas iluminadas por las dos claraboyas del techo. Posaba ya mi mano en un desvencijado arcón de madera dispuesto a fisgonear su contenido cuando un objeto, tapado por una sábana amarillenta, atrajo mi atención. Situado justo debajo de un tragaluz, los rayos del fuerte sol estival incidían sobre él perpendicularmente, dotándolo de una extraña aureola que me atrajo de manera irresistible. Cogí una esquina de la tela entre mis dedos pulgar e índice de la mano derecha y la levanté un poco para echar un vistazo. Unas inofensivas patas de madera aparecieron ante mí. Estimé que no había ningún peligro así que, con un gesto decidido, retiré la sábana de golpe y la dejé caer a mis pies. Una nube de polvo acompañó el movimiento y me hizo estornudar un par de veces. Aún con cierto picor en la nariz, que trataba de apaciguar frotándomela con el dedo, dirigí toda mi atención hacia el objeto que acababa de descubrir. Era en su mayor parte de madera. Caminé a su alrededor tratando de reconocerlo. Desde luego, me resultaba familiar, pero no lograba recordar donde lo había visto antes y, en consecuencia, de qué se trataba. Poseía un cierto parecido con una bicicleta de madera colocada boca arriba, aunque solo tenía un rueda, que toqué con cautela, haciéndola girar.

Y en ese momento me acordé: se trataba de una antigua rueca, cuyo dibujo ilustraba uno de mis libros de cuentos favorito. Por él sabía que servía para hilar, aunque no tenía la menor idea de cómo se utilizaba. Localicé un palo afilado y curiosamente recordé su nombre de inmediato: era un huso. Lo cogí pensando que podría usarlo en mis juegos como algún tipo de arma cuando me fijé en una mancha en su punta. La puse bajo la luz de la lucera para verla mejor. Parecía sangre seca. Contuve el aliento mientras una idea se abría paso en mi mente. ¿Y si se trataba de aquella misma rueca? ¿Y si era la sangre de la Princesa? Aparté la mano de la punta afilada y medité. Para salir de dudas necesitaba probarla y, desde luego, conocía a la candidata adecuada. Si mi corazonada resultaba certera, me quedaba por delante un siglo de tranquilidad. Corriendo, bajé las escaleras mientras llamaba a gritos a mi hermana mayor.

LA COSA

Toledo Martínez, Juan de Jesús

Cuba

Todas las mañanas Cristóbal salía de su casa y tomaba el sendero que le conducía a la parada del ómnibus en la carretera distante de la casa unos quinientos metros. Esa mañana al igual que en los días anteriores había una espesa neblina que no permitía ver más allá de ocho o diez metros.

Cuando había transitado cierto tramo, allí en medio del sendero había algo que le llamó la atención, se acercó cuidadosamente y observó aquella cosa de forma irregular. Cristóbal la tomó en sus manos, no podía apreciar si era de origen animal, vegetal o mineral, la movió y no sonaba y su color era difuso, más bien una mezcla de colores.

—¡Diantre, qué carajo es esto! —exclamó confundido.

Guardó “la cosa” en su maletín y continuó su camino hacia el trabajo. Cuando terminó la jornada laboral se dirigió a la iglesia y una vez en presencia del vicario le mostró a este “la cosa” a la vez que le decía:

—Padre encontré esto en el sendero de la casa y quiero que me ayude a descifrar de qué se trata.

—¡Dios Santo! —exclamó el cura a la vez que se persignaba —sal de la Casa de Dios inmediatamente —le indicó a Cristóbal visiblemente turbado.

Cristóbal abandonó el recinto de la iglesia intrigado y se dirigió a la casa de empeño, su dueño, un anticuario de cerca de noventa años de edad podría ayudarlo a descifrar el enigma.

—Cristóbal, muchacho, siento defraudarte, pero en mi larga vida atendiendo este negocio no he visto nada semejante, parece de otro mundo, extra terrestre o quién sabe si del más allá —sentenció el anciano y entregándole “la cosa” le dijo —llévatela y trata de deshacerte de ella, me da mala espina —concluyó.

Cristóbal deambuló por la calles hasta llegar al parque central, se sentó en un banco, un gato que estaba allí echado hizo el ademán de marcharse. Cristóbal lo acarició y el animalito se restregó contra él, pero cuando Cristóbal extrajo de su maletín “la cosa” el gato se erizó, dio un maullido y salió huyendo, ya esto era demasiado y tomó una decisión, enterraría “la cosa”, a él también, sin saber por qué, le daba mala espina.

Así las cosas, tomó un pico y una pala y una vez en el jardín hizo un hueco medianamente profundo y depositó en el fondo “la cosa” y utilizando la misma tierra extraída procedió a tapanlo. Pasaron semanas y meses y en el lugar brotó un árbol que creció rápidamente y llamaba la atención de todo el que por allí pasaba. Vinieron a ver el árbol botánicos de la Academia de Ciencias y dijeron no conocer de esa especie. Por allí continuaron desfilando científicos de todas las latitudes y el dictamen era el mismo: “planta de origen desconocido y al parecer única en el mundo”.

También aquel personaje que la gente del pueblo tildaba de loco porque decía haber sido abducido por extraterrestres visitó el lugar y una vez ante el árbol comenzó a gritar:

—¡Ellos están aquí! ¡Ellos están aquí!

¿Estaba de verdad loco o había visto algo que los demás no alcanzaban a ver?

DEJA VU

Trodler, Jesús Rodrigo

Argentina

Tengo la sensación de haber vivido esto. Algunas personas lo llaman deja vu, otras personas creen que se trata de recuerdos de nuestras vidas anteriores. La verdad, no lo sé. Conozco esta calle. Puedo reconocer el árbol mal podado de la casa de rejas verdes; el perro que duerme acobachado bajo la ventana del café, y la anciana que saluda desde la otra esquina. Una sensación extraña recorre mi cuerpo mientras espero en la vereda que corte el semáforo para poder cruzar, pero me distraigo al verla a ella: una muchacha de pelo rojizo que me mira sonriente desde la parada del colectivo. Es muy bonita, le devuelvo la sonrisa. Conozco esos ojos, ya los vi en alguna otra parte, pero no recuerdo donde. La lluvia empieza a mojarme. La misma lluvia de alguna otra tormenta. Me recuerda que siento frío. Me tapo con la campera por encima de la cabeza, el semáforo esta por cambiar. Me parece haber hecho ya esto. Todo es tan familiar. Vuelvo a sentir esa sensación extraña y reconozco el grito de la mujer que estaba parada atrás mío. Alguna vez lo escuché, lo sé. También reconozco ese ruido tan particular, el de las cubiertas de un auto chillando contra el asfalto. Ese olor tan familiar que invade en mi nariz. ¿Cuándo fue que lo sentí? No tengo tiempo de recordarlo, algo me golpea y siento que vuelo por el aire. El golpe duele demasiado, pero la caída es peor. Paso un rato confundido.

Ahora ni puedo levantarme, estoy aterrado. Siento mojada la cabeza y bajo mi cuerpo, el frío del asfalto. Un frío que alguna vez ya había sentido. Es todo tan familiar. Las caras a mi alrededor, las conozco a todas, pero no puedo hablar. Mi cuerpo se entumece y no puedo respirar. Ya viví esto. Sé lo que viene ahora: un frío desgarrador y una oscuridad inmensa... tengo la sensación de haber vivido esto. Algunas personas lo llaman deja vu, otras personas creen que se trata de recuerdos de nuestras vidas anteriores. La verdad, no lo sé. Conozco esta calle. Puedo reconocer el árbol mal podado de la casa de rejas verdes; el perro que duerme acobachado bajo la ventana del café, y la anciana que saluda desde la otra esquina. Una sensación extraña recorre mi cuerpo mientras espero en la vereda que corte el semáforo para poder cruzar.

NO TE PREOCUPES POR MÍ

Trujillo, Aarón

Chile

Y ahí está Mariana, sentada frente al espejo cepillándose su larga cabellera. Solo piensa en su discurso, el que memorizó durante toda la noche de ayer, y antes de ayer.

Saliendo de la casa va Pedro, un joven ingeniero romántico por enseñanza y dedicado por opción. Como todas las mañanas laborales, Pedro enciende su celular y seleccionando la opción "mensajes" le envía un texto romántico de buenos días a Mariana, quién al revisar su celular observa que es de Pedro, deja el celular a un lado, coge su maletín y finalmente guarda su celular saliendo de su casa al trabajo.

A mediodía Mariana revisa su celular y recién ve el mensaje de Pedro. Ella no se emociona con nada. Luego de leerlo Mariana selecciona la opción eliminar mensaje. En cambio, Pedro es distinto a ella. Desde niño en su hogar fue enseñado a tratar bien a las mujeres, a luchar por lo que ama sin descalificar a nadie. Ser un hombre de bien.

Día a día Pedro piensa en crear nuevas maneras de consentir a Mariana, mientras ella corre por su trabajo para alcanzar sus metas sin importar a quién pisotea en el camino.

Luego de cinco años Mariana queda embarazada. Pedro maravillado sigue consintiéndola, pero Mariana ve el embarazo como algo rutinario y sin ningún cuidado hacia ella y su bebé continúa su vida como siempre. Corre de un lado a otro, ejecutiva en retail vive en reuniones, no tiene horario y a veces, muy contadas son las veces en que se junta con Pedro para almorzar.

Han pasado ocho meses y Mariana está postrada en la cama de una clínica. Ha perdido a su bebé, ella no lo puede creer, pero es solo ella, pues todo el mundo al verla día a día no comprendía cómo podía estar embarazada y llevar esa agitada vida.

Luego de unas pocas semanas Mariana se levantó y continuó con su vida y su trabajo, Pedro a su lado no lo podía creer y comenzó a distanciarse, a dejar lo que día a día hacía para Mariana. No alcanzó a terminar un año y Pedro termina su relación.

Mariana se queda sola, huérfana de madre y padre, intenta continuar con su vida y lo hace, pero luego de un par de meses todo es cuesta arriba. Su orden, su trabajo, su comodidad desaparecieron, y su lema hacia Pedro "No te preocupes por mí" ya no tiene sentido, recién ahí comprende lo que perdió.

Pedro era quien llevaba el motor en su vida.

VOZ EN OFF

Ubalde Enriquez, Anali

Perú

Yo nací en un espacio apartado del monte azul de la cordillera, en un pueblo verde y al lado de un viejo casi ciego, mi abuelo, sabio en adivinaciones, que terminó loco y preguntándome cada vez que me veía por una mujer llamada Emma. Yo era muy joven pero recuerdo que poco a poco su mirada se iba perdiendo entre su coca y esa pregunta que a veces yo respondía con alguna insolencia sin mala intención, como hablarle en el dialecto prohibido o inventarme historias de aquella mujer, que ayer se había ahogado en el río o la semana pasada había sido despedazada por las fieras de Ambo. Respuestas que a veces provocaban las lágrimas del viejo y otras veces me daba la impresión de que se preparaba para comenzar una larga y profunda explicación acerca de esa mujer, sus ojos recuperaban, por un segundo, la lucidez de algún tiempo, sus pómulos latían y me miraba casi con furia, entonces yo iba a sentarme en un cuero tibio de oveja frente a él y me quedaba horas esperando que abriera la boca y me contara sus misterios pero se dormía o recobraba esa mirada de otro planeta.

Buscando algo con que llenar mis horas muertas mis pasatiempos eran caminar río abajo por las tardes, casi hasta el límite con Ambo y pensar en Emma. A veces la creía mi madre, a veces se me antojaba que era mi abuela o alguien cercano, demasiado cercano que a veces daba escalofríos. Las noches son frías por el monte, camino rumbo a la casa para perderme en la locura del viejo, apenas me ve pregunta por Emma y yo invento alguna fabula o acertijo, el viejo entonces se arrastra a encender una vela, se sienta y parece perdido en sus recuerdos de Emma, no dejo de preguntarme quien es esa mujer y por qué la insistencia del viejo en mencionarla y mirarme. Alguna vez al llegar al límite de Ambo sentí miedo por una certeza que me rondaba como el viento, a veces esa certeza me enredaba mientras caminaba por la plaza desierta y empedrada de estrellas, siempre el viento me llevaba al lado del viejo perdido en su lunática pregunta y me recuerdo siempre sentada frente a él esperando mil respuestas, viendo cómo pasan sus días, como se sienta a esperar algo, mirando el humo del amanecer y puedo sentir como esa certeza se hace enorme y me recuerda siempre que debo quedarme con el viejo, pensando su locura, acompañando su muerte, sé que debo quedarme, tal vez sea lo único que le quede de Emma, ahogada en el río, despedazada por las fieras de Ambo.

BESTIA INTERIOR

Valencia García, Víctor
México

Cuando Loncmar despertó, a su lado aún estaba ella.

Ella, quien lo rescató la mañana anterior cuando su pierna quedó atrapada en el cepo, quien lo ayudó a liberarse y llevarlo hasta su hogar enclavado en el bosque, ella, quien le curó las heridas, y ella, a quien le había revelado su pasado, su terrible pasado lleno de sangre.

Tal vez fue un arrebato de sinceridad engendrada por tantos años de soledad, tal vez por intentar pagarle su amabilidad, tal vez alguna forma de advertirle que se alejará de él, o pudieron ser los efectos de la fiebre, pero ella se quedó a cuidarle mientras Loncmar le confesaba quién era en realidad, la... cosa en que se transformaba en noches de Luna Llena, el monstruo sediento de destrucción en que se convertía, el mismo que había arrebatado tantas vidas, la criatura que asesinó a su familia, la maldición que lo llevó al exilio para ya no dañar a nadie más de los suyos.

Pero aun así, ella ahora dormía a su lado.

Loncmar esbozó una sonrisa de reconciliación con su existencia, y le lamió tiernamente detrás de las orejas, ella soltó un leve gruñido de aprobación. Los siguientes días fueron idílicos, Loncmar se recuperaba con rapidez, sus culpas pasadas parecían diluirse. Al preguntarle qué hacía en esa parte del bosque cuando lo encontró, ella le contestó que pertenecía a un grupo vagabundo, del cual se había alejado; en realidad, le dijo ella, carecía de importancia si no regresaba, su grupo no se preocupaba por ese tipo de desapariciones, estaban acostumbrados a que cada quien tomara el curso que le dictara su naturaleza.

Cuando Loncmar pudo andar sin ayuda decidieron salir juntos a cazar, pero se alejaron demasiado de casa. La tarde los sorprendió, y Loncmar, quien en su felicidad dejó de contar los días, descubrió con horror que esa noche habría plenilunio. Le pidió que se alejara lo más posible, que lo abandonara, que buscara de nuevo la trampa para sujetarlo y evitar que la dañara; sin hacerle caso, ella se quedó junto a él, le aseguró que podría controlar a la bestia, que no la dañaría... pero salió la Luna Llena.

Loncmar quedó congelado ante la luz de la Luna, después, con un potente aullido, vibró de manera incontrolable. La criatura emergió, Loncmar se convirtió en el monstruo sediento de destrucción, en una bestia asesina... Loncmar se transformó en un hombre...

Cuando Loncmar despertó, a su lado solo había sangre.

DIARIO DE LA MADRE TIERRA

Valiente, Marina
Argentina

A mi derecha la ventana del tren, entre mis piernas un escalofrío me hace tiritar. Sobre mi veinteañera falda llevo el papel que me convierte en profesional, un camino a la transformación, quizás. Observo el paisaje que aun no me deja por completo, puedo parpadear lo que me depara la nueva ciudad. Veo por el reflejo una sombra que se acerca. A mi izquierda una señora de aspecto robusto, de pollera hasta las rodillas y rasgos originarios se sienta a mi lado, apoya una gran bolsa de alimento para cerdos. Me mira a los ojos, se quita el sombrero y con el seca el sudor de su frente. Sus brazos son fuertes y gruesos los dedos de sus manos. Con la misma calma imperturbable con la que nos mira el mar cuando el viento no lo invita a jugar, me pregunta: —¿Dónde vas? —A Tucumán —le contesto, —soy psicóloga voy a trabajar a la capital. Se sonríe y tomándome de la mano, con la ternura que solo una madre puede hacerlo, me dice que jamás olvide que venimos a este mundo a ser humanos.

REPOSO ANUAL

Vallina, Alejandra
Argentina

Corría el año 2011. Y digo corría, porque el tiempo estaba como acelerado. No había pausas, ni descansos, ni domingos. Solo relojes con números enloquecidos y manecillas presurosas que enajenaban todo, y me sumían en una especie de demencia absurda.

No era mi estilo de vida. Era impuesto. Desde afuera. Y con impertinencia y desfachatez se introducía en mis días.

Me sentía cansada. Cargada de quehaceres, labores y faenas. Tanto teléfono, tanta sirena, tanta demanda, tanto grito. . .

Al fin llegó el 31 de diciembre. Apoltronada en mi sillón brindé con lentitud. Sorbo a sorbo. El vino espumante recorría mi garganta colmándola de sensaciones y corazonadas. “Sí” —pensé— “este será el año del sosiego y del reposo. El año que merezco”.

Las doce campanadas señalaron el límite entre el vértigo que se iba y la flema que deseaba.

No más prisas que ciñeran mis entrañas, mi cerebro y mi ánimo. No más atropellos e impaciencias.

Miré por la ventana. La gente salía a las calles con botellas y copas para festejar. Muchos se fundían en abrazos interminables y entonaban embriagadas canciones. Fuegos de artificio poblaban el cielo y le daban una tonalidad levemente plateada.

Sin prisa retiré la vista del ventanal y la posé en mi imagen reflejada en el espejo de la sala. Esa era yo. Y esa deseaba seguir siendo yo. Sin muecas de celeridad, sin urgencias en mi rictus... Sin huellas en mis párpados de la actividad enardecida de tanto tiempo.

Despuntaba un año nuevo y clamé al cielo para que fuera un año reposado y quieto. . . Un año de ocio sereno y rebosante de sabia moderación.

DE PADRES Y TÍOS

Vega Fischer, Julián
Argentina

De todo lo que me dejó mi padre al fallecer —un terreno en Marbella, unas monedas de oro y una carta— solo una fue importante para mí.

Fue enterrado como la ley de la vida lo dicta. En el patio de su casa, por su hijo. De los cuatro hermanos que fuimos inicialmente, quedamos Alberto y yo. Los otros dos se los llevó un accidente de tranvía y el cólera. Alberto trabaja y vive en Rusia, con el comunismo. De chiquito siempre admiraba la gente con exuberantes barbas. Mi padre era lampiño, así que no sufrió irse lejos de casa.

Yo seguí los pasos de mi viejo; devoción por lo antiguo y desprecio a lo moderno. Son estúpidas y sangrientas las costumbres que trajo de sus tierras, pero las seguimos a raja tabla.

Las monedas las enterré en el terreno. Venderlas no quería y guardarlas no podía; tenían impregnado el olor de mi viejo.

La carta. Lo que más dolor me produjo. La caligrafía de mi padre me generaba oír su gastada voz leyéndomela. Me contó brevemente la historia de su vida, lo más significativo; la conquista de mi madre. Se la robó a su hermano, mi tío, Rubén. El actual dueño de la librería. El circo había llegado a la ciudad, para ese entonces vivían en Toledo. Mi madre era la cuchillera del espectáculo central. Actitud que generó amor en ambos por igual.

Envueltos en tremenda situación, hablaron con la cuchillera, pero nada se solucionó. Ella le correspondía el amor a ambos jóvenes. Habían cobrado una herencia de su padre. Las monedas de oro y el terreno. Mi tío se quedó con la muchacha, mi padre eligió lo material. Pero este, al ver a su hermano tan feliz con su nueva adquisición, la cuchillera, no podía digerir la idea que él podría ser esa persona. Entonces así se lo propuso. Luchó arduamente para enamorar a la novia de su hermano. Le prometió flores todos los días, una casa con un patio trasero infinito, diamantes y amor. Mi madre compró el paquete que le vendía el hermano de su pareja. Y dejó a mi tío, derrotado, dolorido, y se fue con mi padre.

En Toledo abrieron ambos tres la librería anticuaria. Ya habían pasado más de diez años, parecía que los sentimientos eran nulos entre mi tío y mi mamá. Pero no era así. Mi tío, guiado por la venganza, el odio y la tristeza, hizo lo mismo que su hermano había hecho hacía más de una década. Un trabajo minucioso para reconquistar a su antigua pareja. Empero mi madre estaba totalmente enamorada de mi padre, pero algunos sentimientos amorosos salieron a flote por su antiguo novio. No lo abandonó a mi padre, no del todo. Pero sí lo engañó. Mantuvo relaciones con mi tío por varios años, secretamente. Fruto de tal encubierta relación salí yo. Mi padre lo sabía, pero me amó tanto que esperó a morir para hacérmelo saber. Mi padre no era mi padre, era mi tío, mi tío no era mi tío, era mi padre. Pero cada uno se puso en el rol del otro, mi verdadero tío me amó como a un hijo, y mi verdadero padre me amó como a un sobrino.

MARTES 3 AM

Velázquez, Gonzalo
Argentina

Iba conduciendo su auto por la ciudad, el reloj del tablero marcaba las tres de la mañana. Debía llegar a su casa. Manejaba un poco celeridad, cuando de repente, una extraña sensación lo poseyó al llegar a la esquina de Libertador y Dean Funes. Miró hacia su derecha como en todas las esquinas para evitar colisionar con algún auto, pero asombrosamente, nadie, absolutamente nadie venía por esa calle. Podía ver la calle que se extendía hasta el infinito, las luces del alumbrado público se iban acercando entre sí hasta fusionarse en el punto de fuga. En esa calle, y en ese momento, él era la única persona despierta. Siguió conduciendo por Libertador, y lo mismo sucedió en la esquina de Castelli, de Roca, Independencia, y todas las demás. Un extraño miedo se apoderó de él. ¿Sería posible que sea la única persona despierta en esa ciudad, en ese momento? ¿Dónde estaba el resto del mundo? De seguro alguien debía estar circulando por la avenida principal. Y alargó su recorrido para cruzar por esta. Pero el resultado era el mismo. Vacía hasta el infinito. Frenó el auto en medio de la cruz de asfalto, obstruyendo así ambos caminos. Apagó el motor y se bajó del auto para ver si oía algo, algún indicio de que su civilización seguía existiendo, algo que le demostrase que no estaba solo. Pero nada oyó, el silencio se volvió ensordecedor. El único sonido en toda la ciudad era el de su respiración, que se tornó casi dolorosa para sus oídos. No existía ningún ruido espurio, ni siquiera soplaban el viento. Se encontraba inmerso en el silencio absoluto.

Muy asustado, volvió a su auto, encendió el motor y aceleró a toda velocidad, ignorando las luces rojas del semáforo, que seguía haciendo bailar sus colores, cumpliendo la orden que recibió cuando fue creado de dirigir el tránsito, algo inútil en esa nueva dimensión nocturna que el muchacho acababa de descubrir.

No se dio cuenta, hasta más tarde que él era el último centinela, el dueño de toda esa ciudad adormecida. Podía haber hecho lo que quisiese y nadie se enteraría nunca jamás, nadie lo detendría, ya que nadie existía en ese mundo desconocido. Pero el temor lo dominaba, no podía pensar en ninguna situación ventajosa durante ese momento. Sintió ganas de gritar, por suerte en un minuto llegaría a su casa, se acostaría y mañana el mundo volvería a la normalidad.

Condujo un poco más y estacionó el auto en la vereda de su casa. Apenas se bajó del auto y rozó la puerta de su vivienda con la llave, tres autos aparecieron en el cruce próximo, uno era el camión de la basura, y los otros eran transeúntes comunes, conductores de ocasión, que manejaban hasta su casa. Los engranajes del mundo habían vuelto a funcionar. Se sintió aliviado, como si una cuerda muy tensionada contra la cual luchaba se acabase de cortar y dejarlo libre para ir donde quisiera. Miró su reloj, había pasado un minuto de las cuatro. Hacía sesenta y un minutos desde que había comenzado a ser el último hombre sobre la tierra, y ahora era solo un número más del sistema. Por sesenta y un minutos, él había sido único, pero de verdad el único. Por sesenta y un minutos, él había mantenido una ciudad en movimiento. Él solito, evitó que el mundo se volviera estático, continuó siendo dinámico gracias a él.

Por sesenta y un minutos, él había sido alguien.

LA MUJER ROTA

Velozo, Silvia Estela

Argentina

Había una vez una mujer de boca negra y lágrima roja, una mujer rota. Acostumbraba ponerse un collar de caracoles para colorear su vida que le antojaba amarilla como inútiles fardos de diarios amontonados, en algún galpón oscuro.

¿Había una vez? Hay muchas mujeres de esas: brujas tristes con collares de caracoles perdidas por ahí.

Esa mujer vivía en un conventillo frente a las aguas oscuras de un riachuelo que solo podía traer olores negros de río muerto. Todos los días pedaleaba su camino hacia el trabajo entre míticos caminitos angostos, coloreados por pintores anónimos que estaban vivos de verdad.

Un día la mujer de boca negra y lágrima roja decidió no cruzar el puente de hierro frío que la llevaba a su trabajo. Se detuvo, lo miró como desafiándolo, apoyó el pie sobre el pedal y decidió cambiar el rumbo, marchar hacia atrás. Le habían hablado de un cementerio de caracoles, de un barco hundido, de un paseo único.

Se arrancó el collar de caracolitos coloridos y aceptó su destino. Entonces la boca se le volvió roja como una manzana, atravesó enormes médanos y llegó a orillas del mar, encontró un barco hundido y el cementerio de caracoles pero no se sintió feliz, volvió a plantar decidida el pie en el pedal y arremetió caminos de extrañas rocas, se perdió en la niebla, se escondió en una cueva, se volvió piedra y sus lágrimas siguieron siendo rojas.

Tuvo mucho miedo. Voces extrañas le hablaron desde las rocas.

Había una vez una mujer que se volvió loca: “eso le dijeron” y la dejaron sola.

La dejaron sola en su cueva que ya era suya, que ya era ella. Allí escondida pasó muchos días, muchos meses, muchos años hasta que un día el silencio de la soledad sin fondo fue tan hondo que pudo escuchar y la despertó un murmullo.

Despertó. Era un murmullo de agua que se le antojó clara. Tenía sed.

La sed la obligó a salir de su cueva. Su bicicleta estaba herrumbrada, olvidada, rota. En algún camino había perdido el pedal pero no la fuerza para andar, así que decidió caminar y caminando muy trabajosamente al principio pero cada vez más fuerte siguió el camino de la voz del agua y fue así como un día se encontró paseando entre las nubes, hasta que llegó a un lugar donde se sintió feliz. El camino fue escabroso, era hacia arriba, pero más subía, más fuerte y plena se sentía.

Y, así, paseando entre las nubes, un día las lágrimas se le tiñeron de amarillo y la boca de mil colores.

Había una vez una mujer de boca negra y lágrima roja. ¿Había una vez?

Ahora hay una mujer con piel de agua dulce, boca de flores y voz de caracoles (Nimué).

EL PELO DE SUSANA

Vera Suárez, Anabel

Cuba

El pelo era un remolino de luciérnagas y hojas secas con olor a chocolate, cuando caminaba se le pegaban abejas, mariposas y un que otro escarabajo. El viento soplaba armonioso cuando comenzaba a silbar, silbaba y silbaba con tanta fuerza, pero no lo suficiente para que limpiara lo que había debajo de su cabello. Susana quería fuera normal como el de sus compañeras de trabajo.

Cada mañana le ponía todas las cremas que podía, lo peinaba, lo recogía lo despeinaba y volvía una y otra vez a buscarle formas para igualarlo a los demás. Su pelo apenas salía a la calle se llenaba de romerillo, abejorros y mariposas pequeñas, cangrejos que venían no se sabe donde porque el río no quedaba tan cerca de su espejo. Un día lo lavó con muchos jabones, lo llenó de perfumes, le colocó muchas prendas y se dijo: hoy si será un pelo uniforme como el de mis compañeras.

Al salir, pasando cerca del flamboyán florecido cerca de su casa se le encrespó y atiborró de flores rojas. Comenzó a atraer a los bichos, eran tantos que apenas podía soportar su ruido, Susana no quería cortarse el cabello, comenzó a usar una sombrilla pero de nada sirvió porque debajo de ella llegaban golondrinas, zonzunes y florestillas de color blanco que hacían su cabello llamara aun más la atención.

Un día Susana despertó en medio de la noche, observó que su cabello al salir bajo la luna llena se quedó quieto, era ondeado, suave, la brisa nocturna lo balanceaba con suavidad de un lado a otro hasta que de arriba, vino una estrella y posó al lado derecho de su cabeza. Susana entró se acostó, con la seguridad que no le importaba llevar al día siguiente el cabello diferente.

EL COCINERO DEL REY

Vicente Alonso, José
España

Cuenta la historia que hace muchos años y en un lugar no muy lejano de aquí, un rey quiso alagar a sus nobles y vasallos con una cena cultural y literaria.

La noche anterior a la fiesta el cocinero se acercó a la biblioteca del castillo para localizar los libros más tiernos y de mejor cocción, alejándose de los más leídos en el reino y conocidos por todos. Se acercó a la enrejada ventana esperando a que la inspiración llegada de la luna y las estrellas entrasen hasta lo más dentro de su alma, pues no le gustaba cocinar desde el conocimiento y la inteligencia. «Salen mejor y más sabrosas las historias recién salidas de lo más interno del corazón».

Pasada la noche y con la luz del amanecer asomando en la cocina, cogió todas las letras del abecedario y las puso en remojo en una marmita con los colores del arco iris. Tomó un par de vasos de vino robado de la sacristía para acelerar la maceración de las palabras y cuando su cabeza ordenó a su brazo mover con fluidez la pluma sobre el pergamino, comenzó a componer intentando evitar que las letras se unieran creando palabras soeces y malsonantes.

Finalmente comenzó con el menú.

Entrantes: Abrazos a la plancha con salpicón de saludos, para plantar sonrisas en las caras avinagradas.

Primer plato: Revuelto de charla con virutas de chascarrillos y conversaciones variadas.

Segundo plato: Sopa de letras mayúsculas y milhojas de lectura.

Postre: Caricias y besos al aroma de la piña y el melón.

Y para regar todo, agua de las flores del lalalá y vino de crianza de la barrica de los sueños.

La cena fue un éxito y es por eso que desde aquel día todos los cocineros de aquel país llevan una pluma en el gorro para escribir cuando les llegue la inspiración.

LA BATALLA DE MONTENEGRO DE LEÓN

Yajure Mejía, Pedro
Venezuela

En la comarca de Montenegro de León, se decidiría una batalla. Los ejércitos estaban preparados para dejar la vida, sin más gloria que ganarla y, preservar su legado en tierras de León. Era temprano, la mañana estaba atrapada en un silencio de preocupaciones y nerviosismos. Las copas de los árboles, estaban inmóviles, el viento se había marchado con los pájaros del lugar. Sin embargo los estandartes se batían en las astas de los corazones de cada ejército. Los minutos avanzaban, los campos dormían bajo el signo solemne del sol. Los integrantes se mantenían cada uno en sus posiciones de origen.

De repente, una columna de soldados bajan desde la Sierra de Monteblanco, venían ocupando el centro, entonces, los soldados de Montenegro atacan por el flanco decididamente. Luego se incorporan las caballerías, los alfiles entran en acción posteriormente. En las primeras escaramuzas, caen varios soldados, la caballería es aniquilada, los alfiles se sacrifican para dar paso a las torres. El resultado de la acción, le es favorable al ejército de Monteblanco, pues en el ejército de Montenegro quedaron unos soldados retrasados, esto sería estratégicamente una ventaja favorable para los de Monteblanco y ganar la batalla. Evidentemente las fuerzas de mayor peso y fuerza, toman el control y, asedian a los soldados retrasados, se producen cambios drásticos, como resultado, la baja de todas las torres y las damas. Ahora el Rey de Monteblanco, con los pocos soldados aniquila las fuerzas de soldados que estaban retrasados, y decide la batalla a su favor, y con ello, la toma de la comarca de Montenegro de León.

EL VIEJO MAESTRO

Zavala Ramírez, José Ramón

México

Aquel viejo de casi un centenario de edad, mantenía nostalgia por su pasado, sentado sobre la vieja mecedora anhelaba los momentos que hace tiempo habían pasado, lapsos en los que solía ir corriendo de un trabajo a otro. Tomaba un café caliente en aquel domingo con mañana lluviosa de julio, al tiempo que se mecía y miraba hacia el ventanal de su casa. Cubierto de canas, con tez clara y mirada triste, yacía perplejo en su pensamiento. Abrigado con su chamarra gris de lana, con sus piernas tapadas con un cobertor amarillo, se mecía al instante que trataba de disfrutar del sonido de la lluvia. Siempre le agrado la música, pero su deleite primordial era meditar y reflexionar. Sus hijos ya tenían su propia familia, su esposa lo abandono al año de casados, porque nunca pudo ser un hombre de hogar. Toda su vida se dedico a la cátedra, tanto presencial como virtual, por lo que destinaba mucho tiempo a su trabajo.

Ese domingo lluvioso en particular, se le revelaron todos aquellos recuerdos de sus glorias pasadas, desde que celebraba los fines de año con su familia, su egreso de la universidad, su boda, el nacimiento de sus hijos, todo transcurrió en un segundo en su mente como si se tratase de una película. Dio un sorbo a su café, tomo una pieza de pan de agua, lo llevó lentamente a su boca y comenzó a comerlo. Entre tanto reflexionaba acerca de sus decisiones tomadas, se cuestionaba; ¡Si había errado su camino! ¡Si habría construido su mundo de otra forma! Había terminado de comer cuando recargado en su silla se quedó dormido. Comenzó a soñar que estaba recostado en un ataúd, era su funeral, estaba lleno de personas que le conocían y otras tantas que eran amistades. Se sorprendió al ver a toda la gente, todas aquellas personas que él conoció en vida, con las que cruzó palabra y cualquier tipo de impresión, estaban ahí, acompañándolo y recordando aquellos momentos. Él podía escuchar los pensamientos de cada uno; todas las voces internas decían haberse sentido afortunados de toparse con una persona como él, aunque en su última etapa de la vida no había permitido que nadie le visitara y tampoco había deseado ver a nadie. Uno de los pensamientos que escuchó se refería a él como un viejo bueno que se amargó con los años. De pronto despertó estremecido, se paró estrepitosamente y se dirigió al teléfono, lo tomó y comenzó a llamar a todos sus amigos y viejos conocidos, concertando una cita con el pretexto menos elaborado, lo que le importaba era disfrutar de su vida sin entrar en una filosofía peligrosamente existencial. Desde este día decidió que no le interesaba el porqué de las preguntas filosóficas, sino el sentido que él le daba a sus respuestas. La realidad que tenía, era únicamente la que él se había construido, no implicaba que fuera una realidad para el resto de sus amigos. El viejo maestro nuevamente volvió a ser feliz.

EL LIBRO MÁGICO

Zazueta Vega, Filiberto

México

César se acercó tímidamente con su profesor, le mostró su tarea en su deshojado cuaderno. El profesor dio un vistazo rápido a su tarea, revisó y escribió algunas notas. Con una amable sonrisa le regresó el cuaderno y llamó al siguiente alumno. Al final de la clase pidió a César que lo esperara un momento, tenía algo para él. El niño asintió. —Ven acá —Dijo su profesor. —Mira hijo, reconozco el gran esfuerzo que realizas pero aún te faltan mejorar tu caligrafía y ortografía Eres un buen niño y además también necesitas expresarte mejor. —El profesor abrió el cajón de su escritorio y sacó un libro tal vez más viejo que él. De pasta dura y descolorida pero de hojas bien conservadas. —Ten —Le dijo a César. —Este libro es único y mágico, existe desde hace cientos de años. Si sigues las indicaciones y lo lees palabra por palabra; te ayudará a leer, hablar y escribir mejor. Es importante que lo devuelvas apenas termines la última página. —Ta' bien profesor —dijo el niño, con los ojos brillando de emoción. —Lo haré. El pequeño regresó a su casa y les contó a sus padres acerca del libro que le prestó su profesor.

Ese día, después de terminar con sus obligaciones cotidianas, pidió permiso a su mamá para leer el libro que el profesor le había prestado. Su madre asintió con una sonrisa tocándole la cabeza. Sentado en su roído sillón observó el viejo libro, dio vuelta a la gruesa pasta esperando que algo mágico saliera de él. Pero nada sucedió. Escritas a mano con tinta negra leyó las indicaciones: 1.- Este libro debe leerse un capítulo por día sin saltarse ninguno. 2.- Al finalizar su lectura debe cerrarse y no volverse a abrir. A César le pareció extraño, pero decidió seguir las indicaciones tal cual.

Pasaron los días. César seguía día a día con sus actividades y la lectura del libro. Luchaba por la tentación de leer más de lo indicado pero se contenía. Escuchó rumores que antes de él otros niños habían tenido el libro y al no seguir la indicación, las letras del libro se habían borrado. —No quiero que me pase lo mismo —pensaba para sí. Al terminar el capítulo XXX y último, cerró el libro y esperó a que algo mágico sucediera pero nada ocurrió. Pensó que “Después de todo, tal vez no funcionó”. Al día siguiente, regresó el libro a su profesor. —¿Cómo te fue César? —preguntó. —No lo sé —contestó encogiendo los hombros. —No he notado ningún cambio en mí, solo puedo decir que fue una muy interesante lectura de principio a fin. El noble profesor solo sonrió. Notó que al pasar de los días César comenzó a cuidar sus cuadernos y sus útiles, sus tareas eran más limpias y bien escritas y su lenguaje era correcto. Abrió el cajón del escritorio y guardó el “libro mágico único” junto a otros 10. Les dio un último vistazo, sonrió asintiendo y cerró el cajón mientras veía a los niños disfrutar su recreo.

En esta segunda convocatoria hemos virado el género a cuento corto –siendo la primera de poesías–, gestando así una amplitud de autores que cuentan con el respaldo de nuestra casa para su libre expresión y exposición pública.

Se han reunido en esta antología escritores de muchas geografías, de variadas temáticas, agradeciendo a cada uno de ellos por confiar en sí mismo al presentarse y conceder sus pensamientos al conocimiento general.